

MI HERMANA, ASESINA EN SERIE

OYINKAN BRAITHWAITE



ALPHA DECAY

Ayoola tiene un serio problema con sus novios: cuando se cansa de ellos, cuando le decepcionan, o a veces sin motivo aparente, los mata. Ya lleva tres, lo cual la convierte, en cierta manera, en una asesina en serie. La única que lo sabe es su hermana Korede, que movida por un amor fraternal cada vez más en el alambre, ha ayudado a Ayoola a eliminar pistas, cubrir sus pasos y, en definitiva, evitar que se descubra que aquellas misteriosas desapariciones de hombres jóvenes que se están produciendo en Lagos llevan su marca letal. Por si la situación no fuera suficientemente complicada, Korede contempla horrorizada cómo su hermana empieza a salir con el hombre de sus sueños - el médico del hospital en que trabaja como enfermera-, por lo que deberá replantearse su rol de cómplice, si no quiere que este triángulo amoroso termine en un baño de sangre.

A partir de estas dos hermanas peculiares, con personalidades opuestas y maneras muy distintas de integrarse en la jerarquía social -Korede representa el esfuerzo, el control, el respeto a las normas; Ayoola es anárquica, visceral, irresponsable, pero libre-, Oyinkan Braithwaite ha construido una trama negra tanto en su sentido del humor como en su vibrante desarrollo a la manera de thriller, situado en una Nigeria de principios de siglo XXI tan dinámica como peligrosa en este momento de cambios económicos y demográficos de la nueva África. Un magnífico debut en la novela en el que, con una prosa afilada y un ritmo embriagador, la joven escritora desliza agudas reflexiones sobre el poder de la consanguinidad, las relaciones tóxicas y las posibilidades reales de comprensión y convivencia pacífica entre mujeres y hombres.

Oyinkan Braithwaite

Mi hermana, asesina en serie

Traducción de Montse Meneses Vilar



ALPHA DECAY

Título original: My Sister, the Serial Killer

© 2018, Oyinkan Braithwaite

© de la traducción: Montse Meneses Vilar

© 2019 Ediciones Alpha Decay, S. A.
Gran Via Carles III, 94 - 08028 Barcelona
www.alphadecay.org

Primera edición: noviembre de 2019

© Imagen de cubierta:
Elsa Estrella Echevarría, 2019

Composición: Sergi Gòdia
Impresión: Imprenta Kadmos

BIC:FA
ISBN: 978-84-120738-1-2
Depósito Legal: B 22 657-2019

*Para mi familia, a la que quiero mucho:
Akin, Tokunbo, Obafunke, Siji, Ore*

PALABRAS

Ayoola me convoca con estas palabras: «Korede, lo he matado». Yo esperaba no volver a oírlas nunca más.

LEJÍA

Apuesto a que no sabíais que la lejía enmascara el olor a sangre. La mayoría de gente la utiliza indistintamente y da por hecho que es un producto que sirve para todo. No se molestan en leer la composición en la etiqueta, ni en volver a echar un vistazo a la superficie que acaban de limpiar. La lejía desinfecta, pero para eliminar residuos no es ninguna maravilla. Por eso no la uso hasta haber eliminado cualquier rastro de vida y de muerte del cuarto de baño.

Es evidente que lo han reformado hace poco. Tiene ese aspecto de no haberse utilizado nunca, sobre todo después de haberme pasado casi tres horas limpiándolo. Lo más complicado ha sido llegar a la sangre que se había filtrado entre el plato de ducha y la junta, un sitio fácil de descuidar.

No hay nada sobre ninguna superficie: el gel, el cepillo de dientes y la pasta dentífrica están guardados en el armario que hay sobre el lavabo. Luego está la alfombra de ducha: una cara negra sonriente dentro de un rectángulo amarillo en una habitación por lo demás blanca.

Ayoola está sentada sobre el asiento del inodoro, con los pies arriba, abrazándose las rodillas. Se le ha secado la sangre del vestido y no hay riesgo de que gotee sobre el suelo blanco y, ahora, brillante. Lleva las rastas recogidas en un moño para que no rocen el suelo y no deja de mirarme con sus grandes ojos marrones. Le da miedo que esté enfadada, que cuando termine lo que estoy haciendo le eche un sermón.

Yo no estoy enfadada. En todo caso, estoy cansada. Me cae el sudor de la frente al suelo y lo limpio con la esponja azul.

Cuando me ha llamado estaba a punto de cenar. Había dejado todo preparado en la bandeja: el tenedor a la izquierda del plato, el cuchillo a su derecha. Había doblado una servilleta en forma de corona y la había colocado en el centro. Había pausado la película en los créditos iniciales y el temporizador del horno acababa de sonar cuando mi teléfono ha empezado a vibrar violentamente sobre la mesa.

Cuando llegue a casa, la cena ya estará fría.

Me levanto y aclaro los guantes en el lavabo, pero no me los quito. Ayoola mira mi reflejo en el espejo.

—Tenemos que mover el cuerpo —le digo.

—¿Estás enfadada conmigo?

Quizá una persona normal lo estaría, pero ahora lo que siento es la urgente necesidad de deshacerme del cuerpo. Cuando he llegado, lo hemos transportado hasta el maletero de mi coche para poder limpiar y fregar sin tener que estar soportando su fría mirada.

—Coge tu bolso —respondo.

Volvemos al coche y él sigue en el maletero, esperándonos.

A estas horas de la noche, en el Puente Continental 3 apenas hay tráfico y, como no hay farolas, está muy oscuro, pero más allá del puente se ven las luces de la ciudad. Lo llevamos al mismo sitio donde llevamos al último: lo lanzamos y cae al agua. Por lo menos no estará solo.

Se ha filtrado un poco de sangre en el revestimiento del maletero. Ayoola se ofrece a limpiarla, porque se siente culpable, pero yo le quito la mezcla de las manos. La he preparado yo misma con una cucharada de amoníaco y dos de agua. La echo sobre la mancha. No sé si en Lagos tienen la tecnología necesaria para llevar a cabo una investigación rigurosa de una escena del crimen, pero Ayoola nunca podría limpiar de manera tan eficiente como yo.

LA LIBRETA

—¿Quién era?

—Femi.

Estamos en mi habitación y yo escribo el nombre. Ayoola está sentada con las piernas cruzadas en mi sofá, descansando la cabeza sobre el respaldo del cojín. Mientras se bañaba, he quemado el vestido que llevaba y ahora se ha puesto una camiseta rosada y huele a polvos de talco.

—¿Y su apellido?

Ella arruga la frente, aprieta los labios y sacude la cabeza, como si intentara lograr que el apellido salte del fondo del cerebro hasta la parte frontal. No le sale y se encoge de hombros. Yo debería haber cogido su cartera.

Cierro la libreta. Es pequeña, más que la palma de mi mano. Una vez vi un vídeo de TEDx en que un hombre afirmaba que le había cambiado la vida el hecho de llevar una libreta encima y anotar en ella un momento feliz cada día. Por eso la compré. En la primera página, escribí: «He visto un búho blanco por la ventana de mi habitación».

Desde entonces no he escrito prácticamente nada en ella.

—No es culpa mía, ¿sabes?

Pero yo no lo sé. No sé a qué se refiere. ¿A su incapacidad de recordar el apellido? ¿O a su muerte?

—Cuéntame qué pasó.

EL POEMA

Femi le había escrito un poema.

(Ella recuerda el poema, pero no su apellido.)

Te reto a que encuentres un defecto

en su belleza;
o a dar a luz a una mujer
capaz de estar a su lado
sin palidecer.

Se lo había dado escrito en un trozo de papel dos veces doblado que recordaba a nuestra época en el instituto, cuando los adolescentes se pasaban notas de amor en la última fila del aula. Todo eso la había conmovido (pero vamos, a Ayoola siempre le conmueve que alaben sus méritos), de modo que había aceptado ser su novia.

Cuando cumplieron un mes de relación, ella lo apuñaló en el baño de su piso. No era su intención, por supuesto que no. Él se había enfadado y le gritaba en la cara con su aliento caliente queapestaba a cebolla.

(Pero ¿por qué llevaba la navaja?)

Era por protección. Con los hombres nunca se sabía, querían lo que querían cuando lo querían. Ella no pretendía matarlo, solo ahuyentarlo, pero a él no le había asustado su arma. Medía más de metro ochenta y ella le parecería una muñeca, con su cuerpo pequeño, sus pestañas largas y sus carnosos labios rosados.

(Descripción de ella, no mía.)

Lo mató con la primera puñalada, directa al corazón. Pero después le asestó dos más para asegurarse. Él cayó al suelo y ella solo oía su propia respiración.

CUERPO

¿Este os lo sabéis? Entran dos chicas a una habitación. La habitación está en un piso situado en una tercera planta. En la habitación hay un cadáver de un hombre. ¿Cómo llevan el cuerpo hasta la planta baja sin ser vistas?

Primero, reúnen el material.

—¿Cuántas sábanas necesitamos?

—¿Cuántas tiene?

Ayoola salió corriendo del baño y volvió armada con la información de que había cinco sábanas en el armario de la colada. Yo me mordí el labio. Necesitábamos muchas, pero me daba miedo que su familia sospechara si la única sábana que quedaba era la que tenía puesta en la cama. Para el hombre promedio eso no hubiera sido nada peculiar, pero este era meticuloso. En la estantería los libros estaban ordenados alfabéticamente por autor. En el baño tenía la gama completa de productos de limpieza; hasta compraba el mismo desinfectante que yo. Y la cocina estaba reluciente. Ayoola parecía estar fuera de lugar, como una plaga en una existencia por lo demás pura.

—Trae tres.

Segundo, limpian la sangre.

Absorbí la sangre con una toalla y la escurrí en el lavabo. Repetí la operación hasta que el suelo quedó seco. Ayoola rondaba por allí, se apoyaba en un pie y luego en el otro. Yo ignoré su impaciencia. Se tarda mucho más en deshacerse de un cuerpo que de un alma, sobre todo si no quieres que quede ningún rastro de juego sucio. Pero yo no dejaba de lanzar miradas al cadáver desplomado, apoyado contra la pared. No podría hacer un trabajo riguroso hasta que el cuerpo estuviese en otro sitio.

Tercero, lo convierten en momia.

Extendimos las sábanas en el suelo ya seco y ella enrolló el cuerpo. Yo no quería tocarlo. Distinguí su torso esculpido por debajo de la camiseta blanca. Parecía un hombre capaz de sobrevivir a un par de heridas, pero lo mismo podía decirse de Aquiles o de César. Era una pena pensar que tras la muerte, su espalda ancha y sus abdominales tonificados irían menguando hasta quedar reducidos a poco más que hueso. Cuando llegué, le comprobé tres veces el pulso, y después otras tres más. Podría haber estado durmiendo, con aquel aspecto tan apacible. Tenía la cabeza hacia delante, la espalda curvada contra la pared y las piernas de lado.

Ayoola empujaba el cuerpo hacia las sábanas con la lengua fuera. Se limpió el sudor de la frente y se manchó de sangre. Dobló un trozo de sábana y cubrió el cuerpo con ella, ocultándolo de la vista. Después la ayudé a hacerlo rodar y a envolverlo firmemente entre las sábanas. Nos pusimos de pie y lo miramos.

—¿Ahora qué? —preguntó.

Cuarto, mueven el cuerpo.

Podríamos haber bajado por las escaleras, pero nos imaginé cargando con lo que claramente

era un cuerpo envuelto en sábanas de manera rudimentaria y pensé en la posibilidad de que nos encontráramos con alguien. Me inventé un par de explicaciones posibles:

«Le estamos gastando una broma a mi hermano. Duerme como un tronco y nos lo llevamos dormido a otro lado».

«No, no, no es un hombre, es un maniquí. ¿Por quién nos toma?».

«No, *ma*, es un saco de patatas».

Me imaginé al testigo fantasioso con los ojos abiertos como platos, y corriendo a refugiarse. No, las escaleras quedaban fuera de cuestión.

—Tenemos que coger el ascensor.

Ayoola abrió la boca para hacer una pregunta, después sacudió la cabeza y volvió a cerrarla. Ella había hecho su parte, el resto me lo dejaba a mí. Lo levantamos. Yo debería haberme ayudado con las rodillas y no con la espalda. Sentí un crujido y solté el extremo del cuerpo que sostenía de un golpe sordo. Mi hermana puso los ojos en blanco. Volví a cogerle los pies y lo llevamos hasta la entrada.

Ayoola salió como una flecha hacia al ascensor, tocó el botón, regresó corriendo y volvió a levantar a Femi por la espalda. Yo miré a hurtadillas al exterior y confirmé que el rellano seguía libre. Estuve tentada de ponerme a rezar, de suplicar por que no se abriera ninguna puerta en el trayecto que iba de la puerta al ascensor, pero estoy bastante segura de que esas son el tipo de oraciones que Él no responde. De modo que me decanté por confiar en la suerte y la velocidad. Fuimos en silencio arrastrando los pies por el suelo de piedra. El ascensor llegó justo a tiempo y nos abrió su boca. No entramos hasta que confirmé que estaba vacío; a continuación metimos el cuerpo con dificultad y lo dejamos en la esquina, fuera del alcance de nuestra vista.

«Por favor, esperen», gritó una voz. Por el rabillo del ojo, vi que Ayoola estaba a punto de tocar el botón que impide que el ascensor cierre las puertas. Le aparté la mano de un manotazo y me puse a apretar el de planta baja insistentemente. Cuando las puertas se cerraban, vislumbré la cara de decepción de una madre joven. Me sentí un poco culpable —en un brazo llevaba a un bebé y en el otro, unas bolsas—, pero no tanto como para arriesgarme a que me encarcelaran. Además, a esas horas no podía estar haciendo nada bueno con un niño a cuestas.

—¿A ti qué te pasa? —le chisté a Ayoola, aunque sabía que había sido un movimiento instintivo, seguramente fruto de la misma impulsividad que la había llevado a clavar la navaja en la piel.

—Perdón —fue su única respuesta.

Yo me tragué las palabras que amenazaban con derramarse por mi boca. No era el momento.

En la planta baja dejé a Ayoola custodiando el cuerpo y controlando el ascensor. Si se le acercaba alguien, debía cerrar las puertas y subir hasta el último piso. Si alguien intentaba llamar al ascensor desde otro piso, debía permanecer con las puertas abiertas. Corrí a por mi coche y lo llevé hasta la puerta de atrás del edificio, donde recogimos el cuerpo del ascensor. El corazón dejó de golpearme en el pecho en cuanto cerramos el maletero.

Quinto, limpian con lejía.

UNIFORME

La administración del hospital decidió cambiar el color blanco del uniforme de las enfermeras por un rosa pálido, porque ya estaba empezando a tener un color parecido al de la mantequilla, pero yo sigo con el blanco, que se mantiene como nuevo.

Tade se fija.

—¿Cuál es tu secreto? —me pregunta mientras me toca el dobladillo de la manga.

Es como si me hubiera rozado la piel: el calor recorre mi cuerpo. Le entrego el historial del siguiente paciente y pienso en maneras de seguir con la conversación, pero la verdad es que no hay forma de que el tema de la limpieza suene sexi (a no ser que te pongas a lavar un deportivo en bikini).

—Confía en Google —concluyo.

Se ríe de mí, se pone a mirar el historial y se queja.

—¿Otra vez la señora Rotinu?

—Creo que le gusta verte la cara, doctor.

Me sonrío. Yo intento hacer lo mismo sin revelar que su gesto ha provocado que se me seque la boca. Salgo de la habitación balanceando las caderas como le gusta hacer a Ayoola.

—¿Estás bien? —me pregunta al llegar a la puerta, y me doy la vuelta.

—¿Mmm?

—Caminas raro.

—Oh, ah. Me ha dado un tirón.

Tierra, trágame. Abro la puerta y salgo deprisa.

La señora Rotinu está en recepción, sentada en uno de nuestros varios sofás de piel. Tiene uno para ella sola y ha utilizado el espacio de al lado para colocar su bolso y su neceser. A medida que me aproximo a los pacientes, ellos me miran con la esperanza de que sea su turno. La señora Rotinu se está empolvando la cara, pero hace una pausa cuando me acerco.

—¿Ya va a visitarme el doctor? —pregunta. Yo asiento y ella se levanta, cerrando la caja de polvos. Le hago un gesto para que me siga, pero me pone una mano en el hombro—: Ya sé llegar.

Tiene diabetes tipo dos, es decir, si comiera bien, perdiera un poco de peso y se pusiera la insulina cuando le toca, no habría motivo para que la viéramos tan a menudo. Y aun así, aquí está, prácticamente dando saltitos de alegría al dirigirse a la consulta de Tade. De todos modos, yo lo entiendo. Él tiene la capacidad de mirarte y hacerte sentir como si fueras lo único que importa mientras te está prestando atención. No aparta la mirada, no se le ponen los ojos vidriosos, y se prodiga en sonrisas.

Redirijo mis pasos hacia el mostrador de recepción, y al llegar doy un porrazo con la carpeta lo bastante fuerte para despertar a Yinka, que ha descubierto la manera de dormir con los ojos abiertos. Bunmi me mira con el ceño fruncido porque está dando cita a un paciente por teléfono.

—¿De qué vas, Korede? No me despiertes salvo que haya un incendio.

—Esto es un hospital, no un hostal.

Murmura «zorra» mientras me alejo, pero no le hago caso. Otra cosa ha llamado mi atención. Dejo salir el aire entre los dientes y voy a buscar a Mohammed. Lo mandé al tercer piso hace una hora y seguro que sigue ahí, apoyado en la fregona y tonteando con otra limpiadora, Assibi, la de pelo largo con permanente y pestañas sorprendentemente espesas. Ella huye en cuanto me ve por el pasillo. Mohammed se da la vuelta y se topa conmigo.

—Perdone, yo...

—Me da igual. ¿Has limpiado las ventanas de recepción con agua caliente y un cuarto de vinagre blanco, como te he dicho?

—Sí, *ma*.

—Bien... Enséñame el vinagre.

Él mira al suelo y cambia el peso de un pie a otro, pensando cómo escapar de la mentira que me acaba de decir. No me sorprende que no sepa limpiar ventanas. Puedo olerlo a tres metros, y se trata de una peste rancia. Desgraciadamente el olor de una persona no es motivo de despido.

—Yo no saber dónde comprar.

Le indico cómo llegar a la tienda y se va cabizbajo hacia la escalera, dejando el cubo en medio del pasillo. Le hago volver a recogerlo.

Cuando regreso a la planta baja, Yinka vuelve a estar dormida; tiene la mirada perdida, más o menos como la de Femi. Me saco la imagen de la cabeza y me vuelvo a Bunmi.

—¿Ha acabado la señora Rotinu?

—No —me responde.

Suspiro. Hay más gente en la sala de espera. Y parece que todos los médicos están ocupados con pacientes con ganas de hablar. Si fuera por mí, cada uno tendría la duración de su visita establecida de antemano.

EL PACIENTE

El paciente de la habitación 313 es Muhtar Yautai.

Está en la cama y los pies le sobresalen por la punta. Sus extremidades son larguísimas y el torso al cual están pegadas también. Si ya era delgado cuando llegó, ahora aún lo está más. Si no despierta pronto, se acabará consumiendo.

Levanto la silla que hay junto a la mesa en la esquina de la habitación y la coloco a unos centímetros de su cama. Me siento apoyando la cabeza entre las manos. Noto que voy a tener jaqueca. Yo venía a hablarle de Ayoola, pero a quien parece que no puedo sacarme de la cabeza es a Tade.

—A mí... Me gustaría...

Cada varios segundos se oye un pitido reconfortante procedente de la máquina que le monitoriza el corazón. Él ni se inmuta. Hace cinco meses que permanece en este estado comatoso después de haber sufrido un accidente de tráfico. Su hermano iba al volante y lo único que se llevó fue un latigazo cervical.

A la esposa de Muhtar la vi una vez y me recordó a Ayoola. No es que tuviera un físico destacable, sino que daba la impresión de que solo le interesaban sus propias necesidades.

—¿No es caro mantenerlo así, en coma? —me había preguntado.

—¿Quiere desenchufarlo? —le devolví.

Ofendida por mi pregunta, ella alzó la barbilla.

—Es normal que quiera saber en qué me estoy metiendo.

—Tenía entendido que el dinero procedía del patrimonio de su marido...

—Bueno, sí... pero yo... Solo...

—Esperemos que salga pronto del coma.

—Sí... esperemos.

Sin embargo, ha pasado mucho tiempo desde esa conversación y se acerca el día en que incluso sus hijos pensarán que lo mejor para todos es apagarle el soporte vital.

Hasta entonces, él interpreta el papel de una persona que sabe escuchar, de un amigo que se preocupa.

—Me gustaría que Tade me viera, Muhtar. Que me viera de verdad.

CALOR

Hace un calor sofocante y nos vemos reduciendo movimientos para conservar la energía. Ayoola está tirada en mi cama con un sujetador de encaje rosa y un tanga de encaje negro. Es incapaz de llevar ropa interior práctica. Una pierna le cuelga por un lado de la cama y el brazo por el otro. Su cuerpo de diosa de videoclip, de ramera, de súcubo, contradice su cara angelical. De vez en cuando suspira para hacerme saber que sigue viva.

He llamado al técnico del aire acondicionado, que ha insistido en que estaba a diez minutos de casa, pero de eso ya hace dos horas.

—Me muero —se queja Ayoola.

Nuestra criada entra con un ventilador y sin prisa lo coloca frente a Ayoola, como si no viera el sudor que me cae a mí por la frente. Al fuerte zumbido de las aspas le sucede una ráfaga de aire y la habitación se refresca muy levemente. Bajo las piernas del sofá y me arrastro hasta el baño. Lleno el lavabo de agua fría y me enjuago la cara mirando el agua mientras se ondula. Me imagino un cuerpo flotando a la deriva. ¿Qué pensaría Femi sobre su destino, sobre pudrirse debajo del Puente Continental 3?

En todo caso, el puente no es ajeno a la muerte.

No hace mucho, un autobús lleno de pasajeros se salió de la carretera y cayó a la laguna. No hubo supervivientes. Después del incidente, los conductores se aficionaron a gritar «¡Directo a Osa! ¡Directo a Osa!» a sus clientes potenciales. ¡Recto hasta la laguna! ¡De cabeza a la laguna!

Ayoola entra en el baño dando tumbos y se baja el tanga. «Tengo que hacer pis». Se deja caer sobre el inodoro y suspira feliz al oír la orina tamborileando en la taza de cerámica.

Yo quito el tapón del lavabo y salgo. Hace demasiado calor para quejarme de que usa mi baño, o para señalarle que ella tiene el suyo. Hace demasiado calor para hablar.

Me echo en la cama aprovechando su ausencia y cierro los ojos. Y ahí está. Femi. Su cara grabada para siempre en mi mente. No puedo evitar preguntarme cómo era. A los otros los había conocido antes de que perdieran la vida, pero Femi me era desconocido.

Yo sabía que estaba saliendo con alguien, todas las señales estaban ahí: las sonrisas coquetas, las conversaciones a altas horas de la noche. Debería haber estado más atenta. De haberlo conocido, tal vez habría visto el mal carácter que ella asegura que tenía. Tal vez podría haberla alejado de él y habríamos logrado evitar este resultado.

Oigo que tira de la cadena justo cuando su móvil vibra a mi lado y se me ocurre una idea. Lo tiene protegido con contraseña, si es que «1234» puede servir de protección. Paso su multitud de selfis hasta que encuentro una foto de él. Su boca forma una línea recta, pero ríe con los ojos. Ayoola también sale, tan encantadora como siempre, pero la energía de él llena la pantalla. Le sonrío.

—¿Qué haces?

—Tienes un mensaje —le digo, deslizando la pantalla rápidamente para volver a la página de inicio.

INSTAGRAM

#FemiDuranHaDesaparecido se ha hecho viral. Hay un post en particular que está recibiendo mucha atención: el de Ayoola. Ha publicado una foto de los dos, donde se presenta como la última persona que lo vio con vida, y ha escrito un mensaje suplicando que se ponga en contacto con ella cualquiera que pueda tener algún dato de ayuda, sea quien sea.

Cuando lo publicó estaba en mi habitación, igual que ahora, pero no dijo lo que estaba haciendo. Ella cree que si no dice nada queda como una persona despiadada. Al fin y al cabo, era su novio. Suena su teléfono y contesta.

—¿Diga?

Unos segundos después me da una patada.

—Pero ¿qué...?

«Es la madre de Femi», dice moviendo los labios. Yo me siento débil. ¿Cómo diablos ha conseguido el número de Ayoola? Pone la llamada en altavoz.

—... cariño, ¿te dijo si pensaba ir a algún sitio?

Yo sacudo la cabeza violentamente.

—No, *ma*. Me despedí de él bastante tarde —responde Ayoola.

—Al día siguiente no fue a trabajar.

—Mmm... A veces salía a correr de noche.

—Lo sé, y ya se lo advertí, siempre le decía que no era seguro.

La mujer rompe a llorar al teléfono. Es una emoción tan fuerte que me la contagia. Yo no emito ningún sonido, pero las lágrimas a las que no tengo ningún derecho me quemán la nariz, las mejillas, los labios. Ayoola también se suma. Siempre que lloro —algo poco habitual en mí—, ella hace lo mismo. Su llanto es sonoro y sucio. Al final los sollozos se transforman en hipo y nos quedamos en silencio.

—Sigue rezando por mi hijo, por favor —le pide con voz ronca antes de colgar.

Yo miro a mi hermana.

—¿Pero se puede saber qué te pasa?

—¿Qué?

—¿No te das cuenta de la gravedad de lo que has hecho? ¿Lo estás disfrutando? —Cojo un pañuelo y se lo paso, después cojo otro para mí.

Sus ojos se oscurecen y empieza a darle vueltas a las rastas.

—Últimamente me miras como si fuera un monstruo —lo dice en voz tan baja que apenas la oigo.

—Yo no creo que seas...

—Eso es culpar a la víctima, ¿sabes?

¿Víctima? ¿Es pura coincidencia que Ayoola nunca tenga ninguna marca, de esos incidentes con esos hombres? ¿Ni siquiera un morado? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiere que le diga? Cuento los segundos. Si tardo demasiado en contestar, ya tendrá una respuesta, pero me salva el chirrido

que hace la puerta al abrirse. Entra mamá, sujetándose con una mano el *gèlè* a medio hacer.

—Aguántamelo.

Yo me levanto y sujeto la parte suelta del *gèlè*. Ella se ladea para mirarse en mi espejo de pie. Sus ojos diminutos captan en la imagen la nariz ancha y los labios gordos, demasiado grandes para una cara ovalada como la suya. El pintalabios rojo que se ha puesto acentúa aún más el tamaño de la boca. Yo soy su viva imagen. Incluso compartimos un lunar debajo del ojo izquierdo, no se me escapa la ironía. La belleza de Ayoola es un fenómeno que pilló a mi madre por sorpresa. Quedó tan agradecida que se olvidó de seguir buscando al niño.

—Voy a la boda de la hija de Sope. Tendríaís que veniros las dos. A lo mejor conoceríaís a alguien.

—No, gracias —respondo cortante.

Ayoola sonrío y menea la cabeza. Mamá arruga la frente en el espejo.

—Korede, sabes que si tú vas, tu hermana irá. ¿Es que no quieres que se case?

Como si Ayoola siguiera otras normas que no fueran las suyas. Opto por no responder a la frase ilógica de mi madre, ni reconocer el hecho de que está mucho más interesada en el destino matrimonial de Ayoola que en el mío. Es como si el amor estuviese reservado solo para los bellos.

Al fin y al cabo, ella no lo encontró, precisamente. Lo que sí atrapó, gracias a tener un padre político, fue a un hombre que consideraba el matrimonio como un medio para conseguir un fin.

El *gèlè* ha quedado como una obra maestra, y mi madre inclina su pequeña cabeza a un lado y a otro. Pero luego pone mala cara, no le gusta su aspecto a pesar del *gèlè*, las joyas caras y el maquillaje diestramente aplicado.

Ayoola se levanta y le da un beso en la mejilla.

—A ver, pero mira qué elegante estás. —En cuanto se lo dice se convierte en realidad. Nuestra madre se hincha de orgullo, alza la barbilla y se pone recta. Ahora podría pasar por viuda de un noble como mínimo—. ¿Me dejas hacerte una foto? —pregunta sacando el teléfono.

Mamá hace como cien poses y Ayoola le da instrucciones. Luego las dos miran su obra en la pantalla y seleccionan la imagen que les satisface: una en que mamá sale de perfil con la mano en la cadera y riendo con la cabeza hacia atrás. Es una foto bonita. Ayoola está ocupada con el móvil, mordiéndose el labio.

—¿Qué haces?

—Publicarla en Instagram.

—¿Estás loca? ¿O es que has olvidado tu foto anterior? —¿Cuál es su foto anterior? —interrumpe mamá.

Siento un escalofrío que me recorre el cuerpo. Cada vez me pasa más a menudo. Ayoola le responde.

—Yo... Femi ha desaparecido.

—¿Femi? ¿Ese chico tan majo con quien salías?

—Sí, mamá.

—*Jésù şàánú fún wa!* ¡Jesús, ten piedad de nosotros! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Es que... Estaba conmocionada.

Mamá corre a abrazar fuerte a Ayoola.

—Soy tu madre, tienes que contármelo todo. ¿Lo entiendes?

—Sí, mamá.

Pero está claro que no puede. No puede contárselo todo.

TRÁFICO

Estoy en el coche toqueteando el botón de la radio para ir cambiando de emisora porque no hay nada más que hacer. El tráfico invade esta ciudad. Son las 5.15 de la mañana y mi coche ya está parado en la carretera entre una multitud de vehículos pegados entre sí. Tengo el pie cansado de tanto frenar y acelerar.

Levanto la vista de la radio y sin querer me topo con la mirada de un agente de la LASTMA, la policía de tráfico de Lagos, que va al acecho de su próxima víctima desafortunada entre la fila de automóviles. Hunde los carrillos, frunce el entrecejo y viene en mi dirección.

Se me cae el alma a los pies, pero no hay tiempo para recuperarla. Me aferró al volante para calmar los temblores. Sé que esto no tiene nada que ver con Femi. No puede tener nada que ver con él. Ni siquiera la policía de Lagos es tan eficiente. Los agentes cuya función es velar por la seguridad en las calles se pasan gran parte del tiempo sacándole el dinero a la gente para reforzar su mísero sueldo. Es imposible que ya nos estén buscando.

Además, este hombre es un agente de la LASTMA. Su máxima función, su razón de ser, es perseguir a individuos que se saltan un semáforo en rojo. O por lo menos eso es lo que me digo a mí misma cuando noto que empiezo a marearme.

El policía da unos golpecitos en mi ventana. Yo la bajo unos centímetros; lo suficiente para que no se enfade, pero no tanto como para que pueda colar una mano y quitarle el seguro a la puerta.

Apoya una mano en el techo y se inclina hacia mí, como si fuéramos dos amigos a punto de ponerse a charlar despreocupadamente. La camisa amarilla y los pantalones marrones que lleva están tan almidonados que ni siquiera se agitan con la ventisca. Un uniforme pulcro refleja el respeto que siente su propietario por la profesión, o eso es lo que significa en teoría. Sus ojos oscuros son como dos pozos en un vasto desierto; tiene la piel casi tan clara como Ayoola y huele a mentol.

—¿Sabe por qué la he obligado a parar?

Me siento tentada de señalar que es el tráfico el que me ha obligado a hacerlo, pero es demasiado evidente que tengo las de perder. No hay escapatoria.

—No, señor —respondo tan amablemente como puedo.

Seguro que si nos estuvieran buscando, no nos enviarían a los de la LASTMA, y menos aquí. Seguro que...

—El cinturón. No lo lleva puesto.

—Ah... —me permito respirar.

Los coches de delante avanzan un par de centímetros, pero yo estoy obligada a permanecer en mi lugar.

—Permiso de conducir y papeles del coche, por favor.

Soy reacia a darle a este hombre mi permiso. Sería algo tan temerario como permitir que entrara en el coche, entonces él tendría el mando. Como no contesto de inmediato, intenta abrir la

puerta y gruñe cuando la encuentra cerrada. Se pone recto, sus maneras conspirativas se han visto desperdiciadas.

—Señora, ¡he dicho que me enseñe el permiso de conducir y los papeles! —grita.

En un día normal me pondría a discutir con él, pero ahora mismo no me conviene llamar la atención, no mientras conduzco el coche que transportó a Femi hasta su último lugar de descanso. Mi mente divaga hacia la mancha de amoníaco en el maletero.

—*Oga* —digo con todo el respeto que soy capaz de reunir—, no se mosquee. Ha sido un error. No volver a pasar.

Esta es una forma de hablar más suya que mía. A los hombres de su calaña les enfurecen las mujeres con estudios, y por eso adopto un registro vulgar, aunque sospecho que mis intentos delatan aún más mi educación.

—¡Pero qué mujer! ¡Abra la puerta!

A mi alrededor los coches continúan avanzando. Algunos me miran con compasión, pero nadie se para a ayudarme.

—*Oga*, usted y yo hablar, por favor, seguro que llegar a un acuerdo.

Mi orgullo me ha abandonado, pero ¿qué le voy a hacer? En cualquier otro momento sería capaz de tratarlo como el delincuente que es, pero los actos de Ayoola me han hecho ser cauta. El hombre cruza los brazos, insatisfecho pero dispuesto a escuchar.

—Yo no mentir. No tener mucho dinero, pero si usted querer...

—¿Acaso le he pedido yo dinero? —me pregunta mientras vuelve a manipular el tirador de la puerta, como si hubiera sido tan tonta como para quitar el seguro. Se endereza y pone los brazos en jarras—. ¡*Oya park!*

Yo abro la boca pero vuelvo a cerrarla. Me limito a mirarlo.

—Abra la puerta. O yo llevar el coche a comisaría y arreglar allí.

Me noto el pulso golpeándome en los oídos. No puedo arriesgarme a que registren el coche.

—*Oga abeg*, buscar solución entre los dos.

La súplica me sale estridente. Él asiente, mira alrededor y vuelve a inclinarse.

—¿De cuánto hablar usted?

Saco 3000 nairas de la billetera con la esperanza de que le parezcan suficientes y los acepte de prisa. Se le iluminan los ojos, pero frunce el ceño.

—No puede ser.

—*Oga*, ¿cuánto querer?

Se humedece los labios, dejando un gran pegote de saliva reluciente que apunta hacia mí.

—¿Acaso parecer yo un muchacho?

—No, señor.

—Pues usted dar algo con lo que un hombre poder disfrutar.

Yo suspiro. Mi orgullo me dice adiós mientras añado 2000 nairas más. Él me arrebató el dinero de las manos y asiente de modo solemne.

—Póngase el cinturón y no volver a hacer.

Se aleja y obedezco. Al cabo de un rato se me pasan los temblores.

RECEPCIÓN

Un hombre entra en el hospital y viene directo al mostrador de recepción. Es bajo, pero lo compensa con su volumen. Avanza a toda velocidad hacia nosotras y yo me preparo para el impacto.

—¡Tengo cita!

Yinka aprieta la mandíbula y le ofrece su mejor sonrisa.

—Buenos días. ¿Su nombre, por favor?

Él se lo lanza y ella se pone a revisar las carpetas poco a poco. A Yinka no se le pueden meter prisas: si le tocan las narices, va más lento a propósito. Pronto el hombre está tamborileando sobre el mostrador y dando golpecitos con los pies. Ella levanta la mirada y lo escudriña a través de las pestañas, después vuelve a las carpetas y sigue con su búsqueda. Él empieza a hinchar las mejillas, está a punto de explotar. Me planteo intervenir y reducir la tensión, pero que un paciente le grite a Yinka puede irle bien, de modo que vuelvo a apoyarme en la silla a observar.

Mi móvil se ilumina. Ayoola. Es la tercera vez que llama, pero no estoy de humor para hablar con ella. A lo mejor recurre a mí porque ha enviado a otro hombre a la tumba prematuramente, o a lo mejor quiere saber si puedo comprar huevos de camino a casa. En cualquier caso, no pienso contestar.

—Ah, aquí está —exclama Yinka, aunque ya la he visto examinar esa misma carpeta dos veces y continuar con la búsqueda.

Él saca el aire por las fosas nasales.

—Señor, llega usted treinta minutos tarde a la cita.

—¿Eh?

Ahora le toca a ella respirar sonoramente.

Esta mañana está más tranquila de lo habitual. Desde nuestra posición, vemos a todo el mundo en la sala de espera, que tiene forma de arco; la recepción y los sofás miran a la entrada y al televisor de pantalla grande. Si pusiéramos una luz más tenue, tendríamos un cine para nosotras. Los sofás son de un burdeos vivo, pero todo lo demás está desprovisto de color (el decorador no tenía intención de ampliar el horizonte de nadie). Si los hospitales tuvieran bandera, sería blanca: la señal universal de rendición.

Un niño sale del cuarto de juegos para ir hasta su madre y después vuelve a entrar. No hay nadie más esperando excepto el hombre que pone a Yinka de los nervios. Se aparta un rizo de los ojos y se lo queda mirando.

—Señor, ¿ha comido?

—No.

—Vale, bien. Según su historial, hace tiempo que no se hace un análisis de glucosa en sangre. ¿Le gustaría hacérselo?

—Sí, inclúyalo. ¿Cuánto es? —ella le indica el precio y él suelta un bufido—. ¿Pero qué se han creído? *Abeg*, ¿para qué necesito hacerme la prueba? Total, a usted le da igual, ¿como no la va

a pagar!

Yinka mira en mi dirección. Quiere comprobar si sigo observándola. Sabe que si rompe las reglas, se verá obligada a escuchar mi discurso ensayadísimo sobre el código profesional y la política del St. Peter. Sonríe apretando los dientes.

—Pues entonces sin análisis. Siéntese, por favor. Lo avisaré cuando el doctor esté listo para recibirlo.

—¿Quiere decir que aún no está libre?

—No. Por desgracia, llega usted —comprueba su reloj— cuarenta minutos tarde, así que deberá esperar hasta que el doctor tenga un hueco.

El hombre sacude bruscamente la cabeza y se sienta de cara al televisor. Un minuto más tarde nos pide que cambiemos de canal. Yinka suelta una retahíla de insultos entre dientes, que quedan únicamente encubiertos por los sonidos ocasionales de regocijo del niño que está en el soleado cuarto de juego y la transmisión del partido de fútbol en la tele.

BAILANDO

Del cuarto de Ayoola sale música a todo volumen. Está escuchando «I Wanna Dance with Somebody» de Whitney Houston. Sería más apropiado algo solemne o nostálgico como Brymo o Lorde, cualquier cosa antes que aquel equivalente musical de un paquete de M&M's.

Yo quiero ducharme, sacarme de la piel el olor a desinfectante del hospital, pero en vez de eso abro la puerta. Ella no nota mi presencia: está de espaldas a mí, descalza sobre la alfombra de pelo blanco, empujando las caderas a un lado y a otro y dando pasos. Sus movimientos no son rítmicos en absoluto; son los de alguien desinhibido, sin público. Hace unos días lanzamos a un hombre al mar, pero ella está aquí, bailando.

Me apoyo en el marco de la puerta y la miro, intentando comprender sin éxito cómo funciona su cerebro. Para mí sigue siendo tan impenetrable como el «material gráfico» que hay pintarrajeado por sus paredes. Un artista amigo suyo pintó las enérgicas pinceladas negras sobre la cal. Es como que no encajan en esta habitación delicada de muebles blancos y juguetes afelpados. Habría sido mejor que pintara un ángel o un hada. En aquella época, yo me daba cuenta de que él esperaba que su generosidad y su talento artístico le aseguraran un lugar en el corazón de Ayoola o, por lo menos, en su cama, pero era bajito y tenía unos dientes que se disputaban el espacio en la boca, de modo que lo único que consiguió fue una palmadita en la cabeza y una lata de Coca-Cola.

Ella se pone a cantar y desafina. Yo me aclaro la garganta.

—Ayoola.

Todavía bailando, se vuelve y su sonrisa se ensancha:

—¿Qué tal en el trabajo?

—Bien.

—Guay. —Mueve las caderas y flexiona las rodillas—. Te he llamado.

—Estaba ocupada.

—Quería ir a buscarte y llevarte a comer fuera.

—Gracias, pero normalmente como en el trabajo.

—Vale o.

—Ayoola —vuelvo a empezar, con delicadeza.

—¿Mmm?

—Quizá estaría bien que me quedara yo la navaja.

Ella ralentiza sus movimientos, hasta que se queda oscilando de un lado a otro y moviendo el brazo.

—¿Qué?

—Digo que quizá estaría bien que me quedara yo la navaja.

—¿Por qué?

—Porque... no la necesitas.

Reflexiona sobre mis palabras. Les dedica el mismo tiempo que el papel tarda en quemar.

—No, gracias. Creo que me la quedaré yo. —Aumenta el ritmo del baile y se aleja de mí dando vueltas. Decido probar otro enfoque. Cojo su iPod y bajo el volumen. Vuelvo a tenerla delante, enfadada—. ¿Qué pasa ahora?

—No es buena idea que la tengas, ¿sabes? Por si viniera la policía a casa a buscarla. Podrías tirarla a la laguna y reducir el riesgo de que te pillen.

Ella cruza los brazos y entorna los ojos. Nos miramos fijamente un momento, luego suspira y baja los brazos.

—La navaja es importante para mí, Korede. Es lo único que me queda de él.

Tal vez si hubiera alguien más viendo ese espectáculo sentimentaloides, sus palabras tendrían algún peso, pero a mí no me engaña. Es un misterio si Ayoola es capaz de albergar algún sentimiento.

Me pregunto dónde guardará la navaja. No la veo más que en los momentos en que me encuentro frente a un cuerpo mutilado, y a veces ni siquiera ahí. Por algún motivo, no logro imaginármela apuñalando a alguien sin tener concretamente esa navaja en la mano. Casi como si fuera la navaja y no ella quien estuviera matando. Pero si ese fuera el caso, ¿tan difícil sería de creer? ¿Quién dice que un objeto no lleva sus propias prioridades incorporadas? ¿O que las prioridades colectivas de sus antiguos propietarios no son las que aún dirigen su objetivo?

PADRE

Ayoola había heredado la navaja de él —y con «heredar» me refiero a que la cogió de sus pertenencias antes de que se enfriara su cuerpo en el suelo—. Era lógico que se la quedara: se trataba del objeto del que él estaba más orgulloso.

La guardaba enfundada en un cajón cerrado con llave, pero cuando teníamos invitados la sacaba para presumir. Cogía la hoja curva de veintitrés centímetros entre los dedos y llevaba la atención del espectador a las marcas que parecían comas que adornaban la empuñadura de hueso pálido. La presentación solía ir acompañada de una historia.

A veces la navaja había sido obsequio de Tom, un colega de la universidad, que se la había regalado por haberle salvado la vida en un accidente en barca. En otras ocasiones se la había arrebatado a un soldado que había intentado matarlo con ella. Por último —su versión favorita—, se la habían dado en reconocimiento por haber logrado un acuerdo con un jeque. Había sido tan fructífero que el jeque le había dado a elegir entre su hija y la última navaja que había hecho un artesano muerto tiempo atrás. La hija tenía un ojo vago, de modo que se decantó por la navaja.

Para nosotras esas historias eran lo más parecido a que nos contaran cuentos antes de ir a dormir. Disfrutábamos del momento en que abría la navaja con una floritura, y sus invitados retrocedían de manera instintiva. Él siempre se reía y los invitaba a examinar el arma. Mientras la admiraban, él asentía con la cabeza y se deleitaba con su fascinación. Inevitablemente, siempre había alguien que acababa haciéndole la pregunta esperada —«¿dónde la consiguió?»—, y él se ponía a mirarla como si la viera por primera vez, la hacía rotar hasta que le daba la luz y se lanzaba a contar la anécdota que considerara más adecuada para su público.

En cuanto se iban, le sacaba brillo meticulosamente con un trapo y una pequeña botella de aceite de rotor, eliminado el recuerdo de las manos que la habían tocado. Yo solía observarlo mientras exprimía unas gotas de aceite del frasco sobre la hoja y la frotaba con suaves y delicados movimientos circulares. Esa había sido la única vez que fui testigo de una muestra de ternura por su parte. Él se tomaba su tiempo, rara vez advertía mi presencia. Cuando se levantaba para limpiar el aceite de la hoja, yo me retiraba. Aquel no era en absoluto el último paso de su rutina de limpieza, pero me parecía que lo mejor era no estar presente cuando terminara, por si cambiaba de humor durante el proceso.

Una vez, cuando creyó que no volvería en todo el día, Ayoola había entrado en su estudio y se había encontrado el cajón abierto. Sacó la navaja para contemplarla, pero, como había estado comiendo chocolate, la manchó. Aún estaba allí cuando él volvió; la sacó arrastrándola de los pelos mientras chillaba. Yo aparecí justo a tiempo para presenciar cómo la arrojaba al pasillo.

No me sorprende que Ayoola cogiera la navaja. Si se me hubiera ocurrido antes a mí, me habría puesto a darle martillazos.

NAVAJA

Quizá la guarda debajo de su cama doble, ¿o en la cómoda? ¿Puede que la esconda en la pila de ropa que tiene acumulada en el vestidor? Ella sigue mi mirada mientras recorro el dormitorio.

—No estarás pensando en entrar a hurtadillas a cogerla, ¿verdad?

—No entiendo por qué la necesitas. Es peligroso tenerla en casa. Dámela y yo me ocuparé de ella.

Ella suspira y niega con la cabeza.

ÈFÓ

No heredé casi nada de mi padre en cuanto a aspecto físico se refiere. Cuando miro a mi madre, veo mi yo futuro, pero no podría parecerme menos ni aunque lo intentara. Ella está repantigada en el sofá del salón de abajo leyendo una novela rosa de Mills & Boon: una historia de la clase de amor que no ha conocido nunca. A su lado, en un sillón, Ayoola está encorvada mirando cosas en su móvil. Yo paso por delante de ellas para ir a la cocina.

—¿Vas a cocinar? —pregunta mi madre.

—Sí.

—Korede, enseña a tu hermana. ¿Cómo va a cuidar de su marido si no aprende?

Ayoola hace una mueca, pero no dice nada. No le importa estar en la cocina. Le gusta probar todo aquello que ve.

En casa, quienes cocinamos más somos la criada y yo; mi madre también, aunque no tanto como cuando él vivía. En cambio, Ayoola... Bueno, sería interesante ver si sabe hacer algo que requiera más esfuerzo que poner pan en la tostadora.

—Vale —contesto, mientras ella se levanta y me sigue.

La criada ha preparado todo lo que voy a necesitar y lo ha puesto sobre la encimera, limpio y troceado. Me gusta. Es ordenada y tiene un carácter tranquilo, y lo más importante: no sabe nada de él. Después de que falleciera, despedimos a todo el personal por motivos «prácticos». Pasamos un año sin ayuda doméstica, que en una casa de este tamaño es más duro de lo que parece.

El pollo ya está hirviendo. Ayoola destapa la olla y se escapa el olor cargado de grasa y Maggi. «Mmm.» Inspira y se humedece sus labios de cereza. La criada se ruboriza.

—¡Pruébalo o!

—Gracias, *ma*.

—Yo puedo ayudaros probándolo, a ver si ya está —sugiere Ayoola sonriendo.

—Ayúdanos a cortar espinacas.

Ayoola echa un vistazo a todos los ingredientes ya preparados.

—Pero si ya está todo cortado *na*.

—Necesito más. —La criada se apresura a coger otro manojo, pero le digo que lo deje—. No, que lo haga Ayoola.

Ella suspira dramáticamente, pero va a la despensa a buscar las espinacas. Coge un cuchillo e inconscientemente pienso en Femi desplomado en el cuarto de baño, con la mano cerca de donde tenía la herida, como si hubiera intentado detener la hemorragia. ¿Cuánto tardó en morir? Ella coge el cuchillo sin fuerza y la hoja apunta hacia abajo. Se pone a cortar rápido y mal las espinacas, utiliza el cuchillo como lo haría un niño, sin preocuparse en cómo quedará el producto final. Estoy tentada de pararla. La criada intenta no reírse. Sospecho que Ayoola se está esforzando por frustrarme.

Decido no hacerle caso, me pongo a echar aceite de palma en una cazuela y añado cebolla y

pimientos, que pronto empiezan a freírse.

—Ayoola, ¿estás mirando?

—Ajá —responde apoyándose sobre la encimera y tecleando furiosa en el móvil con una mano. Con la otra sigue sujetando el cuchillo de cocina.

Voy hacia ella, le quito los dedos del mango y me lo llevo. Ella pestañea.

—Concéntrate, por favor. Después, añadimos *tàtàsé*.

—Lo pillo.

En cuanto me doy la vuelta, vuelvo a oírla teclear. Me siento tentada a reaccionar, pero el aceite de palma empieza a salpicar y a pitar, lo he dejado demasiado tiempo en el fuego. Lo reduzco y decido olvidarme por el momento de mi hermana. Si quiere aprender, ya lo hará.

—¿Qué es lo que estamos haciendo?

No me lo puedo creer.

—*Èfó* —le contesta la criada.

Ayoola asiente con la cabeza, solemne, y dirige el teléfono hacia el potaje que se cuece a fuego lento justo cuando yo voy a añadirle las espinacas.

—Eo, amiguis, ¡subiendo el *èfó*!

Me quedo helada durante un instante, aún con las espinacas en la mano.

¿Es posible que esté subiendo vídeos a Snapchat? Me sacudo para salir del trance, le quito el teléfono y le doy a «eliminar», manchando la pantalla con las manos aceitosas.

—¡Eh!

—Demasiado pronto, Ayoola. Demasiado pronto.

N.º 3

—Femi es el tercero, ¿sabes? Con tres ya se te puede considerar asesino en serie.

Susurro las palabras por si alguien pasara por delante de la puerta de Muhtar en ese momento. Por si flotaran y traspasaran los cinco centímetros de madera y le llegaran a un transeúnte. Más allá de hacerle confidencias a un hombre comatoso, no me arriesgo. «Tres», me repito a mí misma.

Anoche no podía dormir. Dejé de contar hacia atrás, me senté en mi escritorio y encendí el portátil. Me encontré tecleando «asesino en serie» en la caja de búsqueda de Google a las tres de la madrugada. Y ahí estaba: tres o más asesinatos... asesino en serie.

Me froto las piernas para quitarme el hormigueo que se me ha instalado en ellas. ¿Tiene algún sentido contarle a Ayoola lo que he descubierto?

—En el fondo, de algún modo tiene que saberlo, ¿no?

Miro a Muhtar. Le ha vuelto a crecer la barba. Si no lo afeitan por lo menos una vez cada quince días, se le hacen nudos y el pelo amenaza con cubrirle la mitad de la cara. A alguien se le habrán pasado por alto las tareas de la lista de cuidados. En este tipo de asuntos Yinka suele ser la culpable.

Por el pasillo se oye el leve sonido de un silbido cada vez más cerca. Tade. Cuando no está cantando, está tarareando, y cuando se cansa, se pone a silbar. Es una caja de música andante. Oírlo me anima. Me acerco a abrir la puerta justo cuando se está aproximando. Me sonrío.

Yo lo saludo con la mano, que bajo acto seguido, arrepintiéndome de mi entusiasmo. Con una sonrisa habría sido más que suficiente.

—Debería haberme imaginado que estabas aquí.

Abre la carpeta que lleva, le echa una ojeada y luego me la pasa. Es la de Muhtar. No hay nada destacable. Ni ha mejorado ni empeorado. Cada vez está más cerca el momento en que deberán tomar la decisión. Giro la cabeza para echarle otro vistazo a Muhtar. Está en paz, lo envidio. Yo cada vez que cierro los ojos veo a un hombre muerto. Me pregunto cómo sería volver a ver la nada.

—Sé que te preocupas por él. Solo quiero asegurarme de que estés preparada si... —No acaba la frase.

—Es un paciente, Tade.

—Lo sé, lo sé. Pero no hay que avergonzarse por que te preocupe el destino de otro ser humano.

Me toca el hombro con delicadeza, un gesto de consuelo. En algún momento, Muhtar morirá, pero no en un charco de su propia sangre, ni devorado por los cangrejos de agua salada que hay debajo del Puente Continental 3. Su familia conocerá su destino. La mano cálida de Tade permanece en mi hombro y yo me apoyo en ella.

—Mirando el lado positivo, se rumorea que te van a dar el ascenso. ¡Vas a ser jefa de enfermeras! —anuncia abruptamente quitando la mano.

No es una gran sorpresa, hace tiempo que el puesto está vacante, ¿y quién lo iba a ocupar si

no? ¿Yinka? Me preocupa mucho más el hecho de que la mano ya no está sobre mi hombro.

—Estupendo —respondo, porque es lo que él espera que diga.

—Cuando sea oficial, lo celebraremos.

—Guay. —Espero sonar despreocupada.

CANCIÓN

Tade tiene la consulta más pequeña de todos los médicos, pero nunca lo he oído quejarse. Si se le ha pasado por la cabeza que es injusto, no lo demuestra.

Sin embargo, hoy el tamaño de su consulta juega a nuestro favor. Al ver la aguja, la niña huye a la puerta. Pero como tiene las piernas cortas, no llega demasiado lejos y su madre la agarra.

—¡No! —grita mientras da patadas y arañazos.

Parece una gallina salvaje. Su madre aprieta la mandíbula y aguanta el dolor. Me pregunto si fue esto lo que se imaginó cuando posaba para la sesión de fotos embarazada o cuando celebraba la baby shower.

Tade mete la mano en el bol de caramelos que tiene sobre la mesa para los pacientes infantiles, pero ella aparta la piruleta que le ha ofrecido de un manotazo. Él no deja de sonreír, se pone a cantar. Su voz llena la habitación y mi cerebro se sumerge en ella. Todo se calma. La niña, desconcertada, hace una pausa y mira a su madre, que también está fascinada con su voz. Da igual que la canción sea «María tenía un corderito», se nos pone la carne de gallina igualmente. ¿Hay algo más bello que un hombre con una voz como el océano?

Yo estoy al lado de la ventana, miro abajo y veo a un grupo de personas que señalan hacia arriba. Tade no enciende casi nunca el aire acondicionado y suele tener la ventana abierta. Me dijo que le gusta oír Lagos mientras trabaja: el sonido incesante del claxon de los coches, los gritos de los vendedores ambulantes y los neumáticos que chirrían en la carretera. Ahora es Lagos quien lo escucha a él.

La niña se sorbe los mocos y se los limpia con el dorso de la mano. Anda hacia él como un pato. Cuando sea mayor, lo recordará como su primer amor. Pensará en lo perfecta que era su nariz torcida, y en sus ojos conmovedores. Aunque olvide su rostro, su voz permanecerá con ella en sueños.

Él la coge en brazos y con un pañuelo le limpia las lágrimas. Me mira expectante y yo salgo de mi ensoñación. Ella no se da cuenta de que me acerco con la aguja. No se mueve mientras le froto el muslo con un algodón con alcohol. Intenta cantar con él, con la voz entrecortada por los sorbidos ocasionales y el hipo. Su madre da vueltas a la alianza que lleva en el dedo, como si se planteara quitársela. Pienso en acercarle un pañuelo para que se limpie las babas que amenazan con caérsele.

La niña se sobresalta cuando le inyecto el medicamento, pero Tade la sujeta con firmeza. Ya está.

—Pero qué niña más valiente —le dice. Ella sonríe feliz y ahora está dispuesta a recoger la piruleta de cereza de premio.

—Qué bien se le dan los niños —arrulla la madre—. ¿Tiene hijos?

—No, algún día. —Le sonríe enseñándole su dentadura perfecta y las arrugas que se le forman en los ojos.

Se la puede perdonar por pensar que esa sonrisa es solo para ella, pero lo cierto es que se la

dedica a todo el mundo. También a mí. Ella se sonroja.

—¿Y no está casado?

(Señora, ¿es que quiere dos maridos?)

—No, no estoy casado.

—Tengo una hermana, es muy...

—Doctor Otumu, aquí tiene las recetas.

Tade levanta la vista, desorientado por mi brusquedad. Después me dirá con suavidad que no debo interrumpir a los pacientes. Vienen al hospital a curarse, y a veces no es solo su cuerpo el que necesita atención.

ROJO

Yinka se está pintando las uñas en recepción. Al verme, Bunmi le da un codazo, pero es una advertencia inútil, no dejará de hacerlo por mí. Responde a mi presencia con una sonrisa felina.

—¡Korede, qué zapatos tan bonitos o!

—Gracias.

—Los originales deben de ser muy caros.

Bunmi se atraganta con el agua que está bebiendo, pero yo no pienso morder el anzuelo. La voz de Tade aún resuena en mi cuerpo y me calma, igual que hizo con la niña. La ignoro y me vuelvo hacia Bunmi.

—Me voy ahora a comer.

Me dirijo a la segunda planta con la fiambarrera en la mano y llamo a la puerta de la consulta de Tade, a la espera de que su generosa voz me dé permiso para entrar. Gimpe, otra limpiadora (con tanto personal, cualquiera pensaría que el hospital debe estar impecable), mira en mi dirección y me dedica una sonrisa cordial, cómplice, presumiendo de pómulos altos. Yo me niego a devolvérsela; no sabe nada de mí. Intento ocultar los nervios y vuelvo a llamar con suavidad.

—Adelante.

No entro en calidad de enfermera. Sujeto un recipiente con arroz y *èfó* y noto que le llega el olor en cuanto me acerco.

—¿A qué se debe este honor?

—Casi nunca te coges la pausa para comer, así que he pensado traerte yo la comida.

Él acepta el recipiente, mira dentro y respira hondo.

—¿Lo has hecho tú? ¡Tiene un olor exquisito!

—Toma. —Le doy un tenedor y lo hunde. Cierra los ojos, suspira y me sonrío.

—Korede, cómo está esto... Madre mía... Vas a ser una esposa estupenda.

Estoy segura de que mi sonrisa es tan grande que no cabe en una foto. Siento que me llega hasta los pies.

—Voy a tener que dejar el resto para después, primero debo acabar este informe.

Me levanto de la punta de la mesa, que estaba usando como asiento, y me ofrezco a pasarme más tarde a recoger el taper.

—De verdad, Korede, gracias. Eres la mejor.

En la sala de espera hay una mujer meciendo a un niño, intentando calmarlo, pero no se calla. Está irritando a algunos pacientes que esperan en recepción, y a mí también. Me acerco con un sonajero por si sirve para distraerlo, justo cuando se abren las puertas de la entrada...

Entra Ayoola y todas las cabezas se vuelven en su dirección. Freno en seco con el sonajero en la mano, intentando asimilar la situación. Es como si hubiera traído el sol con ella. Tiene puesto un vestido camisero amarillo brillante que no disimula en absoluto su generoso pecho. Lleva unas

sandalias verdes de tacón que compensan su baja estatura y un bolso de mano blanco lo bastante grande para llevar un arma de veintitrés centímetros.

Me sonrío y se me acerca. Oigo que un hombre murmura «joder» en voz baja.

—Ayoola, ¿qué haces aquí? —La voz se me pega a la garganta.

—¡Es la hora de comer!

—¿Y?

Sin responder a mi pregunta se encamina hacia el mostrador. Las enfermeras se quedan mirándola y Ayoola les dedica su mejor sonrisa.

—¿Vosotras sois las amigas de mi hermana?

—¿Tú eres la hermana de Korede? —exclama Yinka.

Veo cómo intenta hacer la conexión, comparando el físico de Ayoola con el mío. Parecido hay —tenemos la misma boca, los mismos ojos—, pero ella parece una Barbie y yo un muñeco de vudú. A su lado Yinka, que con su nariz de querubín y sus labios carnosos puede considerarse la empleada más atractiva del St. Peter, queda reducida a la insignificancia. Y lo sabe: se atusa con los dedos su pelo caro y echa los hombros atrás.

—¿Qué perfume es? —pregunta Bunmi—. Es como... es muy...

Ayoola se inclina para susurrarle algo al oído, después se pone recta.

—Será nuestro secretillo, ¿vale?

Le guiña el ojo a Bunmi y su cara, normalmente impasible, se ilumina. Ya estoy harta. Voy hacia el mostrador, pero justo entonces oigo la voz de Tade y se me acelera el corazón. Agarro a Ayoola y la arrastro hacia la salida.

—¡Oye!

—Tienes que irte.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por qué te pones tan...?

—¿Qué pas...? —pregunta Tade con un hilo de voz, y a mí se me hiela la sangre. Ayoola se suelta, pero da igual. Ya es demasiado tarde de todos modos. Sus ojos se fijan en ella y se le dilatan las pupilas. Se coloca bien la bata—. ¿Qué pasa? —repite, de repente con voz robusta.

—Soy la hermana de Korede —se presenta.

Él la mira a ella, luego a mí y otra vez a ella.

—No sabía que tuvieras una hermana. —Se dirige a mí, pero sin quitarle a ella los ojos de encima.

Ayoola se pone a hacer pucheros.

—Creo que se avergüenza de mí.

Él le sonrío; es una sonrisa amable.

—Por supuesto que no. ¿Quién podría avergonzarse de ti? Perdona, no he entendido bien tu nombre.

—Ayoola. —Ella le alarga la mano, como haría una reina con sus súbditos.

Él la toma y la estrecha con delicadeza.

—Yo soy Tade.

INSTITUTO

No sé precisar el momento exacto en que me di cuenta de que Ayoola era guapa y yo... no. Pero lo que sí sé es que fui consciente de mis defectos mucho antes.

El instituto puede ser cruel. Los chicos hacían listas de las chicas que tenían figura de ocho — como una botella de Coca-Cola— y las que la tenían de uno —como un palo—. Las dibujaban exagerando sus mejores o peores rasgos y colgaban los dibujos en el tablón de anuncios del centro para que los viera todo el mundo. Hasta que los profesores los arrancaban y quedaba un trocito de papel alrededor de la chincheta a modo de mofa.

Cuando me dibujaban a mí, lo hacían con unos labios de gorila, y agrandaban muchísimo los ojos. Yo me decía a mí misma que eran unos inmaduros y unos bobos, por lo que no me importaba no gustarles. Tampoco me importaba que de todas formas alguno intentara algo conmigo al dar por hecho que yo agradecería la atención y haría cualquier cosa que me pidieran. Me alejé de todos ellos. Me burlaba de las chicas que se desvivían por los tíos, las juzgaba por besarse con ellos, y a la menor oportunidad las despreciaba. Yo estaba por encima de todo eso.

No engañaba a nadie.

Al cabo de dos años ya estaba curtida y preparada para proteger a mi hermana, quien estaba segura que recibiría el mismo trato que yo. Puede que a ella la trataran aún peor. Cada día vendría a mí sollozando, y yo la abrazaría y la consolaría. Seríamos las dos contra el mundo.

Se rumorea que en su primer día de clase un chico de segundo le pidió para salir. Aquello era inaudito. Los chicos de los cursos superiores no se fijaban en las alumnas más pequeñas, y si lo hacían, rara vez intentaban hacerlo oficial. Ella lo rechazó, pero yo recibí el mensaje alto y claro.

MANCHA

—Simplemente pensaba que podíamos comer juntas.

—No, querías ver dónde trabajo.

—¿Y eso qué tiene de malo, Korede? ¡Llevas un año trabajando en el hospital y tu hermana no había ido nunca! —exclama mi madre horrorizada, como hace siempre frente a todas las injusticias que cree que sufre Ayoola.

La criada trae el guiso de la cocina y lo coloca sobre la mesa. Ayoola se inclina hacia delante y se sirve un bol hasta arriba. Ha desenvuelto el àmàlà y lo ha sumergido en la sopa antes de que mi madre y yo hayamos acabado de servirnos.

Las tres estamos sentadas en la mesa rectangular, en nuestros sitios habituales: mi madre y yo a la izquierda, Ayoola a la derecha. Antes había una silla encabezando la mesa, pero la quemé en una hoguera fuera de la finca. No hablamos de eso. No hablamos de él.

—Hoy ha llamado la tía Taiwo —empieza mamá.

—¿Ah, sí?

—Sí, dice que le gustaría saber de vosotras más a menudo. —Hace una pausa, esperando algún tipo de respuesta de alguna de las dos.

—¿Me pasas el *okro*, por favor? —le pido a mi madre, y me lo acerca.

—Bueno, Ayoola dice que hay un médico guapo en tu trabajo —cambia de tema, al ver que con el anterior no ha picado nadie.

Yo dejo caer el bol de *okro*, que se desparrama verde y aceitoso sobre la mesa y rápidamente impregna el mantel floral.

—¡Korede!

Intento absorberlo con un trapo, pero apenas la oigo: mis pensamientos me reconcomen el cerebro.

Siento la mirada de Ayoola e intento calmarme. La criada corre a limpiar la mancha, pero con el agua se hace más grande.

HOGAR

Estoy contemplando el cuadro que hay colgado encima del piano que no toca nadie.

Él lo encargó después de hacer pasar por nuevos una remesa de coches restaurados en un concesionario. Se trata de una pintura de la casa que había construido mediante sus tratos sospechosos. (¿Por qué tener un cuadro de la casa donde vives, colgado en esa misma casa?)

De niña yo me ponía delante y deseaba estar dentro. Me imaginaba que nuestras versiones alternativas vivían entre sus paredes de acuarela. Soñaba que la risa y el amor iban más allá del césped verde, que traspasaban las columnas blancas y la pesada puerta de roble.

El pintor había añadido un perro ladrando junto a un árbol, como si supiera que habíamos tenido una perra. Era suave y marrón, y cometió el error de hacer pis en su despacho. No la volvimos a ver. El pintor no podía saberlo y, aun así hay un perro en el cuadro y a veces juro que lo oigo ladrar.

La belleza de nuestra casa no se podría comparar nunca con la del cuadro, con su perpetuo amanecer rosa, sus hojas que nunca se llegan a marchitar y sus arbustos teñidos de tonos de otro mundo, amarillos y púrpuras, cercando el jardín. En la imagen, las paredes exteriores son siempre de un blanco nuevecito, cuando en realidad no hemos podido volver a pintarlas y ahora tienen un tono amarillo desteñido.

Cuando él murió, yo vendí todos los demás cuadros que él había comprado para conseguir dinero. No fue una gran pérdida. Si hubiera podido librarme de la propia casa, lo habría hecho. Pero él la había construido al estilo sureño, desde cero, lo cual significaba que no había alquiler ni hipoteca (además, nadie estaba interesado en adquirir una vivienda de ese tamaño, cuando los papeles de la tierra donde estaba construida eran sospechosos, en el mejor de los casos). De modo que en lugar de mudarnos a un piso más pequeño, costeamos como pudimos los gastos de mantenimiento de nuestra mansión llena de historia.

Echo otro vistazo al cuadro cuando voy del dormitorio a la cocina. No hay personas, lo cual está bien, pero si se entornan los ojos, se ve una sombra en una de las ventanas que parece una mujer.

—Tu hermana solo quiere estar cerca de ti, ¿sabes? Eres su mejor amiga. —Es mi madre, que se acerca y se queda a mi lado. Habla de Ayoola como si aún fuera una niña, y no una mujer que rara vez oye la palabra «no»—. ¿Qué daño puede hacerte que de vez en cuando vaya a verte al trabajo?

—Es un hospital, mamá, no un parque.

—Ya, te hemos oído. Miras demasiado este cuadro —dice cambiando de tema. Yo aparto la mirada de la pintura y la dirijo al piano.

También deberíamos haberlo vendido, la verdad. Paso un dedo por encima de la tapa y se forma una línea sobre el polvo. Mi madre suspira y se va porque sabe que no descansaré hasta que no quede ni una mota sobre la superficie. Voy al armario de limpieza a por unas toallitas. Ojalá pudiera limpiar con ellas todos nuestros recuerdos.

DESCANSO

—No me habías dicho que tenías una hermana.

—Mmm.

—Es que sabía a qué colegio fuiste, cómo se llamaba tu primer novio. Hasta sabía que te encanta comer las palomitas con sirope por encima...

—Tienes que probarlas algún día.

—... pero no que tenías una hermana.

—Bueno, pues ya lo sabes.

Me aparto de Tade y tiro las agujas de la bandeja metálica. Podría hacerlo él, pero me gusta encontrar maneras de facilitarle el trabajo. Está encorvado sobre su escritorio, garabateando algo en la página que tiene delante. Por más que escriba rápido, sus trazos son amplios y los bucles se conectan entre las letras. Su caligrafía es clara y ordenada. Interrumpe el chirrido del bolígrafo y se aclara la garganta.

—¿Sale con alguien?

Pienso en Femi durmiendo en el fondo del océano, con los peces mordisqueándolo.

—Se está tomando un descanso.

—¿Un descanso?

—Sí, no quiere salir con nadie por un tiempo.

—¿Por qué?

—Sus relaciones suelen acabar mal.

—Ah... Los tíos pueden ser gilipollas. —Suena raro viniendo de un tío, pero Tade siempre ha sido sensible—. ¿Crees que se molestaría si me dieras su número?

Pienso en Tade con peces nadando a su alrededor mientras va a la deriva a encontrarse con Femi en el fondo del océano.

Vuelvo a dejar la jeringuilla en la bandeja con cuidado, para no clavármela sin querer.

—Tendré que preguntárselo.

Aunque no tengo ninguna intención de comentarle nada a Ayoola. Si él no la ve, se desvanecerá por los recónditos rincones de su mente como una corriente de aire frío en un día caluroso.

DEFECTO

—Entonces, ¿las dos tenéis el mismo padre y la misma madre?

—Ya te dijo que es mi hermana.

—Pero ¿es tu hermana de verdad? Parece mestiza.

Yinka está empezando a cabrearme. Lo triste es que sus preguntas no son ni las más odiosas ni las más raras que he tenido que oír en mi vida. Al fin y al cabo, Ayoola es baja —su único defecto, si puede considerarse así—, mientras que yo mido metro ochenta; ella tiene un color de piel que se encuentra fácilmente entre el crema y el caramelo, y yo, el de una nuez de Brasil antes de quitarle la cáscara; ella es toda curvas y yo, ángulos.

—¿Has avisado al doctor Imo de que ya tiene la radiografía? —respondo seca.

—No, yo...

—Pues te sugiero que lo hagas.

Me voy antes de que tenga la oportunidad de terminar su excusa. Assibi está haciendo camas en la segunda planta y Mohammed está tonteando con Gimpe delante de mis narices. Están el uno cerca del otro, él tiene la mano apoyada en la pared y se inclina hacia ella. Tendrá que limpiar la mancha. Ninguno de los dos me ve; él me da la espalda y ella mira hacia abajo, disfrutando con los cumplidos melosos que le estará dedicando. ¿Es que no lo huele? A lo mejor no; Gimpe también desprende mal olor. A sudor, a pelo sin lavar, a productos de limpieza, a cuerpos descompuestos debajo de un puente...

—¡Korede!

Parpadeo. La pareja se ha esfumado. Al parecer he estado un rato abstraída entre las sombras. Bunmi me mira inquisitoriamente. Me pregunto cuántas veces me habrá llamado. Es difícil de interpretar. No parece que haya mucha actividad en su lóbulo frontal.

—¿Qué ocurre?

—Tu hermana está abajo.

—¿Cómo dices?

No me espero a que repita la frase ni a que llegue el ascensor, echo a correr escaleras abajo, pero cuando llego a recepción sin aliento, no veo a Ayoola por ninguna parte. Quizá mis colegas hayan percibido cuánto me agita la presencia de mi hermana, tal vez me estén tomando el pelo.

—Yinka, ¿dónde está mi hermana? —digo casi sin voz.

—¿Ayoola?

—Sí, la única que tengo.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? Ni siquiera sabía que tenías una hermana, por mí como si sois diez.

—Vale, muy bien, ¿dónde está?

—En la consulta del doctor Otumu.

Voy por la escalera, subo los escalones de dos en dos. El despacho de Tade está justo enfrente del ascensor, así que cada vez que llego al segundo piso, me dan tentaciones de llamar a su puerta.

Las carcajadas de Ayoola vibran por el pasillo; tiene una risa sonora y desbordante, la de una persona sin una sola preocupación en la vida. En esta ocasión, no me molestó en llamar.

—Ah, ¡Korede! Hola. Siento haberte robado a tu hermana. Entiendo que habéis quedado a comer.

Me pongo a analizar la escena. Él ha preferido no sentarse detrás del escritorio, sino en una de las sillas enfrente. Ayoola está sentada en la de al lado. Tade ha colocado su silla de manera que la ve de cara, y por si eso no fuera poco, está inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

El top que Ayoola ha decidido ponerse hoy es blanco y deja la espalda al descubierto. Lleva unas mallas de color fucsia y las rastas recogidas en un tocado alto que parece muy pesado, demasiado para su cuerpo; sin embargo, se mantiene recta. En las manos tiene el teléfono de él: sin duda estaba en pleno proceso de guardar su número.

Me miran sin el menor atisbo de culpabilidad.

—Ayoola, te dije que no podía quedar a comer.

A Tade le sorprende mi tono. Arruga el entrecejo, pero no dice nada. Es demasiado educado para interrumpir una riña entre hermanas.

—Ah, tranquila. He hablado con esa chica tan maja, Yinka, y me ha dicho que te cubriría ella.

Oh, ¿sí, verdad?

—Pues no debería. Tengo mucho trabajo.

Ayoola hace una mueca y Tade carraspea.

—Oye, pues yo aún no he comido. Si quieres, conozco un sitio que está muy bien en la esquina.

Se refiere al Saratobi. Hacen un plato de carne estupendo. Yo lo llevé al restaurante el día después de haberlo descubierto. Yinka se nos pegó, pero ni siquiera eso logró estropearme la comida. Ese día me enteré de que Tade es hinchado del Arsenal y que una vez probó acceder al fútbol profesional. Me enteré de que es hijo único. Que la verdura no le entusiasma. Yo tenía la esperanza de repetir algún día la experiencia —sin Yinka— y enterarme de más cosas sobre él. Ayoola le sonrío de oreja a oreja.

—Genial. No soporto comer sola.

FLAPPER

Cuando esa noche irrumpo en el cuarto de Ayoola, ella está en su mesa diseñando un nuevo modelo para su colección de ropa. Posa en redes sociales con la ropa que diseña, y apenas es capaz de gestionar el número de pedidos que recibe. Se trata de un truco de marketing: ves a una persona guapa, con muy buen tipo, y piensas que a lo mejor —si combinas la ropa adecuada y te pones los accesorios acordes—, a ti te puede quedar igual de bien.

Las rastas le tapan la cara, pero no me hace falta verla para saber que se estará mordiendo el labio y que arruga el entrecejo en señal de concentración. En la mesa tiene lo mínimo: su bloc, bolígrafos y tres botellas de agua, una de ellas casi vacía. Todo lo demás está patas arriba: hay ropa en el suelo, saliéndose de los armarios y amontonada sobre la cama.

Recojo la camiseta que tengo a mis pies y la doblo.

—Ayoola.

—¿Qué tal? —No levanta la vista, y yo cojo otra prenda de ropa.

—Me gustaría que dejaras de venir a mi puesto de trabajo. —Ahora he conseguido llamar su atención: deja el lápiz y se gira hacia mí, a la vez que sus rastas.

—¿Por qué?

—Preferiría separar mi vida laboral de la personal.

—Vale. —Se encoge de hombros y vuelve a su diseño.

Desde donde estoy, veo que es un vestido al estilo de las *flapper* de los años veinte.

—Y me gustaría que dejaras de hablar con Tade.

Se vuelve a girar en mi dirección, ladea la cabeza y frunce el ceño. Es raro verla así, lo hace pocas veces.

—¿Por qué?

—No me parece sensato que empieces una relación con él.

—¿Porque le voy a hacer daño?

—No estoy diciendo eso.

Hace una pausa, analiza mis palabras.

—¿Te gusta?

—En realidad, esa no es la cuestión. Creo que no deberías salir con nadie en estos momentos.

—Ya te dije que tuve que hacerlo. Te lo dije.

—Creo que deberías tomarte un descanso.

—Si lo que quieres es quedártelo para ti sola, dilo y ya está. —Hace una pausa para darme tiempo a replicar—. Además, tampoco es tan diferente de los demás, ya sabes.

—¿De qué hablas?

Sí que lo es, Tade es amable y sensible. A los niños les encanta.

—No es una persona profunda. Lo único que quiere es una cara bonita. Eso es lo único que quieren.

—¿Tú no lo conoces! —Me sale más alto de lo que esperaba—. Es amable, sensible y...

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Solo quiero que dejes de hablar con él, ¿vale?

—Bueno, no siempre conseguimos lo que queremos.

Gira la silla y continúa trabajando. Debería irme; sin embargo, me pongo a recoger el resto de ropa y a doblar cada prenda, reprimiendo mi rabia y autocompasión.

RÍMEL

Tengo mal pulso. Cuando te maquillas es necesario que no te tiemble la mano, pero yo no estoy acostumbrada. Es como que nunca ha tenido demasiado sentido ocultar mis imperfecciones. Es tan inútil como usar ambientador después de ir al baño: al final inevitablemente acaba oliendo a mierda perfumada.

Estoy en mi tocador viendo un vídeo de YouTube en el portátil e intentando copiar lo que hace la chica, pero parece que nuestras acciones no se corresponden. Aun así, persevero. Cojo el rímel, me cepillo las pestañas y se apelotonan. Intento separarlas y acabo manchándome los dedos. Cuando pestañeo, quedan rastros de potingue negro en la base de maquillaje que me he aplicado alrededor de los ojos. Me ha costado bastante y no quiero que se corra, de modo que añado más.

Examino mi obra en el espejo. Estoy distinta, pero de ahí a tener mejor aspecto... no sé. Estoy distinta.

En el tocador tengo colocadas las cosas que voy a llevar en el bolso.

Dos paquetes de pañuelos, una botella de agua de treinta centilitros, un botiquín, un paquete de toallitas, una cartera, un tubo de crema de manos, un bálsamo labial, un teléfono, un tampón, un silbato antiviolación.

En resumen, lo indispensable para cualquier mujer. Lo meto todo en el bolso y salgo de mi cuarto, cerrando la puerta con cuidado. Mi madre y mi hermana siguen durmiendo, pero abajo ya se oyen los movimientos nerviosos de la criada. Voy a la cocina y ella me da mi bebida habitual de la mañana: zumo de naranja, lima, piña y jengibre. No hay nada como el zumo para despertar el cuerpo.

Cuando dan las cinco en el reloj, salgo de casa y esquivo el tráfico de primera hora. Llego al hospital antes de las 5:30. En ese momento del día está todo tan tranquilo que una tiene la tentación de hablar en susurros. Dejo el bolso detrás del mostrador de recepción y cojo de la estantería el libro de incidencias para ver si durante la noche ha ocurrido algo destacable. Detrás de mí se abre una puerta chirriando y al poco tengo a Chichi a mi lado. Ya ha terminado el turno, pero tarda en marcharse.

—Vaya, vaya, ¿te has maquillado?

—Sí.

—¿Y a qué se debe?

—Es que he decidido...

—Los milagros existen. ¡Hasta te has puesto un montón de base!

Me reprimo las ganas de coger las toallitas del bolso y eliminar todo rastro de maquillaje de mi cara allí mismo.

—*Abi*, ¿te has echado novio?

—¿Qué?

—A mí puedes contármelo, soy tu amiga.

No, no puedo contárselo. Chichi lo habrá difundido antes de que termine de decírselo. Y no

somos amigas. Ella sonríe, con la esperanza de que me relaje, pero es una expresión que no le pega. Lleva la frente y las mejillas embadurnadas con un antiojeras demasiado claro para ocultar sus granos agresivos (y eso que dejó atrás la pubertad mucho antes de que yo naciera), y su pintalabios rojo carmesí se le ha filtrado entre las grietas de los labios. Me relajaría más si me estuviera sonriendo el Joker.

Tade llega a las nueve de la mañana. Aún no se ha puesto la bata y distingo sus músculos por debajo de la camisa. Intento no quedarme mirándolo fijamente. Intento no darle vueltas al hecho de que me recuerda a Femi. Lo primero que me pregunta es: «¿Cómo está Ayoola?». Antes me preguntaba cómo estaba yo. Yo le contesto que bien. Él me examina con curiosidad.

—No sabía que te maquillaras.

—La verdad es que no, pero he pensado probar algo nuevo... ¿Qué te parece?

Él arruga el entrecejo y se pone a examinar mi obra.

—Creo que te prefiero sin maquillaje. Tienes un cutis bonito, ¿sabes? Muy suave.

¡Se ha fijado en mi cutis!

A la primera oportunidad, me escapo al baño para quitarme el maquillaje, pero me quedo inmóvil al ver a Yinka frunciendo los labios en uno de los espejos. Retrocedo dos pasos en silencio, pero ella vuelve la cabeza en mi dirección y levanta una ceja.

—¿Qué haces?

—Nada. Me voy.

—Pero si acabas de entrar...

Ella enseguida sospecha, entrecierra los ojos y se acerca a mí. En cuanto se da cuenta de que voy maquillada, me dice con desprecio:

—Caramba, se acabó la cara lavada.

—Solo ha sido un experimento.

—¿Un experimento para ganarte el corazón del doctor Otumu?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—Te estoy tomando el pelo. Las dos sabemos que Ayoola y Tade son tan para cual. Hacen muy buena pareja, son tan guapos.

—Sí, exacto.

Yinka me sonríe, pero es una mueca burlona. Pasa por mi lado al salir del baño y yo por fin respiro. Corro al lavabo, cojo una toallita del bolso y me froto la piel con ella. Una vez he eliminado la peor parte, me echo agua con las manos llenas, aclarando cualquier rastro de maquillaje y de lágrimas.

ORQUÍDEAS

Entregan un ramo de orquídeas violentamente brillantes en casa. Para Ayoola. Ella se inclina para coger la tarjeta que hay entre los tallos. Sonríe.

—Es de Tade.

¿Así es como él la ve? ¿Como una belleza exótica? Me consuelo con la certeza de que incluso las flores más bellas se marchitan y mueren.

Ella saca su teléfono y empieza a teclear un mensaje, mientras va narrando el texto en voz alta: «La verdad. Prefiero. Rosas». Debería detenerla. De verdad. Tade es un hombre que piensa mucho todo lo que hace. Me lo imagino en una floristería, examinando un ramo tras otro, preguntando sobre variedades de flores y la cantidad de agua que necesitan, antes de tomar una decisión. Escojo un florero de nuestra colección y coloco las flores en el centro de la mesa. Las paredes son de un color crema solemne y las flores iluminan la estancia. «Enviar.»

El mensaje lo cogerá desprevenido, se sentirá decepcionado y le dolerá. Pero quizá de esta manera entienda que ella no es para él y finalmente se eche atrás.

Al mediodía, traen un ramo espectacular de rosas rojas y blancas. Ayoola ha salido a comprar telas, de modo que la criada me lo entrega a mí, a pesar de que ambas sabemos para quién es. Estas no son las rosas casi marchitas con que los admiradores de mi hermana suelen adornar nuestra mesa: estas flores estallan de vida. Intento evitar respirar su dulce fragancia empalagosa y no llorar.

Mamá entra y se fija en las flores.

—¿Quién las ha enviado?

—Tade —me oigo decir, aunque Ayoola no está y yo no he abierto la tarjeta para ver quién las manda.

—¿El doctor?

—Sí.

—Pero ¿esta mañana no envió orquídeas ya?

Yo suspiro.

—Sí. Y ahora ha enviado rosas.

Ella sonríe distraída; ya está eligiendo el *aşo obí* y haciendo mentalmente la lista de invitados para la boda. Yo la dejo ahí con las flores y sus fantasías y me retiro a mi habitación, que nunca ha parecido más falta de vida que ahora.

Ayoola vuelve por la noche y se pone a toquetear las rosas. Les hace una foto y cuando va a publicarla, yo le recuerdo, una vez más, que tiene un novio que desapareció hace un mes y a quien debería estar llorando. Ella hace una mueca.

—¿Durante cuánto tiempo tengo que estar publicando cosas tristes y aburridas?

—No tienes que publicar nada.

—¿Pero hasta cuándo?

—Hasta dentro de un año, imagino.

—Estás de coña.

—Si publicas antes, quedarás como un ser humano deplorable, como mínimo.

Me examina para saber si yo ya la veo como un ser humano deplorable. Últimamente no sé qué ni cómo pensar. Me persigue el recuerdo de Femi; aparece en mis pensamientos sin que nadie se lo pida. Me obliga a poner en duda lo que pensaba que comprendía. Ojalá me dejara en paz, pero sus palabras —su manera de expresarse— y su belleza lo hacen destacar sobre los demás. Y luego está el comportamiento de ella. Por lo menos, las dos veces anteriores había derramado alguna lágrima.

ROSAS

No puedo dormir y me revuelvo en la cama: cuando estoy boca abajo, me pongo de lado; de lado, me coloco boca arriba. Enciendo y apago el aire acondicionado. Al final me levanto y salgo de mi cuarto. La casa está en silencio. Hasta la criada duerme. Me dirijo al salón, donde las flores parecen estar desafiando la oscuridad. Primero me acerco a las rosas y toco los pétalos. Deshojo una. Luego otra. Y después otra. El tiempo pasa poco a poco mientras voy arrancando una flor tras otra en camión, hasta que todos los pétalos quedan esparcidos a mis pies.

Por la mañana oigo un chillido de mi madre, que irrumpe en mi sueño y me devuelve a la conciencia. Aparto la manta y salgo corriendo al descansillo; la puerta de Ayoola se abre y la oigo bajar a toda prisa detrás de mí. Noto que se me empieza a formar un dolor de cabeza. Anoche hice pedazos dos preciosos ramos de flores y ahora mi madre está ante las ruinas, convencida de que alguien entró en casa.

La criada entra corriendo. «La puerta principal sigue cerrada, *may*», le asegura a mi madre lloriqueando.

—Entonces... ¿quién ha podido...? ¿Has sido tú? —le grita a la chica.

—No, *ma*. Yo no haría algo así.

—¿Pues cómo ha podido pasar?

Si no digo algo pronto, mi madre decidirá que ha sido la criada y la despedirá. Al fin y al cabo, ¿quién más podía ser si no? Me muerdo el labio mientras mi madre le echa bronca a la chica. Ella se encoge de miedo y tiembla con sus trenzas africanas. No se merece la reprimenda que se está llevando, y yo sé que debo hablar. Pero ¿cómo voy a explicar el sentimiento que me embargó? ¿Debo confesar mis celos?

—He sido yo.

Son palabras de Ayoola, no mías.

Mi madre se detiene a media bronca.

—Pero... ¿tú por qué...?

—Nos peleamos, anoche. Tade y yo. Me desafió, así que las hice trizas. Debería haberlas tirado. Lo siento.

Lo sabe. Ayoola sabe que fui yo. Sigo con la cabeza gacha, mirando los pétalos en el suelo. ¿Por qué los dejé ahí si no soporto el desorden? Mi madre menea la cabeza, intentando comprender.

—Espero que... te hayas disculpado.

—Sí, ya hemos hecho las paces.

La criada va a buscar una escoba para barrer los restos de mi rabia.

Ayoola y yo no hablamos de lo que ha ocurrido.

PADRE

Un día se abalanzaba sobre mí, escupiendo fuego por la boca. Fue a coger su bastón y entonces... se desplomó. Al caer al suelo, se dio con la cabeza en la mesa baja de cristal. Su sangre brillaba más que la de color oscuro que veíamos por la tele. Yo me levanté con cautela y Ayoola salió de detrás del sofá, donde se había refugiado. Nos quedamos mirándolo desde arriba. Era la primera vez que éramos más altas. Observamos cómo iba quedándose sin vida. Al final, desperté a mi madre de su sueño inducido por el Ambien y le anuncié que había terminado.

Han pasado diez años y se espera que hagamos una conmemoración, que celebremos una fiesta en su honor, un homenaje a su memoria. De lo contrario acabaremos esquivando preguntas comprometidas, y otra cosa no, pero cuando se trata de engañar a los demás somos rigurosas.

—Podríamos organizar algo en casa —sugiere mamá al incómodo comité de preparativos que se ha reunido en el salón.

La tía Taiwo niega con la cabeza.

—No, demasiado pequeño. Mi hermano se merece una celebración solemne.

Estoy segura de que en el infierno le han montado una buena celebración. Ayoola pone los ojos en blanco y mastica chicle, sin añadir nada a la conversación. De vez en cuando, la tía Taiwo le lanza una mirada de preocupación.

—¿Dónde quieres hacerlo, tía? —le pregunto con cortesía glacial.

—Hay un local en Lekki que está muy bien.

Pronuncia el nombre y yo contengo la respiración. La cantidad que ella se ha ofrecido a aportar ni siquiera cubriría la mitad del coste de una fiesta en un sitio como ese. Lo que ella espera, está claro, es que echemos mano de los fondos que él dejó para que pueda presumir y alardear delante de sus amistades y beber mucho champán. Él no se merece ni un solo naira, pero mi madre quiere guardar las apariencias, de modo que lo acepta. Cuando acabamos las negociaciones, la tía Taiwo apoya la espalda en el sofá y nos sonrío.

—Chicas, ¿estáis saliendo con alguien?

—¡Ayoola sale con un médico! —anuncia mamá.

—Ah, maravilloso. Os estáis haciendo mayores y la competencia está reñida. Las chicas se lo toman en serio. Hay algunas que hasta le quitan el marido a las esposas.

La tía Taiwo es una de esas mujeres, se casó con un antiguo gobernador que ya tenía esposa cuando lo conoció. Es una mujer curiosa: nos visita siempre que viene de Dubái y el desagrado que sentimos por ella no parece afectarle. No ha tenido hijos y nos ha dicho infinidad de veces que nos considera hijas suyas. El sentimiento no es recíproco.

—Ayúdame a decírselo o. Es como si quisieran quedarse en esta casa eternamente. Ya sabéis, los hombres son muy volubles. Si les das lo que quieren, harán lo que sea por ti. Cuidaos el pelo, llevadlo largo y brillante o invertid en unas buenas extensiones. Cocinad y enviadle comida a casa

o a la oficina. Cuando estéis con sus amigos, tratadlos bien y a él mimadle el ego. Arrodillaos ante sus padres y llamadlos en fechas importantes. Si hacéis todo eso, os llevará al altar en un visto y no visto.

Mi madre asiente sabiamente.

—Muy buen consejo.

Evidentemente, ninguna de nosotras le hace caso. Ayoola nunca ha necesitado ayuda en materia de hombres y yo sé que no debo aceptar consejos de alguien que va por la vida sin brújula moral.

PULSERA

Tade viene a buscarla el viernes a las siete de la tarde. Él es puntual, pero, naturalmente, Ayoola no. En realidad, aún no se ha ni duchado; está estirada en su cama riendo con vídeos de gatos con autotune.

—Ha llegado Tade.

—Llega antes de hora.

—Ya son las siete.

—¡Ah!

Pero no se mueve ni un centímetro. Yo bajo a decirle a Tade que se está preparando.

—No pasa nada, no hay prisa.

Mi madre está en el sofá frente a él, con una sonrisa de oreja a oreja, y yo me siento a su lado.

—¿Qué decías?

—Sí, que me apasiona el sector inmobiliario. Mi primo y yo estamos construyendo un bloque de pisos en Ibeju-Lekki. Aún faltan tres meses o más para que terminen las obras, pero ya tenemos cinco interesados en los pisos.

—¡Es estupendo! —grita mi madre mientras calcula el valor de los pisos—. Korede, ¿por qué no le ofreces algo de comer a nuestro invitado?

—¿Qué te apetece? ¿Pastel? ¿Galletas? ¿Vino? ¿Té?

—No quisiera molestarte...

—Trae un poco de todo, Korede.

Me levanto y voy a la cocina, donde sorprende a la criada viendo la serie *Tinsel*. Al verme da un salto y me ayuda a inspeccionar en la despensa. Cuando regreso con los dulces, Ayoola sigue sin aparecer.

—Esto está delicioso —exclama Tade después de haber dado un mordisco al bizcocho—. ¿Quién lo ha hecho?

—Ayoola —se avanza rápidamente mi madre, lanzándome una mirada de advertencia.

Es una mentira ridícula. Es un bizcocho invertido de piña, dulce y esponjoso, y Ayoola no sabría freír un huevo ni aunque la mataran. Rara vez entra en la cocina, salvo para picar algo o cuando está bajo presión.

—Vaya —dice él, masticando feliz. Está encantado con la noticia.

Como yo estoy de cara a la escalera, soy la primera en verla. Él me sigue la mirada y se gira para mirar. Le oigo contener la respiración. Ayoola hace una pausa para ser admirada. Lleva el vestido de flapper que dibujaba hace unas semanas. Las cuentas de oro combinan de maravilla con su piel. Se ha recogido las rastas en una trenza que le cae por el hombro derecho y lleva unos tacones altísimos, con los que cualquier otra mujer con menos gracia ya se habría caído rodando por las escaleras.

Tade se levanta despacio y va a saludarla al pie de la escalera. Del bolsillo interior del traje se saca un estuche largo de terciopelo.

—Estás preciosa... Esto es para ti.

Ayoola coge el regalo y lo abre. Sonríe mientras levanta la pulsera de oro para enseñárnosla a mamá y a mí.

TIEMPO

#FemiDurandHaDesaparecido ha sido reemplazado por #NaijaJollofvsKenyanJollof. Aunque a la gente le atraiga lo macabro, nunca es por mucho tiempo, de modo que la noticia de la desaparición de Femi ha sido sustituida por el debate sobre qué país tiene el mejor arroz jollof. Además, él casi tenía treinta años, no era un niño. Leo los comentarios. Algunos dicen que probablemente se hartó y se fue de Lagos. Otros sugieren que tal vez se suicidara.

En un esfuerzo por lograr que la gente siga preocupándose por él, su hermana ha empezado a publicar poesía de su blog, www.wildthoughts.com. No puedo evitar ponerme a leer poemas. Tenía mucho talento.

Encontré la tranquilidad
entre tus brazos;
la nada que busco
cada día.
Tú estás vacía
y yo lleno.
Ahogándome de lleno.

Me pregunto si este poema era sobre ella. Si él sabía...

—¿Qué estás mirando?

Cierro de golpe la pantalla de mi portátil. Ayoola está en la puerta de mi cuarto. Yo entorno los ojos en su dirección. —Vuelve a contarme qué pasó con Femi —le pido.

—¿Por qué?

—Tú dame el gusto.

—No quiero pensar en eso. Lo paso mal.

—Dijiste que se había puesto agresivo.

—Sí.

—Es decir, ¿te agarró?

—Sí.

—¿Y tú intentaste escapar?

—Sí.

—Pero, él tenía una puñalada en la espalda.

Ella suspira.

—Mira, estaba asustada y después como que me sulfuré. No sé.

—¿Por qué estabas asustada?

—Me estaba amenazando, en plan pegarme y cosas así. Me tenía arrinconada.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué estaba tan enfadado?

—No. No me acuerdo. Creo que había visto unos mensajes de un tío en mi móvil o algo así y

se le fue la olla.

—Entonces, si te arrinconó, ¿cómo llegaste hasta la navaja? La tenías en el bolso, ¿no?

Ella hace una pausa.

—Yo... No sé. Fue todo muy confuso. Si pudiera volver atrás en el tiempo, lo cambiaría. Lo cambiaría todo.

EL PACIENTE

—Yo quiero creerla. Quiero creer que fue en legítima defensa. A ver, la primera vez, yo estaba furiosa. Estaba convencida de que Somto se lo merecía. Y él había sido un baboso: siempre estaba relamiéndose los labios, siempre tocándola. Una vez lo pillé rascándose ahí abajo, ya sabes.

Muhtar no se mueve. Me imagino que me responde que rascarse los huevos no es delito.

—No, claro que no. Pero es lo típico de alguien así, es que todo él... Con lo baboso y cerdo que era, fue fácil creerse las cosas de las que ella lo acusaba. Hasta Peter era... de poco fiar. Decía que se dedicaba a los «negocios» y siempre te respondía a las preguntas con otra pregunta.

—Me reclino y cierro los ojos—. Eso es odioso. Pero Femi... era diferente.

Muhtar pregunta si de verdad era muy diferente. Al fin y al cabo, parece que estaba obsesionado con el físico de Ayoola, igual que Peter y Somto.

—Todo el mundo está obsesionado con su físico, Muhtar...

Me dice que él no, y me río.

—Si no la has visto nunca.

De repente se abre la puerta y yo salto de la silla. Tade entra en la habitación.

—He pensado que te encontraría aquí. —Mira hacia el cuerpo inconsciente de Muhtar—. Este paciente te importa mucho, ¿verdad?

—Su familia no lo visita tanto como antes.

—Sí, es triste, pero supongo que es lo que hay. Parece ser que era profesor universitario.

—Es.

—¿Qué?

—Que lo es. Has dicho «era», en pasado. No está muerto. Por lo menos, de momento.

—¡Ah! Sí. Tienes razón. Perdona.

—¿Decías que me estabas buscando?

—Es que... No sé nada de Ayoola. —Vuelvo a reclinarme en la silla—. La he llamado varias veces y no contesta.

Debo reconocer que me da un poco de vergüenza. No le he contado a Muhtar lo de Ayoola y Tade y percibo claramente su compasión. Siento cómo me sonrojo.

—No se le da muy bien devolver llamadas.

—Lo sé. Pero esta vez es diferente. Hace dos semanas que no hablo con ella... ¿Podrías hacerlo por mí? Pregúntale qué he hecho mal.

—Preferiría no involucrarme...

—Por favor, hazlo por mí. —Se agacha, me coge la mano y se la lleva al corazón—. Te lo pido por favor.

Debería negarme, pero el calor de sus manos en la mía me atonta, así que me veo asintiendo con la cabeza.

—Gracias. Te debo una.

Después nos deja a Muhtar y a mí a nuestras anchas. Yo me siento demasiado ridícula para

quedarme más rato.

LIMPIEZA

La familia de Femi envió a alguien para limpiar su casa, supongo que con el objetivo de ponerla a la venta y pasar página. Pero esa persona descubrió detrás del sofá una servilleta manchada de sangre. Está todo en Snapchat, para que el mundo vea que fuese lo que fuese lo que le sucedió a Femi, no fue por voluntad propia. La familia vuelve a pedir respuestas.

Ayoola me dice que puede ser que se sentara allí, que puede ser que dejara la servilleta sobre el cojín para no manchar el sofá, que puede ser que se la olvidara.

—No pasa nada, si me preguntan, les diré que tuvo una hemorragia nasal y ya está. —Ella está en su tocador arreglándose las rastas, y yo detrás, abriendo y cerrando los puños.

—Ayoola, si vas a la cárcel...

—Solo los culpables van a la cárcel.

—En primer lugar, eso no es cierto. Y en segundo lugar, tú mataste a un hombre.

—En legítima defensa; el juez lo entenderá, ¿verdad?

Se da palmaditas en las mejillas con el colorete. Ayoola vive en un mundo en que las cosas siempre deben ir a su manera. Es una ley tan indiscutible como la de la gravedad.

La dejo maquillándose y me siento en lo alto de la escalera, con la frente apoyada en la pared. Siento como si una tormenta estuviera formándose dentro de mi cabeza. La pared debería estar fría, pero hoy hace calor y no encuentro ningún alivio.

Cuando estoy inquieta, le hago confidencias a Muhtar, pero él está en el hospital, y aquí no hay nadie con quien compartir mis miedos. Imagino por enésima vez qué pasaría si se me ocurriera contarle la verdad a mi madre:

—Mamá...

—Mmm.

—*Quiero hablar contigo sobre Ayoola.*

—*¿Ya habéis vuelto a pelearos?*

—*No, mamá. Es que... Hubo un incidente con eh... con Femi.*

—*¿El chico que desapareció?*

—*Bueno, es que no desapareció. Está muerto.*

—*¡Oye! ¡Jésu sàánú fún wa o! Jesús, ten piedad.*

—*Sí... ya... pero, verás... Ayoola fue quien lo mató.*

—*Pero ¿qué pasa contigo? ¿Por qué le echas la culpa a tu hermana?*

—*Ella me llamó. Yo lo vi... Vi su cuerpo, vi la sangre.*

—*¡Calla! ¿Tú crees que esto es algo con lo que puedas hacer una broma?*

—*Mamá... Yo solo...*

—*He dicho que te calles. Ayoola es una niña preciosa con un carácter estupendo... ¿Es eso? ¿Son los celos los que te hacen decir estas cosas horribles?*

No, involucrar a mi madre no es una opción. Esto acabaría con ella, o lo negaría rotundamente. Incluso si Ayoola la hubiera llamado a ella para enterrar el cuerpo, lo negaría.

Después me culparía a mí, porque soy la hermana mayor y por lo tanto soy responsable de ella.

Así es como ha sido siempre. Ella rompía un vaso y la culpa era mía por haberle dado de beber. Suspendía una asignatura y la culpa era mía por no haberle ayudado a estudiar. Cogía una manzana en una tienda y salía sin pagar y la culpa era mía por no haberle dado de comer.

Me preguntaba qué pasaría si la pillaran. Si, por una vez, tuviera que hacerse responsable de sus actos. Imagino que intenta escaquearse y que la declaran culpable. La idea me hace gracia. La saboreo durante un momento y luego me obligo a olvidar la fantasía. Es mi hermana. No quiero que se pudra en la cárcel, y además, siendo cómo es, probablemente convencería al tribunal de su inocencia. Sus actos fueron provocados por sus víctimas, y ella actuó como cualquier otra espléndida y razonable persona lo hubiera hecho en esas circunstancias.

—¿Señora?

Alzo la vista: es la criada con un vaso de agua en la mano. Lo cojo y me lo pongo en la frente. Está helado, cierro los ojos y suspiro. Le doy las gracias y ella se va en silencio, igual que ha venido.

Oigo en mi cabeza porrazos, golpes fuertes y frenéticos. Gruño y me doy la vuelta, sin ganas de despertarme. Estoy completamente vestida en la cama. Es oscuro y los golpes vienen de la puerta y no de mi cabeza. Intentando combatir los persistentes efectos del analgésico que me tomé, me incorporo. Luego voy hacia la puerta y abro el pestillo. Ayoola entra dándome un empujón.

—Mierda, mierda, mierda. ¡Nos vieron!

—¿Qué?

—¡Mira!

Ayoola me pone el teléfono en la cara y yo se lo quito. Hay un vídeo en Snapchat donde se ve el rostro y los hombros de la hermana de Femi. Está impecablemente maquillada, pero su expresión es seria.

—Chicos, un vecino ha dado la cara. No había dicho nada antes porque pensó que no tenía importancia, pero ahora que se ha enterado de lo de la sangre, quiere contarnos todo lo que sabe. Dice que aquella noche vio salir a dos mujeres del piso de mi hermano. ¡A dos! No logró verlas claramente, pero está bastante convencido de que una de ellas es Ayoola, la chica que salía con mi hermano. Ayoola no nos dijo nada sobre que hubiera otra mujer con ella... ¿Por qué nos mentiría?

Siento un escalofrío que sube y baja por mi cuerpo.

Ayoola chasquea los dedos bruscamente.

—¿Sabes qué? ¡Ya lo tengo!

—¿Qué?

—Les diremos que tú te lo estabas tirando a mis espaldas.

—¡¿Qué?!

—Y que yo entré y os descubrí y terminé la relación con él. Y cuando me fui, tú te viniste conmigo. Pero no dije nada porque no quería hablar mal de alguien que había...

—Eres increíble.

—Mira, sé que no te deja muy bien, pero es mejor esto que la alternativa.

Yo niego con la cabeza, le devuelvo el móvil y abro la puerta para que se vaya.

—Vale. Vale... ¿Y si decimos que viniste porque él te llamó para que intercedieras entre nosotros? Yo quería terminar la relación y él pensó que tú podrías convencerme para que no lo hiciera...

—O... ¿Qué te parece que él quisiera terminar la relación contigo y tú pensaste que yo podía interceder entre los dos pero te dio demasiada vergüenza contarlo?

Ayoola se muerde los labios.

—¿Pero eso se lo creería alguien?

—Fuera.

BAÑO

Sola, me paseo por mi cuarto.

Los padres de Femi tienen el dinero suficiente como para movilizar la curiosidad y la profesionalidad de la policía. Y ahora tienen un foco de atención donde concentrar su miedo y desorientación, así que querrán respuestas.

Por primera vez en mi vida adulta, me gustaría que él estuviera aquí. Él sabría qué hacer. Controlaría todos los pasos del camino. No permitiría que el grave error de su hija le arruinara su reputación; hace semanas que habría escondido los trapos sucios de todo este asunto.

Aunque dudo que Ayoola se hubiera involucrado en estas actividades si él siguiera vivo. El único castigo que ella ha temido en su vida era el que podía venir de parte de él.

Me siento en la cama y pienso detenidamente en la noche de la muerte de Femi. Se pelean, o algo parecido. Ayoola tiene con ella su navaja, puesto que la lleva encima del mismo modo que otras mujeres llevan tampones. Ella lo apuñala, después sale del baño para llamarme. Coloca la servilleta en el sofá y se sienta encima. Me espera. Llego yo, movemos el cuerpo. Ese es el momento en que estamos más expuestas. Que yo sepa, nadie nos vio trasladarlo, pero no puedo estar del todo segura.

En mi habitación no hay nada fuera de lugar, nada que organizar ni limpiar. En la mesa tengo el portátil y el cargador en su sitio, con el cable enrollado en su brida. Mi sofá está frente a la cama, no hay desorden sobre los asientos, a diferencia del sofá de la habitación de Ayoola, que básicamente está atestado de patrones de vestidos y distintas clases de telas. Mi cama está hecha y las sábanas bien puestas. Mi armario está cerrado; en su interior, la ropa está doblada, colgada y organizada por colores. Pero nunca son demasiadas las veces que se limpia un baño, así que me arremango y me dirijo al inodoro. El armario debajo del lavabo tiene todo lo necesario para combatir la suciedad y los microbios: guantes, lejía, toallitas desinfectantes, espray desinfectante, esponja, gel para limpiar la taza, limpiador multiusos, limpiador para distintas superficies, escobilla para limpiar la taza y bolsas de basura antiolor. Me enfundo los guantes y saco el limpiador para distintas superficies. Necesito un poco de tiempo para pensar.

PREGUNTAS

Envían a la policía para interrogar a Ayoola. Supongo que la familia de Femi ya se ha hartado de ser amable. Vienen a casa unos agentes y mi madre me pide que les ofrezca un refrigerio.

Unos minutos más tarde, nosotras tres —Ayoola, mamá y yo— más los dos policías nos sentamos a la mesa. Ellos comen bizcocho, beben Coca-Cola y lo llenan todo de migas mientras nos hacen preguntas. El más joven se lleva la comida a la boca como si hiciera días que no come, a pesar de que casi no cabe en la silla.

—Entonces, ¿él la invitó a su casa?

—Sí.

—¿Y luego llegó su hermana?

—Mmm.

—Sí o no, *ma*.

—Sí.

Le he pedido a Ayoola que proporcione respuestas cortas y concisas, que evite al máximo mentir y que mantenga el contacto visual.

Cuando mi hermana me informó de que iban a venir, le hice entrar a empujones en el estudio de nuestro padre. Vacío de libros y recuerdos, tan solo era un espacio que olía a cerrado con una mesa, un sillón y una alfombra. Era lúgubre, así que descorrí una cortina: la luz resplandeciente reveló motas de polvo flotando a nuestro alrededor.

—¿Por qué me traes aquí?

—Tenemos que hablar.

—¿Aquí?

Allí no había distracciones: ninguna cama donde pudiera echarse, ni tele que atrajera su atención, ni ningún material con que jugar.

—Siéntate. —Ella puso una mueca pero obedeció—. ¿Cuándo viste a Femi por última vez?

—¿Qué?! Ya sabes cuándo

—Ayoola, tenemos que estar preparadas para estas preguntas.

Abrió más los ojos y luego sonrió. Se reclinó.

—No te reclines, no conviene que parezca que estás demasiado relajada. Una persona inocente estaría tensa de todos modos. ¿Por qué lo mataste? —Dejó de sonreír.

—¿De verdad me van a preguntar eso?

—Puede que intenten hacerte equivocar.

—Yo no lo maté. —Me miró a los ojos mientras lo decía.

Sí, ahora me acuerdo: a mirar a los ojos no tuve que enseñarle. Ella ya era una profesional.

El policía más joven se ruboriza.

—¿Cuánto hacía que salían, *ma*?

—Un mes.

—No es demasiado tiempo.

Ella no dice nada, y yo me siento orgullosa.

—Pero ¿él quería romper con usted?

—Ajá.

—¿Él quería romper con usted? *Abi* ¿o era al revés?

Me pregunto si Ayoola tenía razón, si presa de la rabia yo había pasado por alto lo improbable que era que un hombre quisiera abandonarla de forma voluntaria. Incluso ahora, en esta situación, en comparación con ella todos nos volvemos insignificantes. Ella va vestida con una blusa gris y unos pantalones azul marino; solo se ha delineado las cejas, no lleva joyas, y eso aun le da un aspecto más joven y saludable. Cuando dedica alguna sonrisa esporádica a los policías, revela sus hoyuelos.

Yo me aclaro la garganta y espero que Ayoola reciba el mensaje.

—¿Importa quién quisiera acabar la relación?

—*Ma*, si quiso terminarla usted, tenemos que saberlo.

Ella suspira y se retuerce las manos.

—Él me importaba, pero en realidad no era mi tipo.

Mi hermana se ha equivocado de profesión. Debería estar delante de las cámaras, con las luces encuadrando su inocencia.

—¿Y cuál es su tipo? —pregunta el más joven.

—Entonces, ¿su hermana fue a mediar en el asunto? —añade rápidamente el agente mayor.

—Sí. Vino a ayudarnos.

—¿Y lo hizo?

—¿Si hizo qué?

—Si ayudó. ¿Se reconciliaron?

—No... La relación había terminado.

—Entonces, usted y su hermana se fueron juntas y lo dejaron a él allí.

—Ajá.

—¿Sí o no?

—Le ha respondido *na* —interpone mamá.

Noto otro dolor de cabeza en ciernes. No es el momento para sus gracias de madre osa. Después de haberse controlado durante todo el interrogatorio, le sale el orgullo. Imagino que nada de esto tiene sentido para ella. Ayoola le da una suave palmadita.

—No pasa nada, mamá, solo hacen su trabajo. La respuesta es sí.

—Gracias. ¿Qué hacía él cuando ustedes se marcharon?

Ayoola se muerde los labios, mira hacia arriba y a la derecha.

—Nos siguió a la puerta y la cerró cuando salimos.

—¿Estaba enfadado?

—No. Resignado.

—¿Resignado, *ma*?

Ella suspira. Su interpretación es una mezcla magistral de cansancio y tristeza. Nosotros la miramos mientras juega con un mechón.

—A ver, él había aceptado que las cosas no iban a funcionar entre nosotros.

—Señorita Korede, ¿está de acuerdo con esa valoración? ¿Había aceptado su destino el señor Durand?

Yo recuerdo el cuerpo en el baño, medio echado, medio sentado, y la sangre. Dudo que él tuviera tiempo de asimilar su destino, y aún menos de aceptarlo.

—Imagino que no estaba contento. Pero no podía hacer nada por hacerla cambiar de opinión.

—¿Y entonces las dos volvieron a casa en coche?

—Sí.

—¿En el mismo coche?

—Sí.

—¿En el coche de la señorita Korede?

Me clavo las uñas en los muslos y pestañeo. ¿Por qué están tan interesados en mi coche? ¿Qué podrían llegar a sospechar? ¿Nos vio alguien moviendo el cuerpo? Intento calmar la respiración sin llamar la atención. No; no nos vio nadie. Si nos hubieran visto transportando un bulto parecido a un cuerpo, este interrogatorio no tendría lugar en la comodidad de nuestro hogar. Esos hombres no sospechaban de nosotras, en realidad. Probablemente les habrían pagado para que nos interrogaran.

—Sí.

—¿Cómo llegó a casa del señor Durand, señorita?

—No me gusta conducir, pedí un Uber.

Ellos asienten.

—¿Podemos echarle un vistazo a su coche, señorita Abebe?

—¿Por qué? —pregunta mi madre.

Debería conmovirme que sienta la necesidad de defenderme a mí también, sin embargo, me enfurece que no sospeche nada, que no sepa nada. ¿Por qué sus manos están limpias mientras las mías cada vez están más manchadas?

—Solo queremos asegurarnos de que hemos considerado todas las posibilidades.

—¿Por qué tenemos que aguantar todo esto? ¡Mis hijas no han hecho nada malo! —Mi madre se levanta de la silla y pronuncia su defensa sentida y equivocada.

El policía mayor frunce el entrecejo y se levanta arrastrando la silla por el suelo de mármol, luego le propina un codazo a su compañero para que haga lo mismo. Creo que dejaré que se desarrolle la situación. ¿No se indignarían los inocentes?

—Señora, solo será una ojeada...

—Ya hemos sido bastante complacientes. Por favor, váyanse.

—Señora, si es necesario, volveremos con la documentación pertinente.

Yo quiero hablar, pero no me salen las palabras. Estoy paralizada; lo único en que puedo pensar es en la sangre que había en el maletero.

—He dicho que se vayan —insiste mi madre.

Ya hacia la puerta y ellos se ven obligados a hacer lo mismo. Asienten con la cabeza mirando a Ayoola y salen. Mamá cierra de un portazo.

—¡Hay que ver estos patanes!

Ayoola y yo no contestamos. Ambas estamos estudiando nuestras opciones.

SANGRE

Vienen al día siguiente y se llevan mi Ford Focus plateado. Los vemos alejarse desde el umbral, las tres de brazos cruzados. Se llevan mi coche a una comisaría de una zona a la que no voy nunca, para examinarlo rigurosamente en busca de pruebas de un crimen que no cometí, mientras el Fiesta de Ayoola se queda tranquilamente en casa. Mis ojos se posan en su puerta trasera blanca. Tiene el aspecto reluciente de un vehículo recién lavado. No se ha manchado de sangre.

Me vuelvo hacia Ayoola.

—Cogeré tu coche para ir a trabajar.

Ella pone mala cara.

—Pero ¿y si tengo que ir a algún sitio durante el día?

—Puedes pedir un Uber.

—Korede —empieza a sugerir mamá con cuidado—, ¿por qué no te llevas mi coche?

—No me apetece conducir con marchas. El coche de Ayoola ya me va bien.

Vuelvo a entrar en casa y me dirijo a mi cuarto antes de que cualquiera de las dos pueda responder. Tengo las manos frías, así que me las froto en los vaqueros.

Yo limpié ese coche. Lo limpié a conciencia.

Si le encuentran una mota de sangre, será de la policía mientras lo registraban. Ayoola llama a mi puerta y entra. No le hago caso y cojo la escoba para ponerme a barrer el suelo.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No.

—Nadie lo diría.

—Es que no me gusta estar sin coche, nada más.

—Y es culpa mía.

—No. Es culpa de Femi por haber manchado de sangre todo el maletero.

Ella suspira y se sienta en mi cama, ignorando mi cara de «Lárgate».

—Tú no eres la única que sufre, ¿sabes? Actúas como si llevaras el peso de todo esto tú sola, pero yo también me preocupo.

—¿Ah, sí? Pues el otro día estabas cantando «I Believe I Can Fly».

Ayoola se encoge de hombros.

—Es una buena canción.

Intento no gritar. Cada vez me recuerda más a él. Era una persona capaz de hacer algo malo y justo después comportarse como un ciudadano modélico. Como si lo malo no hubiera pasado. ¿Eso es algo que se lleva en la sangre? Pero tanto yo como ella llevamos la misma sangre.

PADRE

Ayoola y yo llevamos *aşo ebi*. Según la tradición, en este tipo de ceremonias los familiares llevan conjuntos estampados a juego. Ella eligió el color: un morado vivo. Una perfecta elección, ya que él lo odiaba. También ha diseñado las prendas. Yo llevo un vestido de corte sirena, que con mi altura resulta favorecedor, mientras que el suyo se ciñe a todas sus curvas. Las dos llevamos gafas de sol para disimular que tenemos los ojos secos.

En la iglesia, mi madre llora doblada; los sollozos son tan fuertes e intensos que le sacuden el cuerpo. Me pregunto en qué se estará concentrando para que le salten las lágrimas. ¿En su propia fragilidad? O a lo mejor simplemente está recordando lo que él le hacía, lo que nos hacía.

Echo un vistazo a los pasillos y veo a Tade buscando un sitio donde sentarse.

—¿Le has invitado? —susurro.

—Se lo comenté. Se ha autoinvitado.

—Mierda.

—¿Qué problema hay? Dijiste que debería ser amable con él.

—Dije que deberías aclarar las cosas. No que lo involucraras más en esto.

Mi madre me pellizca y yo me callo, pero me tiembla el cuerpo. En un gesto amable, alguien me pone una mano sobre el hombro, pensando que me dominan las emociones. Así es, pero no las que se imaginan.

—Cerremos los ojos y recordemos a este hombre, porque los años que pasó con nosotros fueron un regalo de Dios.

La voz del sacerdote es grave, solemne. A él le resulta fácil decir estas cosas porque no lo conocía. En realidad nadie lo conocía.

Yo cierro los ojos y murmuro palabras de agradecimiento a las fuerzas que mantienen su alma cautiva. Ayoola me busca con la mano y se la doy.

Después de la misa, la gente viene a consolarnos y a desearnos todo lo mejor. Se me acerca una mujer, me abraza y no me suelta. Entonces empieza a susurrar: «Tu padre era un gran hombre. Siempre me llamaba para ver cómo estaba y me ayudaba a pagarme los estudios...». Estoy tentada de informarle de que tenía varias novias repartidas entre las distintas universidades de Lagos. Hace mucho que perdimos la cuenta. Una vez él me explicó que había que alimentar a la vaca antes de llevarla al matadero; así era la vida.

Respondo con un simple: «Sí, pagaba muchas matrículas». Cuando tienes dinero, las universitarias son para los hombres como el plancton para la ballena. Ella me sonríe, me da las gracias y sigue su camino.

La recepción es como cabría esperar: un par de personas conocidas rodeadas de otras que no recordamos pero a quienes sonreímos de todos modos. Cuando tengo un momento, salgo fuera y hago otra llamada a la comisaría para preguntar cuándo me devolverán el coche. De nuevo, se me

quitan de encima. Si hubiera algo, a estas alturas ya lo habrían encontrado, pero el hombre al otro lado de la línea no aprecia mi lógica.

Vuelvo justo a tiempo para ver a la tía Taiwo en la pista de baile demostrando que se sabe los pasos de los últimos éxitos. Ayoola está sentada entre tres tipos que compiten por su atención. Tade ya se ha ido, y estos chicos esperan sustituirlo definitivamente. Él había intentado apoyarla, estar a su lado de principio a fin, como debe hacer un hombre, pero Ayoola estaba demasiado ocupada siendo el centro de atención, revoloteando por aquí y por allá. Si fuese mío, no me apartaría de su lado. Alejo mi vista de ella y doy un sorbo a mi Chapman.

MAGA

—Señorita, un hombre ha venido a verla.

Ayoola está en mi cuarto viendo una película en su portátil. Podría verla en su habitación, pero parece que siempre encuentra la manera de venir a la mía. Levanta la vista para mirar a la criada. Yo me incorporo de inmediato. Debe de ser la policía. Tengo las manos frías.

—¿Quién es?

—No lo sé, señorita.

Ayoola me lanza una mirada nerviosa mientras se levanta de la cama, y yo la sigo afuera. El caballero está sentado en el sofá y, desde donde estoy, compruebo que no es ni la policía ni Tade. El desconocido sujeta entre sus manos un ramo de rosas.

—¡Gboyega!

Ella baja corriendo los escalones y él la atrapa con un brazo antes de hacerla girar. Se besan.

Gboyega es un hombre alto con una barriga pronunciada. Tiene la cara redonda, lleva barba y sus ojos son pequeños y expresivos. También tiene por lo menos quince años más de experiencia vital que Ayoola. Si lo mirara con los ojos entrecerrados, supongo que podría encontrarle algún atractivo. Pero lo primero que veo es el reloj Bvlgari que lleva en la muñeca y sus zapatos Ferragamo. Me saluda.

—Gboyega, te presento a Korede, mi hermana mayor.

—Encantado, Korede. Ayoola me ha explicado que cuidas mucho de ella.

—Pues estoy en desventaja. Yo de ti no he oído nada.

Ayoola se ríe como si mi comentario fuera una broma y lo rechaza con un gesto de la muñeca.

—Gboye, deberías haber llamado.

—Sé lo mucho que te gustan las sorpresas y acabo de llegar a la ciudad.

Él se agacha y se vuelven a besar. Yo intento evitar las arcadas. Él le da las flores y ella hace los arrullos correspondientes, aunque las rosas son insignificantes en comparación con las que le envió Tade.

—Déjame que te invite a algo.

—Vale, pero tengo que cambiarme. Korede, ¿le haces compañía a Gboye?

Antes de que pueda negarme, ella ya ha subido rápidamente las escaleras. Aun así, ignoro su petición y voy tras ella.

—Así, ¿eres enfermera? —le pregunta a mi espalda en retirada.

Yo paro y suspiro.

—Y tú estás casado —respondo.

—¿Qué?

—En el dedo de la alianza, la parte donde iría el anillo es más estrecha que el resto.

Él menea la cabeza y sonrío.

—Ayoola lo sabe.

—Sí, estoy segura de que sí.

—Yo me preocupo por ella. Quiero que tenga lo mejor de todo —me explica—. Le proporcioné el capital que necesitaba para montar su negocio de moda, ¿sabes? Y le pagué el curso.

Me sorprende. Ella me había dicho que se lo había pagado ella con los ingresos de sus vídeos de YouTube. Incluso me había echado un sermón por mi falta de sentido empresarial. Cuanto más habla él, más me doy cuenta de que soy una *maga*: una boba de quien la gente se aprovecha. Gboyega no es el problema, él es solo un hombre más, otra persona a quien Ayoola utiliza. En todo caso, habría que compadecerlo. Me apetece contarle lo mucho que tenemos en común, aunque él se jacta de las cosas que ha hecho por ella y a mí empiezan a pesarme las que he hecho yo. Como muestra de solidaridad y para que se calle, le ofrezco bizcocho.

—Sí, me encantaría probarlo. ¿Tienes té?

Asiento. Cuando paso por su lado, me guiña un ojo.

—Korede —hace una pausa—. *Ejo o*, por favor, no escupas en mi té.

Le doy a la criada las instrucciones necesarias y luego subo por las escaleras del servicio para interrogar a Ayoola. Ella se está aplicando delineador en los párpados inferiores.

—¿Qué demonios está pasando?

—Por eso no te lo conté. Eres muy crítica.

—Te estás quedando conmigo, ¿no? Me ha contado que te pagó el curso de moda. Me habías dicho que habías conseguido tú el dinero.

—Encontré un patrocinador. Es lo mismo.

—¿Y qué pasa con...? ¿Qué pasa con Tade?

—Ojos que no ven, corazón que no siente. Además, ¿me culpas por querer divertirme un poco en la vida? Tade puede ser muy aburrido. Y es pesado. *Abeg*, necesito un descanso.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¡¿Cuándo piensas parar?!
—¿Parar el qué?

—¿Parar el qué?

—Ayoola, más vale que envíes este hombre a paseo o te juro que...

—¿Qué harás? —Levanta la barbilla y se me queda mirando.

Yo no hago nada. Quiero amenazarla, decirle que si no me escucha, tendrá que lidiar con las consecuencias de sus actos ella sola por una vez en la vida. Quiero gritar y chillar, pero estaría chillándole a una pared. Me voy a mi cuarto echando chispas. Treinta minutos más tarde, ella sale de casa con Gboyega.

No vuelve hasta la una de la madrugada.

No me duermo hasta la una de la madrugada.

PADRE

Él volvía tarde a casa con frecuencia, pero recuerdo bien aquella noche porque no vino solo. Llevaba del brazo a una mujer rubia. Salimos de mi cuarto porque mamá gritaba, y nos los encontramos en el descansillo. Mi madre llevaba un camisón y una bata, su atuendo nocturno habitual.

Ella nunca le levantaba la voz. Pero aquella noche estaba desquiciada; se le habían soltado del pelo afro las gomas y las cintas, lo cual reforzaba su imagen de loca. Ella era Medusa, y ellos, estatuas. Se abalanzó a arrancarle a la mujer del brazo.

—*E gbà mí o! Ş'ò fê b'alé mi jê? Şo fê yí mi lôrí ni? Olúwa k'ojú sí mi.* ¡Dios mío! ¿Es que quieres destrozarme a mi familia? ¿Quieres quitarme el puesto? El Señor me ha despreciado.

Ni siquiera le gritaba a su marido, era con la intrusa con quien estaba furiosa. Recuerdo haber chistado a mi madre incluso viéndola con lágrimas en los ojos. Recuerdo pensar que tenía un aspecto ridículo, exaltadísima, mientras él permanecía erguido e impasible ante ella.

Él miró a su esposa con indiferencia.

—Si no te callas ahora mismo, tendré que encargarme de ti —le advirtió.

A mi lado, Ayoola contuvo la respiración. Él siempre llevaba a cabo sus amenazas. Pero esta vez mi madre no se daba cuenta de lo enfascada que estaba en su tira y afloja con aquella mujer, que aunque para mí era adulta, ahora sé que no debía de tener más de veinte años. También ahora entiendo que, a pesar de que mi madre debía de estar al corriente de las indiscreciones de mi padre, el hecho de que tuvieran lugar en su casa era más de lo que podía soportar.

—¡Suéltame! —gritaba la chica, intentando recuperar la muñeca que mi madre le apretaba ferozmente.

Momentos después, él agarró a nuestra madre del pelo y la estampó contra la pared. Luego le dio una bofetada. Ayoola lloriqueaba aferrada a mí. La «mujer» rio.

—¿Lo ves? Mi novio no permite que me toques.

Mi madre se deslizó por la pared hasta caerse al suelo. Ellos pasaron por encima de ella y acto seguido entraron en su dormitorio. Nosotras esperamos hasta que hubiera pasado el peligro y entonces corrimos a ayudarla. Estaba desconsolada. Quería que la dejáramos llorando y dando alaridos, así que tuve que sacudirla.

—Mami, por favor, vamos arriba.

Esa noche dormimos las tres en mi cuarto.

A la mañana siguiente, la chica del pelo plátano ya no estaba. Nos sentamos a la mesa a desayunar en silencio, menos mi padre, que hablaba en voz alta sobre el día que empezaba y felicitaba a su «esposa perfecta» por su excelente cocina. No es que le hiciera la pelota, simplemente el incidente ya había quedado zanjado.

No fue mucho después de eso cuando Madre empezó a confiar en el Ambien.

DOCUMENTACIÓN

Miro fijamente la foto de Gboyega en Facebook. El hombre que me devuelve la mirada es él en versión más joven y delgada. Voy pasando sus fotos hasta que creo hacerme una idea de qué clase de hombre es. Esto es lo que descubro:

Tiene una esposa que viste bien y tres hijos altos; los dos mayores están estudiando en Inglaterra, mientras que el pequeño sigue aquí, cursando secundaria. Residen en una casa adosada en Isla Banana, uno de los terrenos más caros de Lagos. Él trabaja en el sector del petróleo y el gas. La mayoría de sus fotos son las típicas de una familia nigeriana de clase media alta de vacaciones en Francia, Estados Unidos, Dubái, etcétera.

Si su vida es tan estereotípica, entiendo por qué le intriga lo inaccesible y lo espontánea que es Ayoola. En los textos que acompañan las fotos, él habla sin parar de lo maravillosa que es su mujer, de la suerte que tiene de ser su esposo, y yo me pregunto si ella sabe que su marido le pone los cuernos. Es una mujer guapa; aunque haya dado a luz a tres hijos y la juventud ya le quede lejos, ha cuidado su figura. Ya bien maquillada, la ropa le favorece y hace justicia al dinero que él debe dedicar a su mantenimiento.

Me he pasado la mitad del día llamando a Ayoola sin parar, intentando descubrir dónde demonios está. Se fue de casa temprano e informó a mi madre de que se iba de viaje. A mí no se molestó en contármelo. Tade me ha estado llamando y yo no he respondido. ¿Qué voy a decirle? No tengo ni idea de dónde está ni de qué está haciendo. Ayoola guarda silencio hasta que me necesita. La criada me trae un vaso de zumo frío mientras sigo documentándome. Fuera el calor es asfixiante, de modo que paso mi día libre en casa, a la sombra.

La mujer de Gboyega no tiene actividad en Facebook, pero la encuentro en Instagram. Sus publicaciones sobre su marido y sus hijos son interminables, solo interrumpidas por fotos de comida y alguna opinión esporádica sobre el régimen del presidente Buhari. La publicación de hoy es una foto vieja de ella y su marido el día de su boda. Ella mira a la cámara sonriendo, y él la mira a ella con cariño. El texto dice:

Oko mi, marido mío, amor de mi vida y padre de mis hijos. Doy gracias a Dios por el día en que te fijaste en mí. Entonces no sabía que te daba miedo hablarme, pero me alegro de que lo superaras. No puedo imaginarme cómo habría sido mi vida sin ti. Gracias por ser el hombre de mis sueños. Feliz aniversario, cariño. #cariño #flechazocadadía #amordeverdad #bendecida #agradecida #throwbackthursday #mancrushmonday

COCHE

La policía me devuelve el coche... en el hospital. Sus uniformes negros y sus rifles no tienen nada de sutil. Me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—¿No podrían haber ido a mi casa a devolverme el coche? —protesto, y veo por el rabillo del ojo a Chichi acercarse con disimulo.

—Dar gracias que nosotros devolver.

Me entrega un recibo. Un trozo de papel rasgado con el número de matrícula de mi coche, la fecha en que me lo devuelven y el importe de cinco mil nairas.

—¿Esto en concepto de qué es?

—Costes logísticos y de transporte —explica el agente más joven que vino a casa a hacer el interrogatorio; el que tartamudeaba delante de Ayoola.

Sus maneras ya no son tan torpes. Percibo que está esperando que yo monte una escena, está listo para contraatacar. Por un segundo desearía que Ayoola estuviese a mi lado.

—¿Perdón?

No puede ir en serio.

Ya tengo a Chichi casi al lado. No puedo prolongar esta conversación. Llego a la conclusión de que han decidido traer el coche a mi puesto de trabajo por esa misma razón. En casa, yo habría tenido todo el poder. Podría haberles exigido que abandonaran la finca y punto. En cambio, aquí estoy a su merced.

—Sí *na*. El coste de llevar su coche hasta comisaría y ahora hasta aquí es de cinco mil nairas.

Me muerdo el labio. No me conviene enfurecerlos; necesito que se vayan antes de que llamen más la atención. A ambos lados de las puertas del hospital todas las miradas están puestas en mí, mi coche y este par de lumbreras.

Miro mi coche; está sucio y cubierto de polvo. Veo un envase de comida en el asiento trasero. No me quiero ni imaginar cómo estará el maletero. Han ensuciado todo el vehículo con sus asquerosas manos y por más que lo limpie no eliminaré su recuerdo.

Pero no puedo hacer nada. Me meto la mano en el bolsillo y cuento cinco mil nairas.

—¿Han encontrado algo?

—No —reconoce el hombre mayor—. Su coche limpio.

Sabía que había hecho un trabajo meticuloso. Sabía que estaría limpio. Sin embargo, al oírle decir esas palabras me dan ganas de llorar de alivio.

—¡Buenos días, agentes! —exclama Chichi. ¿Por qué sigue aquí? Su turno terminó hace treinta minutos. Ellos le devuelven el saludo campechano—. Qué bien *o*. Veo que le han devuelto el coche a mi compañera.

—Sí, y eso que somos personas muy ocupadas —subraya el policía más joven, que se apoya con su mano gorda en mi capó.

—Muy bien, así me gusta. Les damos las gracias, tenía que venir con el coche de su hermana.

Les doy el dinero y ellos me dan mi llave. Chichi finge no haber visto el intercambio.

—Sí, gracias. —Me duele decir esto, me duele sonreír—. Entiendo que tienen mucho trabajo. No quiero entretenerlos más.

Ellos gruñen y se van. Seguramente terminarán pidiendo una *okada* que los lleve a comisaría. A mi lado, Chichi está que no se lo cree.

—*Nawa o*. ¿Pero qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado con qué? —Vuelvo a entrar al hospital y Chichi me sigue.

—¿Cómo es que se habían llevado tu coche *ná*? Ya me había dado cuenta de que no venías con él, pensé que a lo mejor estaba en el mecánico o algo así. ¡Pero no me imaginé que lo tenía la policía! —intenta susurrar «policía» sin éxito.

Cruzamos las puertas al mismo tiempo que la señora Rotinu. Tade aún no ha llegado, así que tendrá que esperarse. Chichi me coge la mano y me arrastra hasta la sala de Rayos X.

—Pero ¿qué pasó?

—Nada. Mi coche estuvo involucrado en un accidente. Lo estaban revisando por cosas del seguro.

—¿Y se lo llevaron solo por eso?

—Ya sabes cómo es la policía. Siempre se esfuerzan al máximo.

CORAZÓN

Tade va hecho un asco. Lleva la camisa arrugada, la corbata torcida y tiene que afeitarse. Hace días que no se escapa de sus labios ninguna canción ni ningún silbido. Ese es el poder de Ayoola, y cuando veo el sufrimiento de Tade, no puedo evitar asombrarme.

—Hay otro tipo —me asegura.

—¿En serio?!

Exagero y me sale un graznido. Aunque tampoco es que él se dé cuenta. Tiene la cabeza baja. Está medio sentado en su mesa, con las manos a los lados, apretando con fuerza, de modo que logro ver la flexión y la extensión de los músculos, el trabajo conjunto, la ondulación de su cuerpo.

Dejo sobre la mesa la carpeta que le he traído y me acerco para tocarlo. Lleva una camisa blanca. No del blanco nuclear de las camisas que tendría Femi, ni de mi uniforme de enfermera, sino del blanco de un soltero despistado. Yo podría ayudarlo a blanquear la ropa si me dejara. Dejo reposar mi mano en su espalda y se la acaricio. ¿Encuentra el gesto reconfortante? Al final, suspira.

—Es tan fácil hablar contigo, Korede.

Percibo el olor de su colonia mezclado con el del sudor. El calor de fuera se está colando en la habitación y amortigua el frío del aire acondicionado.

—Me gusta hablar contigo —le digo.

Él levanta la cabeza y me mira. Estamos apenas a dos pasos de distancia. Lo bastante cerca para besarnos. ¿Son sus labios tan suaves como parecen? Me dedica una sonrisa dulce y yo se la devuelvo.

—A mí también me gusta hablar contigo. Me gustaría.

—¿Sí?

¿Habrá empezado a darse cuenta de que Ayoola no es para él?

Vuelve a bajar la vista y yo no consigo contenerme.

—Estás mejor sin ella, ¿sabes? —le digo suavemente.

Noto que se pone tenso.

—¿Cómo? —Su voz es suave, pero hay algo detrás que antes no estaba. ¿Irritación?—. ¿Por qué dices eso de tu hermana?

—Tade, ella no ha sido precisamente...

Se aparta de mi mano y se levanta. Se aleja de la mesa y de mí.

—Tú eres su hermana, tendrías que estar de su lado.

—Yo siempre estoy de su lado. Es solo que tiene demasiados lados. No todos tan bonitos como el que has visto...

—¿Eso es ponerse de su lado? Me contó que la tratas como si fuera un monstruo y yo no la creí.

Sus palabras me llegan como dardos. Él era mi amigo. Era mío Buscaba mi consejo y mi

compañía. Pero ahora me mira como si fuera una desconocida y le odio por ello. Ayoola ha hecho lo que siempre hace cuando está con hombres, pero ¿cuál es la excusa de él? Coloco los brazos alrededor del estómago y aparto la cara para que no vea que me tiemblan los labios.

—Asumo que ahora la crees, ¿no?

—Estoy seguro de que agradece que alguien lo haga. No me extraña que siempre esté buscando la atención de... los hombres.

Apenas es capaz de pronunciar la última palabra, apenas es capaz de pensar en Ayoola en brazos de otro.

Suelto una carcajada, no puedo evitarlo. Ayoola ha ganado por completo. Se ha ido a Dubái con Gboyega (una actualización que recibí por mensaje) y le ha roto el corazón a Tade, pero por alguna razón la bruja soy yo.

Supongo que a ella se le olvidó mencionar que contribuyó de manera decisiva en la muerte de, como mínimo, tres hombres. Respiro hondo para no decir nada de lo que me pueda arrepentir. Ayoola es desconsiderada, egoísta e imprudente, pero su bienestar es y siempre ha sido responsabilidad mía.

Por el rabillo del ojo, veo que las hojas de la carpeta se han salido. Las habrá desplazado él al cogerlas de la mesa. Utilizo un dedo para acercar la carpeta hacia mí, la cojo y le doy un golpecito contra la superficie para alinear los papeles. ¿Qué sentido tiene decir la verdad? Él no quiere escucharla, no quiere creer nada que salga de mi boca. Solo la quiere a ella.

—Lo que ella necesita es apoyo y amor. Así podrá calmarse.

¿Por qué no cierra la boca? Ahora la carpeta tiembla entre mis manos y noto que se me está formando una migraña en un rincón del cráneo. Él me mira y menea la cabeza.

—Eres su hermana mayor. Deberías actuar como tal. Lo único que te he visto hacer es apartarla de ti.

Me dan ganas de decirle «Por ti», pero no lo hago. Ya no me apetece defenderme. ¿Siempre tuvo tendencia a dar estos sermones? Dejo la carpeta en su mesa y me voy rápido. Creo que lo oigo llamarme mientras giro el pomo de la puerta, pero el sonido queda ahogado por el martilleo de mi cabeza.

EL PACIENTE

Muhtar duerme tranquilamente, está esperándome. Me cuelo en su habitación y cierro la puerta.

—Es porque ella es guapa, ¿sabes? Solo es eso. No les importa lo demás. Se lo dejan pasar todo. —Muhtar me deja despotricar—. ¿Tú te imaginas? Me ha dicho que yo no la apoyo, que no la quiero. Ella le ha dejado que piense eso. Se lo ha dicho. Con todo lo que...

Me ahogo en mis palabras, incapaz de terminarlas. Nuestro silencio solo queda interrumpido por el pitido rítmico del monitor. Respiro hondo varias veces para tranquilizarme y miro su historial. Pronto le toca otra tanda de fisioterapia, así que ya que estoy aquí puedo hacerle yo misma los ejercicios. Le muevo las extremidades de un lado y de otro y su cuerpo se muestra sumiso. Mientras tanto recreo en mi mente una y otra vez la escena con Tade, eliminando algunas partes y ampliando otras.

El amor no es una mala hierba,
no puede crecer donde quiere...

De nuevo me llegan inesperadamente las palabras de otro poema de Femi. Me pregunto qué pensaría él de todo esto. No estuvo mucho tiempo con Ayoola. La habría calado perfectamente si hubiera tenido tiempo suficiente. Era perspicaz.

Me ruge el estómago; puede que tenga el corazón roto, pero hay que comer. Termino de hacerle rotaciones en los tobillos a Muhtar, le aliso las sábanas y salgo de su habitación. Mohammed está fregando el suelo en el pasillo. El agua del cubo está amarilla y él tararea.

—Mohammed, cambia el agua —le espeto.

Él se pone tenso al oír mi voz.

—Sí, *ma*.

ÁNGEL DE LA MUERTE

—¿Qué tal el viaje?

—Bien excepto que murió.

Se me cae de las manos el vaso de zumo que me estaba bebiendo y se hace añicos en el suelo de la cocina. Ayoola está en la entrada. Solo lleva diez minutos en casa y ya siento como si mi mundo estuviera patas arriba.

—Que ¿Que murió?

—Sí, por intoxicación alimentaria —me explica sacudiéndose las rastas. Se las ha vuelto a hacer y se ha puesto cuentas en las puntas, que al moverse chocan entre ellas. En las muñecas lleva unos grandes brazaletes de oro. Lo de intoxicar no es su estilo y una parte de mí quiere creer que ha sido una coincidencia—. Llamé a la policía y ellos se lo comunicaron a su familia.

Me agacho a recoger los trozos más grandes de cristal. Pienso en la esposa del hombre, sonriente en Instagram. ¿Tendría la templanza para solicitar una autopsia?

—Estábamos juntos en la habitación y de repente empezó a sudar y a cogerse la garganta. Después le empezó a salir espuma por la boca. Daba mucho miedo.

Pero sus ojos centellean al contármelo, le parece una historia fascinante. Yo no quiero hablar, pero parece que ella está decidida a compartir los detalles.

—Pero ¿intentaste pedir ayuda?

Nos recuerdo a nosotras viendo morir a nuestro padre en el suelo, y entonces tengo la certeza de que no intentó pedir ayuda para Gboyega. Se quedó mirándolo. A lo mejor no le provocó ella la intoxicación, pero se apartó y dejó que la naturaleza siguiera su curso.

—Por supuesto. Llamé a Urgencias, pero no llegaron a tiempo.

Mis ojos se concentran en la peineta de diamantes que lleva en el pelo. El viaje le ha sentado bien. Parece que el aire de Dubái le ha iluminado la piel, y va vestida con prendas de marca de pies a cabeza. Sin duda Gboyega no era tacaño con su dinero.

—Qué lástima.

Busco un sentimiento mayor que la pena para este hombre de «familia» que murió, pero hasta eso escasea. No conocí a Femi, pero su destino me afectó de una manera que esta noticia no logra hacer.

—Sí. Lo echaré de menos —responde distraídamente—. Espera, que te he traído una cosa.

Mete la mano en el bolso y empieza a revolver, pero suena el timbre. Levanta la mirada expectante y sonrío de oreja a oreja. No será... No, no puede ser. Pero, bueno, ya sabéis, la vida. Tade entra por la puerta y ella se lanza a sus brazos. Él la abraza con fuerza, hundiendo la cabeza en su cabello.

—Qué traviesilla eres —le dice, y se besan. Apasionadamente.

Me voy deprisa antes de que él pueda darse cuenta de que hay una tercera persona. No soportaría tener que intercambiar banalidades con él. Me encierro en mi cuarto, me siento con las piernas cruzadas sobre la cama y dejo la mirada perdida.

Pasa el tiempo. Oigo que llaman a mi puerta.

—*Ma*, ¿va a bajar a comer? —pregunta la criada, mientras se balancea delante y detrás con las puntas de los pies.

—¿Quién está en la mesa?

—Su madre, su hermana Ayoola y el señor Tade.

—¿Quién te ha enviado para que me avises?

—He venido por mi cuenta, *ma*.

No, por supuesto que no piensan en mí. Mi madre y Ayoola estarán deleitándose con la atención de Tade, y él ¿a quién le importa lo que haga él? Sonrío a la única persona a quien parece importarle mi nutrición. Desde detrás de su pequeño cuerpo, me llegan ráfagas de carcajadas.

—Gracias, pero no tengo hambre.

Cierra la puerta al irse, dejando fuera el sonido de la felicidad. Por lo menos durante un rato no tendré a Ayoola en mi habitación. Aprovecho la oportunidad para buscar el nombre de Gboyega en Google. Como era de esperar, encuentro un artículo sobre su trágico fallecimiento...

NIGERIANO MUERE EN VIAJE DE NEGOCIOS A DUBÁI

Un empresario nigeriano murió en Dubái después de ser víctima de una sobredosis de medicamentos, según se cree.

El Ministerio de Asuntos Exteriores confirmó que Gboyega Tejudumi —alojado en el conocido complejo hotelero Royal— murió en su habitación después de sentirse indispuesto.

A pesar de los esfuerzos del personal de urgencias, se dictaminó la muerte en el mismo lugar. Según la policía, la víctima estaba sola cuando se produjo el accidente...

Me pregunto cómo convenció Ayoola a la policía para que su nombre no saliera en los periódicos. Me pregunto por las diferencias que hay entre una intoxicación alimentaria y una sobredosis de medicamentos. Me pregunto qué probabilidad hay de que la muerte de una persona en compañía de un asesino en serie se produzca por casualidad.

Aunque tal vez la auténtica pregunta sea: ¿estoy segura de que Ayoola solo utiliza la navaja?

Abro otros artículos sobre la muerte de Gboyega; absorbo otras mentiras. Ayoola no ataca a no ser que la provoquen. Pero si tuvo algo que ver en su muerte, si fue la responsable, ¿por qué lo hizo? Él parecía estar embelesado con ella. Le ponía los cuernos a su mujer, pero dejando eso de lado parecía inofensivo.

Pienso en Tade abajo, con su típica sonrisa, mirando embobado a Ayoola, como si fuera una mosquita muerta. Yo no soportaría mirarlo a la cara si él no me mirara. Pero ¿acaso no he hecho todo lo que he podido por separarlos? Y lo único que he recibido a cambio han sido críticas y desprecio.

Apago el ordenador.

Escribo el nombre de Gboyega en la libreta.

NACIMIENTO

Según la historia familiar, la primera vez que vi a Ayoola pensé que era una muñeca. Mamá la acunaba delante de mí y me puse de puntillas, tirándole del brazo para poder verla más de cerca. Era diminuta, apenas llenaba el espacio de la hamaca que mamá formaba con los brazos. Tenía los ojos cerrados y le ocupaban media cara; su nariz era chata y fruncía los labios todo el rato. Le acaricié el pelo, que era suave y rizado.

—¿Es mía?

Mamá se rio y el movimiento despertó a Ayoola, que se puso a balbucear. Sorprendida, yo retrocedí, tropecé y me caí de culo.

—¡Mamá! ¡Ha hablado! ¡La muñeca ha hablado!

—No es una muñeca, Korede. Es un bebé, es tu hermanita. Ahora eres la hermana mayor. Y las hermanas mayores cuidan de sus hermanas pequeñas.

CUMPLEAÑOS

Es el cumpleaños de Ayoola y le doy permiso para que vuelva a hacer publicaciones en internet. Las actualizaciones sobre Femi han disminuido. Las redes sociales han olvidado su nombre.

—¡Abre primero mi regalo! —insiste mamá.

Ayoola obedece. En casa cuando hay un cumpleaños es tradición abrir primero los regalos de la familia. Tardé mucho en decidir qué comprarle. No he estado de humor para regalos precisamente.

El regalo de mamá es una vajilla, para cuando Ayoola se case.

—Sé que Tade te lo pedirá pronto.

—¿El qué? —responde ella, distraída con mi regalo.

Le he comprado una máquina de coser nueva. Ella sonríe satisfecha, aunque yo no puedo devolverle la sonrisa. Las palabras de mamá me están revolviendo el estómago.

—¡Tu mano en matrimonio! —Ayoola arruga la nariz—. Es hora de que las dos empecéis a pensar en sentar cabeza.

—Como si a ti te hubiera ido tan bien casarte...

—¿Cómo dices?

—Nada —murmuro.

Mi madre me mira, pero no me ha oído, de modo que se ve forzada a dejarlo pasar. Ayoola se levanta para cambiarse para su fiesta y yo sigo hinchando globos. Los hemos elegido de color gris y blanco por respeto a Femi.

Antes he leído un poema suyo en su blog:

El sol africano brilla resplandeciente.
Nos quema la espalda,
el cuero cabelludo,
la mente.
Nuestra rabia no tiene causa, a menos
que el sol lo sea.
Nuestras frustraciones no tienen raíz, a menos
que el sol lo sea.

Dejo en el blog un mensaje anónimo sugiriendo que hagan una antología de sus poemas. Espero que su hermana o algún amigo lo lean.

Ayoola y yo no tenemos amigos en el sentido tradicional de la palabra. Creo que para poder considerar a alguien como tal, hay que aceptar confiar en esa persona y viceversa. Ella tiene a sus *minions*, y yo tengo a Muhtar. Los *minions* empiezan a llegar alrededor de las cuatro de la tarde; la criada los hace pasar y yo los voy dirigiendo hacia la mesa con comida del salón. Alguien pone música y se ponen a picar. Pero yo en lo único que pienso es si Tade aprovechará la oportunidad

para intentar asegurarse a Ayoola de por vida. Creo que si yo pensara que ella lo ama, hasta podría alegrarme por ellos. Me parece que podría. Pero no es así, y por algún motivo él no se da cuenta, o le da igual.

Son las cinco de la tarde y Ayoola aún no ha bajado. Yo me he puesto un vestido negro inmejorable: corto y con mucho vuelo. Ella dijo que también iría de negro, pero estoy bastante segura de que a estas alturas ya habrá cambiado de idea por lo menos una docena de veces. Reprimo las ganas de ir a ver qué hace, incluso cuando me preguntan por enésima vez dónde está.

Odio las fiestas en casa. A la gente se le olvidan las normas de buena educación que seguirían si te visitaran cualquier otro día. Dejan los platos desechables en cualquier sitio; se les cae la bebida y se van; meten la mano en los boles de aperitivos, cogen algo y lo vuelven a dejar; buscan sitios donde enrollarse. Cojo unos vasos desechables que alguien ha olvidado en una banqueta y los tiro en una bolsa de basura. Estoy a punto de ir a buscar un producto para limpiar superficies cuando suena el timbre: Tade.

Él está... Lleva unos vaqueros, una camiseta blanca que se le pega al cuerpo y una cazadora gris. No puedo evitar quedarme mirándolo.

—Estás guapa.

Supongo que lo de alabar mi aspecto es su forma de extender una rama de olivo. No debería perturbarme. Me he mantenido lejos de él, he intentado pasar desapercibida. No quiero que su cumplido informal me afecte, pero siento alborozo en mi interior. Aprieto los músculos de la cara para impedir que estalle una sonrisa.

—Oye, Korede, lo si...

—Ey. —Oigo desde atrás.

Al volverme, veo a Ayoola. Lleva un maxi vestido entallado tan similar a su color y tono de piel que, con la tenue iluminación, parece que vaya desnuda; ha elegido unos pendientes de oro, unos zapatos de tacón dorados y la pulsera que le regaló Tade para completar el conjunto. Percibo en su piel un toque de bronceador dorado.

Tade pasa por mi lado y le da un beso dulce en los labios. Con amor o sin él, son una pareja muy atractiva; por lo menos desde fuera. Él le da un regalo y yo me arrimo para ver qué es. Es una caja pequeña, pero demasiado larga y estrecha para contener un anillo. Tade mira en mi dirección y yo finjo estar ajetreada. Vuelvo al centro de la fiesta y me pongo a recoger platos desechables otra vez.

A lo largo de la noche me van llegando destellos de los dos riendo juntos al lado de la ponchera, besándose en las escaleras, dándose tarta el uno al otro en la pista de baile. Hasta que no puedo más. Cojo un chal de un cajón y salgo de casa. Aún hace buen tiempo, pero me abrazo por debajo de la tela. Necesito hablar con alguien, con cualquiera; con alguien que no sea Muhtar.

Una vez me planteé hacer terapia, pero Hollywood ha revelado que los psicólogos tienen el deber de romper el secreto profesional si está en juego la vida del paciente o de otra persona. Tengo la sensación de que si me decidiera a hablar sobre Ayoola, el secreto se rompería en cinco minutos. ¿No hay un mundo posible en que nadie muere y ella no tiene que ir a la cárcel? Quizá podría ir a un psicólogo y eludir los asesinatos. Solo con que le hablara de Tade y Ayoola y de lo mala que me pone verlos juntos ya me daría para un montón de sesiones.

«¿Te gusta?», me preguntó ella. No, Ayoola. Lo amo.

JEFA DE ENFERMERAS

En cuanto llego al hospital, me dirijo al despacho del doctor Akigbe, como me pedía en su correo. Era, como de costumbre, un mensaje abrupto, misterioso, pensado para mantener alerta al destinatario. Llamo a su puerta.

—¡Adelante! —Su voz suena como un martillo contra la puerta.

En estos momentos, el doctor Akigbe, el médico más mayor y con más experiencia del St. Peter, está mirando fijamente a su ordenador y va bajando por la pantalla con el ratón. No me dice nada, de modo que decido sentarme a esperar. Deja el ratón y levanta la cabeza.

—¿Sabe cuándo se fundó este hospital?

—En 1971, señor.

Me reclino en la silla y suspiro. ¿De verdad me ha llamado para darme una clase de historia del hospital?

—Excelente, excelente. Yo en esa época no estaba, obviamente. ¡No soy tan mayor!

Se ríe de su propio chiste. Por supuesto que es tan mayor. Lo que pasa es que entonces trabajaba en otro sitio. Me aclaro la garganta con la esperanza de disuadirlo de empezar a contar una historia que ya he oído mil veces. Se levanta, despliega su cuerpo de metro noventa y se estira. Sé lo que se propone. Va a sacar el álbum de fotos. Me va a enseñar fotos del hospital en sus primeros años y de sus tres fundadores, de los que nunca para de hablar.

—Señor, tengo que... Ta... El doctor Otumu me necesita para hacer una tomografía.

—Va, ya. —Sigue examinando la estantería en busca del álbum.

—Soy la única enfermera de la planta con experiencia en tomografías, señor —insisto sin rodeos.

Quizá es mucho pedir que se dé prisa, pero sea lo que sea que me tiene que decir, preferiría no tener que esperar una hora para oírlo. Para mi sorpresa, se da la vuelta y sonrío satisfecho.

—Y por eso la he llamado.

—¿Cómo?

—Hace un tiempo que la observo. —Lo demuestra dirigiendo los dedos índice y corazón hacia sus ojos y después hacia mí—. Y me gusta lo que veo. Es usted meticulosa y demuestra un gran entusiasmo por este hospital. Sinceramente, me recuerda a mí. —Vuelve a reír. Parece un perro ladrando.

—Gracias, señor.

Sus palabras me reconfortan, y le sonrío. Yo me he limitado a hacer mi trabajo, pero es gratificante que se reconozcan mis esfuerzos.

—Huelga decir que es la persona ideal para ocupar el puesto de jefa de enfermeras.

Jefa de enfermeras. Sin duda es un papel que me sienta bien. Al fin y al cabo, ya hace un tiempo que desempeño ese trabajo. Tade mencionó que me estaban considerando para el cargo. Pienso en la cena de celebración que me prometió. Supongo que ahora ha quedado abortada. Ya no cuento con la amistad de Tade y el cuerpo hinchado de Femi habrá triplicado su volumen, pero soy

la jefa de enfermeras del Hospital St. Peter. Suena bien.

—Es un honor, señor.

COMA

Cuando me dirijo a recepción, Chichi aún ronda por ahí. Quizá tiene a un hombre en casa a quien no quiere ver. Habla animadamente con un grupo de personal que apenas le hace caso. Cazo las palabras «milagro» y «coma».

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—¡Tu colega ha despertado!

—¿Despertado? ¿Quién? ¿Yinka?

—No, el señor Yutai. ¡Ha despertado!

Antes de que se me ocurra responder ya estoy corriendo. Dejo a Chichi en el puesto de enfermeras y me apresuro por llegar a la tercera planta. Preferiría haberme enterado por el doctor Akigbe, así podría haberle hecho las preguntas neurológicas pertinentes. Pero teniendo en cuenta que él ha visto la oportunidad para darme otra clase de historia del hospital, no me sorprende que no lo haya mencionado. O tal vez no lo ha mencionado porque no es cierto y Chichi lo ha entendido mal...

La familia de Muhtar está agrupada alrededor de su cama, por lo que no lo veo de inmediato. Me dan la espalda su esposa, cuya figura esbelta tengo grabada en la memoria, y un hombre alto, que supongo que es su hermano. No se tocan, pero sus cuerpos se inclinan el uno hacia el otro como atraídos por una fuerza. Tal vez se hayan estado consolando mutuamente con demasiada frecuencia.

De cara a la puerta, están sus hijos. Los dos varones están rectos como palos —uno llora en silencio— mientras que la hija le enseña a su padre un recién nacido en brazos. Es ese gesto el que acaba por enfrentarme a la realidad. Muhtar ha recuperado la conciencia y se ha reincorporado al mundo de los vivos.

Al retroceder y alejarme de la reunión familiar, oigo su voz. «Es preciosa.»

No la había oído nunca: cuando lo conocí, ya estaba en coma. Me la había imaginado fuerte y sonora, pero la realidad es que, como hace meses que no habla, su voz es aguda y débil, casi un susurro.

Me doy la vuelta y choco con Tade.

—Uy. —Da un traspie y recupera el equilibrio.

—Hola —saludo distraída, aún con la cabeza en la habitación de Muhtar.

Él mira la escena por encima de mi hombro.

—Bueno, Muhtar ha despertado.

—Sí, es fantástico —logro decir.

—Estoy seguro de que ha sido gracias a ti.

—¿A mí?

—Tú lo hiciste seguir adelante. Nunca fue un paciente olvidado, nunca estuvo desatendido.

—Eso él no lo sabe.

—Tal vez no, pero no se puede prever a qué estímulos responderá el cerebro.

—Ya.

—Por cierto, enhorabuena.

—Gracias.

Aguardo un poco, pero no dice nada sobre su promesa de celebrar mi ascenso. Doy un paso hacia un lado y sigo por el pasillo.

Nada más llegar a recepción, se oye un grito. Los pacientes que están esperando miran sorprendidos a su alrededor. Yinka y yo corremos hacia el lugar de donde viene el sonido: la habitación 105. Ella abre la puerta de golpe y nos encontramos agarradas a Assibi y a Gimpe. Gimpe le está haciendo una llave a la otra y Assibi le está arañando los pechos a su rival. Cuando nos ven se quedan inmóviles. Yinka se parte de risa.

—¡Ye! —grita cuando se le acaban las carcajadas.

—Gracias, Yinka —le digo cortante.

Pero ella sigue allí, con una sonrisa burlona en la cara.

—Gracias —repito.

Lo último que necesito es que Yinka añada más leña a un fuego que ya está bastante encendido.

—¿Qué?

—Ya me encargo yo.

Por un momento pienso que se va a poner a discutir, pero se encoge de hombros y murmura «Vale». Echa otro vistazo a Assibi y a Gimpe, pone una sonrisa socarrona y se va. Yo me aclaro la garganta.

—Tú ponte ahí y tú, allí. —Cuando las dos están lejos la una de la otra, les recuerdo que esto es un hospital y no un bar de carretera—. Debería hacer que os despidan a las dos.

—No, *ma*.

—No, por favor, *ma*.

—Explicadme qué ha pasado que sea tan grave como para que hayáis tenido que llegar a las manos. —No responden—. Estoy esperando.

—Es Gimpe. Ha intentado robarme a mi novio.

—Ah.

—¡Mohammed no es tu novio!

¿Mohammed? ¿De verdad? Quizá debería haber dejado que lo resolviera Yinka. Ahora que lo pienso, seguro que ella se habrá imaginado lo que ocurría.

Mohammed es un limpiador nefasto, descuidado con su higiene corporal y, aun así, de algún modo, ha conseguido que estas dos mujeres se interesen por él y ha generado tensión en el hospital. Realmente habría que despedirlo. Yo no le echaría de menos.

—Me da igual de quién sea novio Mohammed. Por mí podéis tiraros de los pelos o que una le queme la casa a la otra, pero en cuanto entréis por la puerta de este hospital, os debéis comportar como profesionales, si no, os arriesgaréis a perder el trabajo. ¿Entendido?

Las dos dicen algo entre dientes que suena como «ttttttsssssssss gggodio ppptazorr».

—¿Entendido?

—Sí, *ma*.

—Perfecto. Ahora volved al trabajo, por favor.

Cuando regreso a recepción, me encuentro a Yinka recostada, con los ojos cerrados y la boca abierta.

—¡Yinka! —Doy un golpe con un portapapeles en el mostrador y la despierto del susto—. Si te vuelvo a pillar durmiendo, escribiré un informe.

—¿A ti quién te ha dado vela en este entierro? No eres jefa de enfermeras.

—En realidad —murmura Bunmi—, la han ascendido esta mañana.

—¿Cómo?

—Más tarde habrá una reunión al respecto.

Yinka se queda callada.

EL JUEGO

Está lloviendo. Es la clase de lluvia que destroza los paraguas y frente a la que los impermeables no sirven para nada. Estamos encerrados en casa: Ayoola, Tade y yo. Intento evitarlos, pero ella me aborda cuando paso por el salón.

—¡Juguemos a algo!

Tade y yo suspiramos.

—No contéis conmigo —digo yo.

—¿Por qué no jugamos nosotros? ¿Tú y yo solos? —le sugiere Tade.

Yo disimulo la puñalada en el corazón.

—No. Es un juego para tres personas como mínimo. O jugamos todos o nada.

—Podemos jugar a las damas. ¿O al ajedrez?

—No, quiero jugar al Cluedo.

Yo de él, le diría que se metiera el Cluedo por el cu...

—Iré a buscarlo.

Se incorpora de un brinco y nos deja a Tade y a mí solos en la sala. No quiero mirarlo, así que me pongo a observar por la ventana el paisaje deslucido. Las calles de la urbanización están vacías, todo el mundo se ha refugiado en sitios cerrados. En el mundo occidental se puede caminar o bailar bajo la lluvia, pero aquí la lluvia te ahoga.

—Puede que fuera un poco duro el otro día —se disculpa. Espera a que yo responda, pero no se me ocurre nada que decir—. Dicen que las hermanas pueden ser muy... crueles entre ellas.

—¿Quién dice eso?

—Ayoola.

Quiero reírme, pero me sale de la garganta una especie de chirrido.

—Ella te admira mucho, ¿sabes?

Al final acabo mirándolo. Veo sus inocentes ojos de corderito, de color marrón claro, y me pregunto si yo alguna vez fui así, si tuve esa inocencia. Él es estupendamente normal e ingenuo. A lo mejor es su ingenuidad la que nos atrae tanto a Ayoola y a mí; supongo que a nosotras nos la arrancaron a golpes. Abro la boca para responder y ella vuelve a saltar al sofá. Sujeta el juego de mesa contra el pecho. Los ojos de él se olvidan de mí y se centran en ella.

—Tade, ¿has jugado alguna vez?

—No.

—Vale, el juego consiste en descubrir quién fue el asesino, en qué habitación ocurrió el asesinato y con qué arma se perpetró. ¡Gana quien lo descubre primero!

Le pasa las reglas y me guiña un ojo.

DIECISIETE

La primera vez, Ayoola tenía diecisiete años y estaba muerta de miedo. Me llamó y apenas entendí sus palabras.

—¿Que has hecho qué?

—Yo... la navaja... es... Hay sangre por todos lados...

Le castañeteaban los dientes como si tuviera frío. Intenté controlar el pánico que empezaba a invadirme.

—Ayoola, no hables tan rápido. Respira hondo. ¿De dónde sangras?

—Yo... Yo no... Somto. Es Somto.

—¿Os han atacado?

—Yo...

—¿Dónde estás? Llamaré...

—¡No! Yen tú sola.

—Ayoola, ¿dónde estás?

—¿Vendrás sola?

—Yo no soy médico.

—No te lo diré salvo que me prometas que vas a venir tú sola.

De modo que se lo prometí.

Cuando llegué al piso, Somto ya estaba muerto.

Tenía los pantalones por los tobillos y su cara de susto reflejaba la mía.

—Tú... ¿Tú has hecho esto?

En aquel momento estaba demasiado asustada como para quedarme a limpiar, así que incendié la habitación. Ni siquiera se me pasó por la cabeza poner a Ayoola a merced de la policía. ¿Por qué arriesgarse a que hicieran caso omiso a su argumento de legítima defensa?

Somto tenía un estudio para él solo con vistas a las aguas de la laguna, las mismas que desembocaban en la del Puente Continental 3. Cogimos el diesel que tenía para su generador, se lo echamos encima, encendimos una cerilla y huimos. Los otros inquilinos salieron corriendo del edificio cuando sonó la alarma de incendios, por lo que no hubo daños colaterales. Somto era fumador; esa fue la única prueba que necesitó la universidad.

Asesina: Ayoola. Lugar: estudio. Arma: navaja.

DEVORAHOMBRES

Ayoola gana la partida de Cluedo, pero solo porque yo me veo obligada a irle explicando las reglas a Tade para evitar que caiga en las trampas que ella sabe tender tan bien.

Me había convencido a mí misma de que si Tade ganaba aquí... entonces a lo mejor...

—Eres toda una profesional —la felicita apretándole el muslo—. Oye, tengo hambre. No estaría mal comer un poco del bizcocho del otro día. ¿Queda algo?

—Pregúntale a Korede *na*.

—Oh, ¿Korede también hace pasteles?

Ella levanta las cejas y me lanza una mirada. Yo se la sostengo y espero.

—¿Crees que yo hago pasteles?

—Sí... Probé tu bizcocho de piña invertido.

—¿Te dijo Korede que lo había hecho yo?

Él frunce el entrecejo.

—Sí... Espera, no... Fue tu madre.

Ella le sonríe, como si le supiera mal que lo hubieran engañado.

—Soy una negada para hacer pasteles —confiesa sin rodeos—. Esta mañana Korede ha hecho crujiente de manzana, ¿te apetece?

—Ah, vale, sí.

Ayoola llama a la criada y le pide que traiga el crujiente de manzana con natillas y unos platitos. Cinco minutos después se pone a servir unas porciones enormes. Yo aparto la mía, siento náuseas. Tade prueba una cucharada de la suya, cierra los ojos y sonríe.

—Korede, esto sabe a gloria.

CONSCIENTE

No he pasado por la habitación de Muhtar desde que salió del coma. Es el fin de una era. Ya no puedo hablarle con impunidad y, además, él tampoco era mi paciente.

—Korede.

—Mmm.

—El paciente de la habitación 313 quiere verte.

—¿Muhtar? ¿Por qué?

Chichi se encoge de hombros.

—Mejor que vayas a preguntárselo.

Me planteo ignorar el recado, pero sé que pronto estará caminando por la planta como parte de su fisioterapia, de modo que es solo cuestión de tiempo que lo vea. Llamo a su puerta.

—Pase.

Está sentado en la cama con un libro en las manos, que deja a su lado. Me mira esperando algo. Tiene unas ojeras pronunciadas, pero una mirada vivaracha y concentrada. Parece haber envejecido desde que recuperó la conciencia.

—Soy la enfermera Korede.

Él agranda los ojos.

—Eras tú.

—¿Yo?

—La que me visitaba.

—Ah, se lo han contado.

—¿Quiénes?

—Las enfermeras.

—¿Las enfermeras? No, no. Me acuerdo yo.

—¿De qué se acuerda?

La habitación está fría; siento un hormigueo en las manos, que se me han helado.

—Me acuerdo de tu voz. De ti hablándome.

Tengo la piel oscura, pero estoy segura de que toda la sangre me ha bajado a los pies y me he vuelto fantasmagórica. ¿Qué fue de toda esa investigación que establecía lo improbable que es que los pacientes en coma sean conscientes de su entorno? Sí, Tade estaba convencido de que mis visitas le hacían bien, pero nunca hubiera pensado que Muhtar me oía realmente.

—¿Se acuerda de que yo le hablaba?

—Sí.

—¿Se acuerda de lo que decía?

MERCADO

Cuando yo tenía diez años, mi madre me perdió en el mercado.

Habíamos ido a comprar tomates, hojas amargas, cangrejo, cebollas, *ata rodo*, *tàtàsé*, plátano, arroz y carne. Yo llevaba la lista, pero ya lo había memorizado todo y lo iba recitando en voz baja.

Mamá llevaba a Ayoola cogida de la mano y yo iba detrás de ellas. Tenía la vista concentrada en la espalda de mi madre, para no perderlas en medio del mar de gente que se abría camino a empujones entre los puestos. Ayoola vio algo, una lagartija tal vez, y decidió perseguirla. Se soltó y echó a correr. Instintivamente mi madre salió detrás de ella.

Tardé un segundo en reaccionar. No entendí que mi hermana se había escapado. En ese momento mi madre andaba a un ritmo rápido pero constante delante de mí, y de repente salió pitando.

Yo intenté seguirla, pero enseguida la perdí y dejé de correr. De golpe, me encontraba en un sitio extraño, rodeada de desconocidos amenazantes. Lo que siento ahora se parece mucho a lo que sentí en aquel momento: estoy indecisa, asustada y convencida de que me va a pasar algo malo.

RECUERDO

Muhtar arruga la frente, juntando las cejas, y luego se encoge de hombros.

—Es muy disperso.

—¿De qué se acuerda?

—¿Quieres sentarte?

Señala una silla y yo obedezco. Necesito que siga hablando. Le conté a este hombre casi todos los secretos que tengo, convencida de que se los llevaría a la tumba, pero ahora me sonrío tímidamente y se esfuerza por mantener el contacto visual.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué? —pregunto, pero no me reconozco la voz.

—Venir a verme. No me conoces, y me da la impresión de que las visitas de mi familia se habían ido reduciendo hasta pasar a ser casi inexistentes.

—Para ellos era duro verlo así.

—No hace falta que los disculpes. —Nos quedamos en silencio, ni él ni yo sabemos qué decir—. Ahora tengo una nieta.

—Enhorabuena.

—El padre dice que no es suya.

—Ah. Curioso.

—¿Estás casada?

—No.

—Mejor. El matrimonio no es lo que dicen que es.

—Entonces, ¿me decía que se había acordado de algo?

—Sí, es increíble, ¿verdad? Uno cree que todo el cuerpo está hibernando, pero el cerebro sigue funcionando, sigue almacenando información. Realmente fascinante.

Muhtar es mucho más hablador de lo que pensaba, y gesticula mucho. Me lo imagino ante un aula llena de jóvenes, dándoles clase con pasión y entusiasmo sobre cosas que no pueden importarles menos.

—Entonces, ¿recuerda muchas cosas?

—No muchas, no. Sé que te gustan las palomitas de maíz y el sirope. Dijiste que en algún momento debería probarlas.

Se me para la respiración en la garganta. Nadie más de aquí sabe ese detalle excepto Tade, y él no es de hacer bromas.

—¿Eso es todo? —le pregunto en voz baja.

—Se te ve nerviosa. ¿Estás bien?

—Sí.

—Tengo agua si quieres...

—De verdad, estoy bien. ¿Algo más?

Me examina, ladeando la cabeza.

—Ah, sí, recuerdo que dijiste que tu hermana es asesina en serie.

LOCURA

¿Quién me mandaba confiar en un cuerpo que aún respiraba? Entra en mi mente un pensamiento involuntario: un medio para un fin. Lo desecho, le miro a los ojos y me río.

—¿A quién dije que había matado?

—Eso no lo acabo de recordar.

—Bueno, es de esperar. A los pacientes en coma les suele costar separar el mundo de los sueños del real.

Él asiente.

—Eso mismo es lo que pensaba.

No parece convencido, o a lo mejor es el miedo, que me lleva a hacer demasiadas interpretaciones de su tono de voz. Sigue mirándome fijamente, intentando encontrar la lógica. Tengo que seguir siendo profesional.

—¿Ha tenido dolores de cabeza?

—No.

—Bien. ¿Le cuesta dormir?

—A veces...

—Mmm. Bueno, si empezara a sufrir alucinaciones...

—¿Alucinaciones?!

—No se alarme, pero coménteselo al doctor.

Pero sí parece alarmado, y me siento un poco culpable. Me levanto.

—Descanse. Y si necesita algo, apriete el botón que tiene a su lado.

—¿Te importaría quedarte un rato más? Tienes una voz agradable.

Su rostro es rígido y severo. Sus ojos son lo más expresivo que tiene. Me levanto y empujo la silla a su rincón, él me sigue con los ojos mientras yo me pongo a ordenar cosas que ya están en su lugar. Me pone los nervios de punta.

—Lo siento, señor, tengo que volver a trabajar.

—¿Es que no estás trabajando, aquí?

—Usted no es paciente mío. —Fuerzo una sonrisa, finjo echar un vistazo a su historial y luego me dirijo a la puerta—. Me alegro de que se encuentre mejor, señor Yautai —digo, y me voy de la habitación.

Tres horas después, Bunmi me informa de que Muhtar ha solicitado ser mi paciente. Yinka, que es su enfermera actual, se encoge de hombros, no le importa lo más mínimo.

—Igualmente, tiene unos ojos que dan grima.

—¿A quién le ha hecho la solicitud? —pregunto.

—Al doctor «El paciente es lo primero».

El doctor Akigbe. Las posibilidades de que acepte la solicitud de Muhtar son muy muy altas. Le encanta conceder a los pacientes peticiones que no requieren ningún esfuerzo por su parte.

Me hundo en la silla de recepción y repaso mis opciones, pero ninguna es ideal. Me imagino

escribiendo su nombre en la libreta. Me pregunto si debe de ser así para Ayoola: estar contentísima y de buen humor, y que al momento la cabeza se te llene de pensamientos homicidas.

SUEÑO

Sueño con Femi. No con el inanimado, sino con el Femi cuya sonrisa llenaba todo Instagram y cuya poesía conmemoro en mi mente. Intento comprender cómo se convirtió en víctima.

Era arrogante, de eso no hay duda. Pero los hombres apuestos y con talento suelen serlo. En su blog utilizaba un tono abrupto y cínico, no parecía tener demasiada paciencia con los idiotas. Sin embargo, como si estuviera en guerra consigo mismo, su poesía era traviesa y romántica. Era un hombre... complejo. La clase de hombre que no habría sucumbido a los encantos de Ayoola.

En mi sueño, él se reclina en la silla y me pregunta qué voy a hacer.

—¿Sobre qué?

—Ella no va a parar, lo sabes, ¿no?

—Fue en legítima defensa.

—Eso tú no te lo crees —me regaña, meneando la cabeza débilmente.

Se levanta y empieza a alejarse de mí. Yo lo sigo, porque ¿qué puedo hacer si no? Quiero despertarme, pero también quiero ver a dónde me llevará. Resulta que quiere visitar el lugar donde murió. Nos quedamos mirando su cuerpo, su completa indefensión. A su lado, en el suelo, está la navaja que ella lleva encima y con la que derrama sangre. La escondió antes de que yo llegara, pero en mi sueño la veo tan clara como el agua.

Él me pregunta si podría haber hecho algo de otra manera.

—Podrías haberla visto tal como era.

HELADO

Ella se llama Peju.

Está dando vueltas alrededor de nuestra finca y avanza en cuanto salgo por la verja. No la reconozco de inmediato, pero saco la cabeza por la ventana del coche para ver qué quiere.

—¿Qué le hicisteis?

—¿Perdón?

—A Femi. ¿Qué le hicisteis a Femi?

Entonces me doy cuenta de quién es. La he visto en Instagram demasiadas veces como para llevar la cuenta. Es quien ha estado publicando cosas sobre él, quien interpelló a Ayoola en Snapchat. Ha perdido mucho peso y sus bonitos ojos están rojos. Intento permanecer impassible.

—No puedo ayudarte.

—¿No puedes o no quieres? Solo quiero saber qué le paso. —Intento reanudar la marcha, pero ella abre mi puerta—. Lo peor es no saber. —Se le rompe la voz.

Apago el motor y salgo del coche.

—Lo siento, pero...

—Algunos dicen que seguramente se fue del país sin avisar, pero él no haría algo así, no nos haría sufrir de esta manera... Si supiéramos...

Siento un fuerte impulso por confesar, por contarle lo que le pasó a su hermano para que no tenga que ir por la vida preguntándose. Pienso las palabras en mi cabeza: «Lo siento, mi hermana lo apuñaló por la espalda y yo orquesté todo el plan de lanzar su cuerpo al agua». Pienso en cómo sonaría. Pienso en qué pasaría después.

—Mira, de verdad yo...

—¿Peju?

Peju gira la cabeza de golpe y ve llegar a mi hermana.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Ayoola.

—Tú eres quien lo vio por última vez. Sé que hay algo que no cuentas. Dime qué le pasó a mi hermano.

Ayoola lleva un peto —es la única persona que conozco a la que le queda bien— y va comiendo un helado, seguramente de la heladería de la esquina. Hace una pausa y deja de lamer, no porque le conmuevan las palabras de Peju, sino porque es consciente de que en presencia de alguien que está de duelo, lo correcto es dejar de hacer lo que se está haciendo. Dedicué tres horas, un domingo por la tarde, a explicarle esa norma concreta de convivencia.

—¿Crees que él está... muerto? —pregunta Ayoola suavemente en voz baja.

Peju se pone a llorar. Es como si la pregunta derribara un dique que ha estado esforzándose por contener. Es un llanto fuerte y hondo. Traga aire y su cuerpo se estremece. Ayoola da otro lametazo al helado y luego, con el brazo libre, abraza a Peju y le acaricia la espalda mientras llora.

—Todo se solucionará. Al final todo se solucionará —le murmura.

¿Tiene alguna importancia quién esté consolando a Peju? Lo hecho, hecho está. ¿Y qué si la asesina de su hermano es la única capaz de hablarle con franqueza sobre la posibilidad de que esté muerto? Peju necesitaba que alguien la liberara de la carga abrumadora de tener esperanzas de que Femi siguiera vivo, y ella ha sido la única dispuesta a hacerlo.

Ayoola sigue dándole palmaditas en la espalda mientras mira con resignación el helado que gotea en la carretera.

SECRETO

—Korede, ¿podemos hablar un segundo?

Yo asiento y sigo a Tade a su despacho. En cuanto la puerta se cierra, sonrío satisfecho. Yo me sonrojo y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

Hoy está especialmente guapo, se ha cortado el pelo hace poco. Suele ser bastante conservador con sus cortes, casi al cero, pero últimamente se lo ha dejado crecer y ahora lo lleva corto en la nuca y los lados, pero unos centímetros más largo en la parte de arriba. Le queda bien.

—Quiero enseñarte algo, pero tienes que prometerme que guardarás el secreto.

—Vale.

—Prométemelo.

—Te prometo que guardaré el secreto.

Va tarareando hasta el cajón y se pone a buscar algo. Es una caja. Una caja que contiene un anillo.

—¿Para quién es? —chillo. Como si hubiera alguna duda sobre para quién es y para quién no.

—¿Crees que le gustará?

Se trata de un diamante de dos quilates, de corte princesa, con una montura para piedra preciosa. Tendrías que estar ciego para que no te gustara.

—Quieres pedirle a Ayoola que se case contigo —resumo, para que todos sepamos a qué atenernos.

—Sí. ¿Crees que aceptará?

Por fin una pregunta para la que no tengo respuesta. Parpadeo para contener las lágrimas calientes y me aclaro la voz.

—¿No es demasiado pronto?

—Cuando es la persona ideal, lo sabes. Algún día, cuando te enamores, lo entenderás, Korede.

Yo soy la primera sorprendida cuando me pongo a reír. Empieza como un grito ahogado en la garganta seguido de una risita que acaba en carcajada incontrolable con la que se me saltan las lágrimas. Tade se me queda mirando, pero yo no puedo parar. Cuando finalmente me calmo, pregunta:

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tade... ¿qué te gusta de mi hermana?

—Todo.

—Pero ¿si tuvieras que ser específico?

—Bueno... pues es. Es muy especial.

—Vale, pero ¿qué la hace especial?

—Es que es tan... A ver, es que es preciosa, es perfecta. Nunca había deseado tanto estar con alguien.

Me froto la frente con los dedos. No señala el hecho de que ella se ríe con las cosas más

tontas y que nunca guarda rencor. No menciona que cuando juega enseguida hace trampas, pero que sabe hacer un dobladillo con puntada de vainica sin mirar. Él no sabe cuáles son sus cualidades, ni sus secretos más oscuros. Y tampoco parece importarle.

—Guárdate el anillo, Tade.

—¿Cómo?

—Todo esto es... —Me siento en su escritorio e intento encontrar las palabras—. Para ella todo esto es pura diversión.

Él suspira y menea la cabeza.

—Las personas cambian, Korede. Sé que me engañó y todo eso, pero es porque no ha conocido el amor de verdad. Y eso es lo que yo puedo darle.

—Te hará daño. —Voy a ponerle la mano en el hombro, pero él se aparta.

—Ya soy mayorcito...

¿Cómo puede un hombre ser tan obtuso? La frustración que siento es como si tuviera una burbuja de gas en el pecho y no pudiera controlar la necesidad de eructar.

—No, hablo en serio. Te hará daño ¡físicamente! Ya lo ha hecho, ha hecho daño a otros hombres. —Intento ilustrar mi argumento estrangulando el aire con las manos.

Se produce un momento de silencio mientras él piensa lo que he dicho y yo pienso en lo que acabo de decir. Bajo las manos. Ahora debería dejar de hablar. Le he contado tanto como he podido. A partir de aquí, debe seguir él solo.

—¿Es porque tú no tienes a nadie? —pregunta.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué no quieres que Ayoola avance en la vida? Es como si quisieras que dependiera de ti para el resto de sus días.

Sacude la cabeza en señal de decepción y yo tengo que reprimirme las ganas de gritar. Me hundo las uñas en la palma de la mano. Yo nunca he frenado a Ayoola; si acaso le he dado un futuro.

—Yo no...

—Es como si no quisieras que sea feliz.

—¡Ya ha matado! —grito, y en cuanto pronuncio las palabras me arrepiento.

Tade vuelve a sacudir la cabeza, está asombrado de lo mucho que estoy dispuesta a rebajarme.

—Me contó lo de ese tipo que murió. Me dijo que tú la culpas de ello.

Tengo la tentación de preguntarle a qué tipo se refiere, pero veo que esta es una batalla que no puedo ganar. La perdí incluso antes de saber que había empezado. Ayoola no estará aquí, pero Tade es como una marioneta diciendo sus palabras.

—Mira. —Su voz se suaviza mientras cambia de táctica—. Ella realmente busca tu aprobación, y todo lo que recibe por tu parte son críticas y desdén. Perdió a alguien a quien amaba y a ti lo único que se te ocurre es hacerla sentir responsable de ello. Nunca hubiera imaginado que podías ser tan cruel. Creía que te conocía, Korede.

—No. Tú no sabes nada de mí, ni de la mujer a la que vas a pedirle matrimonio. Y, por cierto, Ayoola nunca llevaría un anillo de menos de tres quilates.

Él se me queda mirando como si le hablara en otro idioma, con la caja del anillo aún en la mano. Menuda pérdida de tiempo ha sido todo esto.

Mientras abro la puerta le lanzo una mirada por encima del hombro y le advierto:

—Tú ten cuidado.

Ella ya me avisó: «No es una persona profunda. Lo único que quiere es una cara bonita».

AMIGO

Mientras me acerco al mostrador de recepción, Yinka levanta la vista de su teléfono.

—Ah, qué bien. Eres tú. Me temía que iba a tener que ir a buscarte.

—¿Qué quieres?

—Usted perdona... Yo no quiero nada, pero el comatoso ha estado preguntando por ti sin parar.

—Se llama Muhtar.

—Da igual.

Yinka vuelve a reclinarsse en la silla y sigue jugando al *Candy Crush*. Me doy media vuelta y voy en dirección a la habitación 313.

Muhtar está comiéndose un *àgbálùmô* sentado en uno de los sillones. Lo habrá colocado ahí alguna otra enfermera para que cambie de vistas. Me sonrío.

—¡Hola!

—Buenos días.

—Siéntate, siéntate, por favor.

—No puedo quedarme mucho, la verdad. —No estoy de humor para hablar, la conversación con Tade me sigue zumbando en los oídos.

—Siéntate.

Obedezco. Tiene mucho mejor aspecto. Le han cortado el pelo y parece que ha ganado un poco de peso. También tiene mejor color, y se lo comento.

—Gracias. Es una maravilla lo que puede hacer por la salud el hecho de estar consciente. — Se ríe de sí mismo y luego para—. ¿Tú te encuentras bien? Te veo un poco pálida.

—Sí, estoy bien. ¿En qué puedo ayudarlo, señor Yautai?

—Por favor, no hace falta tanta formalidad. Llámame Muhtar.

—Bien...

Se levanta, coge una bolsa de papel que hay sobre la mesa de café y me la entrega. Palomitas de maíz con sirope por encima. Tienen una pinta estupenda.

—No hacía falta.

—Pero me apetecía. Es lo mínimo que puedo hacer para darte las gracias.

Las normas del hospital no nos permiten que aceptemos regalos de pacientes, pero no quiero ofenderlo rechazando su muestra de agradecimiento. Le doy las gracias, cojo la bolsa y la dejo a un lado.

—He seguido pensando en mis recuerdos y hay cosas que me resultan un poco más claras — empieza.

La verdad, estoy demasiado cansada para esto. Lo que puedo aguantar en un día tiene un límite. Quizá él recuerde todo lo que le conté, incluso dónde están los cuerpos, y todo habrá terminado.

—Pongamos por caso que una persona sabe que alguien ha cometido un crimen grave. Se trata

de una persona querida. ¿Qué debería hacer? —Hace una pausa.

Me reclino en la silla y lo evalúo. Debo elegir bien mis palabras, ya que imprudentemente le he dado a este hombre las herramientas necesarias para que nos metan en la cárcel a mi hermana y a mí y no tengo ni idea de cuál es su posición al respecto.

—Tendría el deber de denunciarlo.

—Así es, sí, pero la mayoría de nosotros no lo haríamos, ¿verdad?

—¿No?

—No, porque nos han inculcado la idea de proteger y ser leales a nuestros seres queridos. Además, en este mundo nadie es inocente. Vamos, date una vuelta por el pabellón de maternidad. ¿Todos esos padres sonrientes junto a sus recién nacidos? Asesinos y víctimas. Todos y cada uno de ellos. «Los padres y parientes más cariñosos cometen asesinatos con una sonrisa en la cara. Nos obligan a destruir a la persona que realmente somos: un tipo de asesinato sutil».

—Eso es bastante... —No logro acabar la frase. Las palabras me preocupan.

—Es una frase de Jim Morrison. No puedo adjudicarme tanta sabiduría.

Continúa chupando el *àgbálùmô*. Permanece en silencio, esperando a que yo hable.

—¿Piensa contarle a alguien todo esto?

—Dudo que las palabras de un paciente en coma tengan mucha credibilidad aquí. —Con el pulgar señala la puerta que nos separa del mundo exterior.

Ninguno de los dos dice nada. Yo me concentro en reducir la frecuencia de mi ritmo cardíaco. Sin querer, las lágrimas me caen por las mejillas. Muhtar guarda silencio. Me da tiempo para que entienda que hay alguien que sabe en qué estoy metida, y que ese alguien está de mi lado.

—Muhtar, usted sabe lo suficiente como para que nos encierren de por vida. ¿Por qué guarda este secreto? —le pregunto mientras me seco las lágrimas.

Él empieza a chupar otro *àgbálùmô* y pone una mueca por lo ácido que está.

—A tu hermana no la conozco. He oído decir a tus compañeras que es encantadora, pero yo no la he visto, así que ella no me importa. Pero tú sí. —Me señala—. Tú sí que me importas.

—Usted no me conoce.

—Sí que te conozco. Me desperté gracias a ti, tu voz me llamaba. Aún te oigo en sueños...

Se deshace en elogios. Es como si estuviera en otro sueño. —Tengo miedo —susurro.

—¿Por qué?

—Por el chico con quien sale ahora... Ella podría...

—Pues entonces sálvalo.

PADRE

El día antes de que todo terminara era un domingo. Hacía un sol implacable.

Todos los aparatos de aire acondicionado de la casa estaban funcionando a pleno rendimiento, pero aun así yo sentía el calor del exterior. Las gotas de sudor se me repartían por la frente. Me senté debajo de uno de los aparatos de aire de la sala de estar del primer piso con la intención de no moverme. Es decir, hasta que Ayoola subió corriendo las escaleras y vino a buscarme.

—¡Papá tiene un invitado!

Nos asomamos al balcón para espiar al hombre. Como el *agbádá* que llevaba se le resbalaba por los brazos, no paraba de moverse para ponerlo en su sitio. La prenda era de color añil y de tan ancha era casi imposible saber si dentro había un hombre delgado o gordo. Ayoola lo imitó arremangándose y nos reímos con disimulo. Cuando mi padre tenía visitas, no le teníamos miedo. Siempre mostraba su mejor cara. Podíamos reír y jugar sin temor a represalias. El invitado alzó la vista y nos sonrió. Su cara se me quedó grabada para siempre: era un rostro cuadrado, negro —mucho más que el mío—, con una dentadura tan blanca que debía de tener guardado el número del dentista en sus favoritos. Me imaginé que se le metía un trozo de *şàkì* entre las muelas y que exigía que lo llevaran inmediatamente en silla de ruedas a que le hicieran una cirugía dental. La idea me hizo gracia y la compartí con Ayoola, que se rio a carcajadas. Y eso llamó la atención de mi padre.

—Korede, Ayoola, venid a saludar a mi invitado.

Bajamos obedientemente. El hombre ya estaba sentado y mi madre le ofrecía un manjar tras otro. Era una persona importante. Nos arrodillamos, como era la costumbre, pero él nos hizo un gesto para que nos levantáramos.

—¡Que no soy tan mayor *o!* —gritó.

Él y Padre se pusieron a reír, pero a nosotras no nos pareció gracioso. A mí me ardían las plantas de los pies por el calor y quería volver al frescor del aire acondicionado. Alternaba el peso de un pie con el otro, con la esperanza de que mi padre nos diera permiso para que nos fuéramos y así los hombres pudieran hablar de negocios, pero Ayoola se quedó fascinada con el bastón del visitante. Tenía tachones de arriba abajo, con cuentas de varios colores. El brillo le llamó la atención y se acercó para examinarlo.

El hombre hizo una pausa mientras bebía su té y miró a mi hermana por encima del borde de la taza. Cuando ella se acercó más, él le sonrió, aunque no con la misma sonrisa que nos había dedicado antes.

—Su hija es bellísima.

—¿En serio? —respondió mi padre, inclinando la cabeza.

—Muy muy bonita.

Él se humedeció los labios y yo cogí a Ayoola de la mano para hacerla retroceder unos pasos. Aquel hombre parecía un cacique, y cuando por Navidad íbamos al pueblo, nuestros abuelos maternos siempre nos alejaban de los caciques. Al parecer, si uno de ellos veía a una chica que le

gustaba, le bastaba con alargar su bastón enjovado para tocarla y convertirla en su mujer; sin importar que él tuviera más esposas, o si la chica en cuestión quisiera serlo o no.

—¡Eh! ¿Qué haces? —se quejó Ayoola.

Mi padre me lanzó una mirada severa, pero no dijo nada. La manera en que el visitante observaba a mi hermana desencadenó en mí un miedo instintivo. Tenía el rostro sudado por el calor, pero aun secándose la frente con un pañuelo, no le quitaba ojo a Ayoola. Yo esperé a que Padre pusiera a ese hombre en su sitio. En cambio, se reclinó y se puso a acariciar la barba que tanto le costaba mantener. Entonces miró a Ayoola, como si la viera por primera vez. Era el único hombre que nunca hacía referencia a las deslumbrantes cualidades físicas de su hija. Nos trataba exactamente igual a las dos. Nunca tuve la impresión de que llegara a ser consciente de lo espectacular que era.

Ayoola se transformaba bajo su mirada. Él rara vez nos dedicaba su atención y, cuando lo hacía, nunca terminaba bien. Ella paró de resistirse y dejó que la empujara hacia mí. Padre se volvió al jefe con ojos centelleantes.

—Chicas, dejadnos.

No hizo falta que nos lo dijera dos veces. Salimos del salón y cerramos la puerta. Ayoola se puso a correr escaleras arriba, pero yo puse la oreja detrás de la puerta.

—¿Qué haces? —me chistó—. Si nos pilla...

—Shhh.

Capté algunas palabras que se filtraron a través de la puerta, como «contrato», «transacción», «chica». Las puertas eran de roble macizo, por lo que no logré oír mucho más. Subí las escaleras con Ayoola y nos fuimos a mi cuarto.

Al ponerse el sol, ya estábamos en el balcón viendo al hombre montarse en el asiento de atrás de su Mercedes y salir de nuestra finca. El terror que se me había quedado pegado en la garganta desapareció, y por un tiempo me olvidé del incidente con el cacique.

FAMILIA

Muhtar y yo estamos hablando de lo insípida que es la comida en el hospital, de la tosquedad de las sábanas y de las historias rocambolescas de sus antiguos alumnos.

Llaman a la puerta y nos interrumpe Mohammed. Entra y masculla un saludo dirigido a mí, después sonrío de oreja a oreja y saluda a Muhtar en hausa, a lo que este responde con entusiasmo. No me había percatado de que se conocían. Y no había visto nunca a Mohammed sonreír con tanta libertad... excepto a las enfermeras que se pelean por él. La barrera del hausa me excluye y, a los cinco minutos, decido irme, pero antes de que tenga la oportunidad de anunciar mis intenciones, vuelven a llamar a la puerta.

Entra uno de los hijos de Muhtar, seguido de una chica joven. No me sé los nombres de sus hijos, no me había parecido un dato a retener. Sin embargo, entiendo que este es el mayor; es más alto y tiene una barba poblada. Es delgado como su padre; todos lo son, como juncos en el viento. Sus ojos recaen en mí. Probablemente se esté preguntando qué hace una enfermera poniéndose cómoda en la cabecera de la cama de su padre, repasando con el dedo el borde de una taza vacía.

Mohammed vacía la papelerera y sale arrastrando los pies. Yo me levanto.

—Buenos días, papá.

—Buenos días... Korede, ¿te vas?

—Sí, tiene visita. —Hago un gesto con la cabeza señalando a su hijo.

Muhtar resopla y saluda con la mano.

—Sani, te presento a Korede, la dueña de la voz de mis sueños. Seguro que no verás inconveniente en que se quede.

El hijo hace una mueca de desagrado. Tras un examen más minucioso, no se parece tanto a su padre como pensaba. Sus ojos son pequeños pero están muy separados, por lo que tiene cara de sorpresa permanente. Me dirige un gesto seco y me vuelvo a sentar.

—Papá, te presento a Miriam, la chica con la que me quiero casar —anuncia.

Miriam se agacha haciendo un *tsugunnawa* en señal de respeto hacia el hombre que espera que sea su suegro.

Muhtar entrecierra los ojos.

—¿Qué pasó con la última que me presentaste?

Su hijo hace un suspiro largo y dramático.

—No funcionó, papá. Has pasado mucho tiempo inconsciente...

Debería haberme ido cuando tuve la oportunidad.

—No entiendo qué quieres decir. ¿No conocí ya a sus padres?

Miriam sigue arrodillada, con la mano izquierda sobre la palma de la mano derecha. Parece que los dos hombres se han olvidado de su presencia. Si esta es la primera vez que oye hablar de otra mujer, no parece enterarse. Levanta la vista hacia mí, tiene la mirada vacía. Me recuerda a Bunmi. Su rostro es redondo, y ella es todo curvas esponjosas. Su piel es incluso más oscura que la mía, más cercana al color negro con el que nos etiquetan a todos. Me pregunto qué edad tendrá.

—Cambié de opinión sobre ella, papá.

—¿Y el dinero que ya se ha gastado?

—Es solo dinero. ¿No es más importante mi felicidad?

—¿Pretendías salirte con la tuya con este disparate mientras yo estaba enfermo?

—Papá, quiero empezar con los preparativos y necesito que tú...

—Sani, si crees que vas a lograr sacarme un centavo, eres más tonto de lo que pensaba.

Miriam, te llamas así, ¿abi? Levántate. Lo siento, pero este matrimonio no tendrá mi aprobación.

—Ella se pone de pie como puede y luego se coloca al lado de su novio.

Sani me mira mal, como si de algún modo yo fuera la culpable de este giro de los acontecimientos. Lo miro con indiferencia; un hombre como él jamás podrá herir mi susceptibilidad. Pero Muhtar capta el intercambio.

—Sani, mírame a mí, no a Korede.

—Pero ¿qué hace ella aquí? ¡Este es un asunto familiar!

La verdad es que yo me hago la misma pregunta. ¿Por qué quiere Muhtar que esté presente? Ambos esperamos su respuesta, pero parece que él no tiene ninguna prisa por proporcionárnosla.

—Ya he dicho todo lo que tengo que decir sobre esta cuestión.

Sani coge a Miriam de la mano, da media vuelta y la arrastra fuera de la habitación. Muhtar cierra los ojos.

—¿Por qué quería que me quedase? —le pregunto.

—Para tu fortaleza —responde.

OVEJAS

Después de hartarme de dar vueltas en la cama, decido ir al cuarto de Ayoola. Cuando éramos pequeñas, solíamos dormir juntas y eso siempre nos calmaba. Juntas estábamos a salvo.

Ella lleva una camiseta larga de algodón y está abrazando un oso de peluche marrón. Está en posición fetal y ni se inmuta cuando me coloco a su lado en la cama. No es ninguna sorpresa. Ayoola solo se despierta cuando su cuerpo se ha cansado de dormir. No sueña, no ronca. Cae en un coma que ni alguien como Muhtar podría llegar a entender.

La envidio por eso. Mi cuerpo está agotado, pero mi mente hace horas extras recordando, tramando y anticipando cosas. Sus acciones me persiguen más a mí que a ella. Puede que nos hayamos librado del castigo, pero no por eso tenemos las manos menos manchadas de sangre. Nosotras estamos en nuestra cama, con una comodidad relativa, mientras el cuerpo de Femi sucumbe al agua y los peces. Estoy tentada de sacudir a Ayoola para despertarla, pero ¿de qué serviría? Incluso si lo lograra, ella me diría que todo irá bien y enseguida se volvería a dormir.

En vez de eso, me pongo a contar. Cuento ovejas, patos, gallinas, vacas, cabras, ratas de pantano y cadáveres. Los cuento hasta desfallecer.

PADRE

Ayoola tenía un invitado. Eran las vacaciones de verano y el chico había venido con la esperanza de convertirla en su novia antes de que volvieran a empezar las clases. Creo que se llamaba Ola. Recuerdo que era desgarbado, con una marca de nacimiento que le manchaba la mitad de la cara. Recuerdo que no podía quitarle los ojos de encima a Ayoola.

Padre lo recibió bien. Le ofreció un aperitivo. Lo engatusó para que se pusiera a hablar de sus cosas. Hasta le mostró la navaja. Para Ola, nuestro padre era un anfitrión generoso y atento. Incluso había engañado a mamá y a Ayoola con la interpretación, ambas sonreían. Sin embargo, yo estaba sentada en la punta del sofá, clavando las uñas en el tapiz.

Ola sabía que no debía decirle al padre de la chica con la que pretendía salir que estaba interesado en ella, pero se notaba por la manera en que lanzaba miradas a Ayoola, por cómo orientaba su cuerpo hacia ella, por cómo decía su nombre constantemente.

—¡Pero qué labia tiene este chico o! —exclamó Padre con una risita, después de que Ola hiciera un comentario bienintencionado sobre ayudar a los sintecho a encontrar trabajo—. Seguro que tienes éxito con las chicas.

—Sí, señor. No, señor —tartamudeó, por haber sido pillado con la guardia baja.

—Te gustan mis hijas, ¿eh? ¿A que son encantadoras? —Ola se sonrojó.

Volvió a lanzarle una mirada a mi hermana. Mi padre apretó la mandíbula. Yo miré alrededor, pero Ayoola y mi madre no se habían percatado. Recuerdo que deseé haberle enseñado algún tipo de código a mi hermana. Tosí.

—*Pèlé*; ve a beber agua —sugirió Madre con voz tranquilizadora.

Yo volví a toser. Y otra vez más. Nada.

«Ayoola, sígueme», le dije moviendo los labios con los ojos como platos.

—No, estoy bien.

—Que vengas —chisté.

Ella cruzó los brazos y volvió a mirar a Ola. Disfrutaba demasiado de su atención como para hacerme caso a mí. Padre volvió la cabeza en mi dirección y sonrió. Entonces seguí su mirada hasta el bastón.

El bastón estaba situado veinticinco centímetros por encima de la tele, en una repisa pensada especialmente para eso. Y ahí permanecía siempre, cada día. No dejaba de atraer mi vista. A los no iniciados debía de parecerles una obra de arte: un guiño a la historia y a la cultura. Era grueso, liso y tenía grabados detalles recargados.

La visita transcurrió con lentitud hasta que Padre decidió que había terminado. Acompañó a Ola hasta la puerta, lo invitó a volver otro día y le deseó suerte. Después cruzó el silencioso salón y fue a coger el bastón.

—Ayoola, ven aquí. —Ella alzó la vista, vio el bastón y se puso a temblar. Madre se puso a temblar. Yo me puse a temblar—. ¿Es que estás sorda? ¡Te he dicho que vengas!

—Pero si yo no le he pedido que viniera —protestó, comprendiendo al instante qué ocurría—.

Yo no lo he invitado.

—Por favor, señor. Se lo ruego, por favor —susurré llorando.

—Ayoola —ella dio un paso adelante. También había empezado a llorar—. Desnúdate.

Ella se quitó el vestido, botón a botón. Sin prisa, torpemente, llorando. Pero él fue paciente.

—*Nítorí Olôrun*, Kehinde. *Nítorí Olôrun*. Por el amor de Dios, Kehinde. Por el amor de Dios —le suplicaba mi madre.

El vestido de Ayoola cayó sobre un charco de lágrimas a sus pies. Llevaba un sujetador de niña y braguitas blancas. Aunque yo era mayor que ella, aún no necesitaba sujetador. Madre se aferraba a la camisa de Padre, pero él se zafó. Ella nunca había sido capaz de detenerlo.

Yo me envalentoné, di un paso adelante y le cogí la mano a Ayoola. La experiencia me había enseñado que si estabas cerca del bastón, este no hacía distinciones entre víctima y observador, pero tenía la sensación de que Ayoola, sin mí, no sobreviviría a la confrontación.

—Así que te mando al colegio para que vayas acostándote con chicos por ahí, ¿*abi*?

El bastón se oye antes de sentirlo. Azota el aire. Ella lanzó un grito y yo cerré los ojos.

—¿Pago tanto dinero para que seas una prostituta?! ¿Contéstame *na*!

—No, señor.

No lo llamábamos papi. Nunca lo habíamos hecho. No lo era, o por lo menos no en el sentido de la palabra. Apenas se le podía considerar un padre. En nuestro hogar, él era la ley.

—¿Eso es lo que eres, *abi*? ¡Ahora aprenderás! —Volvió a pegarle. Esta vez el bastón también me rozó a mí. Contuve la respiración—. ¿Te crees que le importas a ese chico? Solo quiere lo que tienes entre las piernas. Y cuando se harte, pasará a otra cosa.

El dolor tiene una manera de agudizarte los sentidos. Aún puedo oír su pesada respiración. No era un hombre que estuviese en forma. Cuando daba una paliza se cansaba pronto, pero tenía una gran fuerza de voluntad y un deseo aún mayor de inculcar disciplina. Todavía recuerdo el olor de nuestro miedo: ácido, metálico, más fuerte incluso que el olor a vómito.

Él continuó con su sermón mientras blandía su arma. La piel de Ayoola era lo bastante clara como para que se notara que estaba enrojeciendo. Como yo no era el objetivo, el bastón solo me alcanzaba ocasionalmente, en el hombro, en la oreja o en un lado de la cara, pero incluso así era difícil de soportar el dolor. Notaba que Ayoola cada vez me apretaba menos la mano. Sus gritos se habían convertido en un gemido grave. Yo tenía que actuar.

—¿Si sigues pegándole, le quedarán cicatrices y la gente hará preguntas!

Él se detuvo. Si había algo en el mundo que le importaba de verdad, era su reputación. Pareció que durante unos instantes vacilaba sobre qué hacer a continuación, pero entonces se limpió el sudor de la frente y devolvió el bastón a su lugar de reposo. Ayoola se desplomó a mis pies.

Poco después, cuando volvimos al colegio, Ola se me acercó durante un recreo para darme su opinión sobre mi padre.

—Tu padre es muy majo. Ojalá el mío fuera como él.

En cuanto a Ayoola, no volvió a hablar con Ola nunca más.

ESPOSA

—Si estos no os gustan, tengo más. Puedo enviaros fotos.

—Bunmi y yo miramos al suelo, a la avalancha de zapatos que Chichi ha tirado detrás del mostrador de enfermeras. Hace por lo menos media hora que ha terminado su turno. Se ha cambiado de ropa y, por lo que parece, también de oficio: ha pasado de enfermera a dependienta. Se inclina para revolver entre los zapatos y encontrar el par que tenemos que comprar. Se inclina tanto que le vemos la raja del culo que se le sale por los vaqueros. Aparto la vista.

Yo estaba con mis cosas, programando la visita de un paciente, cuando de repente me colocó un par de bailarinas negras por debajo de la nariz. Le hice un gesto con la mano para que se fuera, pero ella insistió en que mirara la mercancía. El caso es que todo lo que vende parece barato, el tipo de zapatos que no dura ni un mes. Ni siquiera se ha molestado en lustrarlos, y ahora están todos tirados en el suelo. Me obligo a sonreír.

—Ya sabes, aún no hemos cobrado...

—Y yo me acabo de comprar un par... —añade Bunmi.

Chichi se pone recta y empieza a menear delante de nosotras unos de tacón con diamantes.

—Nunca se tienen demasiados zapatos. Mis precios son muy asequibles.

Cuando está a punto de soltarnos un discurso para que le compremos un par de cuñas de veintitrés centímetros, Yinka llega corriendo y da un golpe con las palmas sobre el mostrador. Puede que no sea mi mejor amiga, pero le agradezco la interrupción.

—¿Se ha montado un dramón en la habitación del comatoso *o*!

—¿Cómo que un dramón? —Chichi se olvida de los zapatos y apoya el codo sobre mi hombro echándose hacia delante. Reprimo las ganas de apartarle de un golpe el brazo.

—Sí, yo iba a ver a mi paciente cuando de repente he oído gritos que venían de su habitación.

—¿Gritaba él? —le pregunto.

—La que grita es la mujer *o*. Me he parado a comprobar si él estaba bien... y he oído que ella lo estaba poniendo verde, le decía que no podrá llevarse el dinero a la tumba.

—Vaya, no soporto a los hombres tacaños.

Chichi chasquea los dedos por encima de la cabeza varias veces, alejando a cualquier tacaño que pudiera tener la tentación de acercársele. Abro la boca para defender a Muhtar, para decirles que de tacaño no tiene nada, que es generoso y amable, pero veo la mirada aburrida de Bunmi, los ojos sedientos de Chichi y las pupilas oscuras de Yinka, y sé que mis palabras se malinterpretarán adrede. Me levanto deprisa y Chichi tropieza.

—¿Adónde vas?

—No podemos permitir que amigos o familiares acosen a nuestros pacientes. Mientras estén en el hospital, están a nuestro cargo —le respondo mientras me alejo.

—Deberías poner la frase en una pegatina para coches —grita Yinka.

Finjo no haberla oído y subo las escaleras de dos en dos. Hay treinta habitaciones en la tercera planta: de la 301 a la 330. En cuanto llego al pasillo, oigo los gritos. Distingo la voz nasal

de la mujer y también la de un hombre. Se oye una pataleta, así que sé que no es Muhtar.

Llamo a la puerta y callan.

—Adelante —grita Muhtar. Se le nota cansado.

Abro la puerta y lo encuentro de pie junto a la cama, vestido con una *galabiya*. Se agarra a una de las barandillas, medio apoyándose en ella. La tensión del cuerpo se le nota en la cara. Parece haber envejecido desde la última vez que lo vi.

Su esposa lleva la cabeza cubierta con un *mayafi* de puntilla rojo. Le tapa el cabello y cae sobre el hombro derecho. Lleva un vestido hecho a medida del mismo material. Su piel resplandece, pero hace una mueca parecida a la de una bestia. Abdul, el hermano de Muhtar, está a su lado, con la mirada gacha. Supongo que él es el dueño de la voz quejumbrosa.

—¿Sí? —ladra la esposa en mi dirección.

Yo la ignoro.

—¿Muhtar?

—Estoy bien —responde tranquilizándose.

—¿Quiere que me quede?

—¿Cómo que si quiere que se quede? Pero, por favor, si es una simple enfermera. ¡Lárguese!

Su voz suena como unas uñas sobre una pizarra.

—¿Es que no me ha oído? —chilla.

Camino hacia Muhtar y me sonrío tímidamente.

—Creo que debería sentarse —le digo con delicadeza. Él se suelta de la barra y lo ayudo a sentarse en la silla que tiene más cerca. Le pongo la manta sobre el regazo—. ¿Quiere que se queden? —le susurro.

—¿Qué le está diciendo? —farfulla la mujer detrás de mí—. ¡Es una bruja! ¡Ha hecho algo para que mi marido no sirva para nada! Por su culpa él no entra en razón. Abdul, haz algo. ¡Dile que se vaya! —Me señala—. Voy a hacer una reclamación. No sé qué clase de magia negra ha hecho...

Muhtar menea la cabeza, me basta con esa señal. Me pongo derecha y la miro a los ojos.

—Señora, váyase, por favor, o tendré que avisar a seguridad para que se la lleven.

A ella le tiembla el labio inferior y parpadea.

—¿Con quién se cree que está hablando? ¡Abdul!

Me vuelvo a Abdul, pero él no levanta la vista para mirarme. Es más joven que Muhtar y puede que más alto, pero es difícil de distinguir porque agacha tanto la cabeza que amenaza con descolgarse. Él le acaricia el brazo intentando calmarla, pero ella no le hace caso. La verdad es que yo tampoco se lo haría. El traje que lleva es caro, pero le queda mal. No es de su talla; le queda grande en la espalda y el pecho. Podría ser perfectamente de otra persona, del mismo modo que la mujer cuyo brazo acaricia es de otro.

Vuelvo a mirarla. Quizá fue guapa en algún momento. Quizá la primera vez que Muhtar la vio.

—No quiero ser maleducada, pero el bienestar de mi paciente es mi prioridad y no permitimos que nadie lo ponga en peligro.

—¿Pero tú quién te has creído?! ¿Te crees que vas a sacarle dinero, *abi*? ¿O es que ya te lo ha dado? Muhtar, tú te vas dando humos y ahora resulta que vas detrás de una enfermera. ¡Fíjate! ¡Al menos podrías haber escogido a una que fuera guapa!

—¡Vete!

La orden viene de Muhtar y nos hace saltar a todos. Hay una autoridad en su voz que no había percibido hasta ahora. Abdul levanta la cabeza y la vuelve a bajar. La mujer nos mira mal antes de

darse media vuelta y salir por la puerta con Abdul, que la sigue sin fuerzas. Arrastro una silla y me siento al lado de Muhtar, que parece cansado. Él me da golpecitos en una mano.

—Gracias.

—Ha sido usted quien ha conseguido que se fueran.

Él suspira.

—Parece ser que el padre de Miriam quiere presentarse a las elecciones para ser gobernador en el estado de Kano.

—Por eso su esposa quiere que usted apruebe la unión.

—Sí.

—¿Y lo hará?

—¿Tú lo harías?

Pienso en Tade, anillo en mano, mirándome, esperando mi bendición.

—¿Están enamorados?

—¿Quiénes?

—Miriam y... su hijo.

—Amor. Qué concepto tan novedoso. —Cierra los ojos.

NOCHE

Tade me mira fijamente, pero tiene la mirada vacía. Su cara está hinchada, se ve distorsionada.
Me tiende los brazos y tiene las manos frías.

—Es culpa tuya.

ROTO

Me cuelo en la consulta de Tade y hurgo en los cajones de su escritorio para encontrar la caja con el anillo. Él ha llevado a un paciente a radiología, de modo que sé que estoy sola. El anillo es tan cautivador como lo recordaba. Tengo la tentación de ponérmelo. Sin embargo, lo cojo con fuerza, me arrodillo y golpeo el diamante contra las baldosas del suelo. Empleo toda mi fuerza y vuelvo a intentarlo. Supongo que es cierto eso de que los diamantes son para siempre: resiste todos y cada uno de mis intentos por romperlo, pero el resto del anillo no opone tanta resistencia. Enseguida la montura queda hecha añicos en el suelo. Sin su engaste, el diamante parece más pequeño e impresiona menos.

Se me ocurre que si solo deterioro el anillo, Tade sospechará de mí. Me guardo el diamante en el bolsillo. Al fin y al cabo, ningún ladrón que se precie lo dejaría aquí. Además, todo esto habría sido una colosal pérdida de tiempo si Tade solo tuviera que comprar otro engaste. Me dirijo al botiquín.

Veinte minutos después, llega hecho una furia a recepción. Contengo la respiración. Me mira un instante y después se dirige a Yinka y Bunmi.

—Alguien ha puesto patas arriba mi despacho y ha destrozado el... Algunas de mis cosas.

—¿Qué?! —gritamos al unísono.

—¿En serio? —añade Yinka, aunque por la expresión de Tade está claro que va en serio.

Lo seguimos a su despacho y él abre la puerta de golpe. Intento adoptar una mirada objetiva. Parece como si alguien hubiera estado buscando algo y después hubiera perdido el control. Todos los cajones están abiertos y la mayor parte de su contenido está esparcido por el suelo. El botiquín está entreabierto, los frascos de pastillas, desordenados, y hay varias carpetas sobre la mesa. Cuando me fui, el anillo roto, sin el diamante, estaba en el suelo, pero ahora no logro verlo.

—Es espantoso —murmuro.

—¿Quién haría algo así? —pregunta Bunmi, arrugando el entrecejo.

Yinka aprieta los labios y da una palmada.

—Antes vi a Mohammed que entraba a limpiar —revela.

Siento un hormigueo en las manos y me las froto contra los muslos.

—No creo que Mohammed... —empieza Tade.

—Cuando saliste a hacerle al paciente la radiografía y el ecocardiograma, ¿cuánto rato estuviste fuera?

—Unos cuarenta minutos.

—Pues en ese intervalo yo vi a Mohammed entrar en tu despacho. Pongamos que pasó veinte minutos barriendo y vaciando la papelera. No da tiempo para que entre otra persona, haga esto y se vaya —concluye Yinka, la detective aficionada.

—¿Por qué crees que haría algo así? —pregunto yo.

Hace falta algún motivo para cargárselo, ¿no?

—Por los medicamentos, es obvio —declara.

Se cruza de brazos, satisfecha con su argumento. Es fácil señalar a Mohammed. Es pobre, no tiene estudios y es limpiador.

—No —protesta Bunmi—. Por ahí no paso. —Mira a Yinka, y como yo estoy a su lado, me mira a mí también. ¿O es que sospecha algo?—. Ese hombre lleva trabajando en el hospital mucho más que vosotras dos y nunca ha habido ningún problema. Él no haría algo así.

No la había visto nunca hablar tan apasionadamente, ni durante tanto tiempo. Todos nos la quedamos mirando.

—Los drogadictos pueden ocultar su adicción durante mucho tiempo —argumenta Yinka al final—. Probablemente tendría el síndrome de abstinencia o algo así. Cuando esa gente necesita un chute. A saber cuánto hace que ha estado robando medicamentos sin que nos diéramos cuenta.

Yinka queda satisfecha con su conclusión y Tade está absorto en sus pensamientos. Bunmi se va. Yo he hecho lo correcto... ¿no? He conseguido ganar tiempo para que Tade reflexione. Quiero ofrecerme para limpiar, pero sé que debo mantener las distancias.

Mohammed niega rotundamente las acusaciones, pero lo despiden de todos modos. Veo que la decisión no le parece bien a Tade, pero las pruebas, o su ausencia, no actúan a favor del limpiador. Me preocupa que no me hable del anillo roto. De hecho, no ha acudido a mí para nada.

—Hola —lo saludo unos días después, desde la puerta de su consulta.

—Dime. —No me mira, continua escribiendo.

—Yo... Solo quería asegurarme de que estás bien.

—Sí, va todo bien.

—No quise preguntarlo delante de las demás... pero espero que no robaran el anillo...

Él para de escribir, deja el bolígrafo sobre la mesa y me mira por primera vez.

—Pues la verdad es que sí lo robaron, Korede. —Estoy a punto de aparentar sorpresa y decirle lo mucho que lo siento, pero él continúa—: Lo curioso es que no robaron los dos frascos de diazepam del botiquín. Había medicamentos por todas partes, pero el anillo fue lo único que se llevaron. Un comportamiento curioso para tratarse de un drogadicto.

Él me sostiene la mirada y yo me niego a pestañear o a apartar la vista. Noto cómo se me secan los globos oculares.

—Sí, qué curioso —logro decir.

Nos quedamos mirándonos un rato más, después él suspira y se frota la cara.

—Vale —dice casi para sí mismo—. Vale. ¿Algo más?

—No... No, nada más.

Por la noche tiro el diamante a la laguna del Puente Continental 3.

TELÉFONO

He descubierto que la mejor manera para dejar de pensar en algo es darte atracones de series. Van pasando las horas y yo me atiborro de cacahuets echada en la cama, sin dejar de mirar la pantalla del portátil. Me incorporo para teclear la dirección del blog de Femi, pero mis esfuerzos se ven truncados por un error 404. Se ha eliminado su blog. Él ya no existe en el mundo virtual; ya no puede existir para mí. Ahora, muerto, está fuera de mi alcance, igual que lo habría estado en vida.

 Mi teléfono vibra y me planteo ignorarlo, pero al final lo arrastro hacia mí.

 Es Ayoola.

 Se me para el corazón.

 —¿Sí?

 —Korede.

N.º 2 PETER

—Korede, está muerto.

—¿Cómo?

—Él...

—¿Pero qué puñetas dices? ¿Él? ¿Qué? Tú... tú lo... Ella rompe a llorar.

—Por favor, te lo ruego. Ayúdame.

QUIRÓFANO

Es la primera vez que entro en casa de Tade. Me había imaginado este momento de muchas maneras distintas, pero nunca así. Llamo una vez a la puerta, y después otra más. Me da igual quién me oiga o me vea mientras se abra.

Oigo el clic de la puerta y doy un paso atrás. Aparece Tade, con la cara y el cuello empapados de sudor, a pesar del chorro de aire acondicionado que me atiza. Paso por su lado dándole un empujón y miro alrededor. Veo su salón, su cocina, las escaleras. No veo a Ayoola.

—¿Dónde está?

—Arriba —susurra.

Subo las escaleras llamándola, pero no responde. No puede estar muerta. No puede ser. La vida sin ella... Y si se ha ido, es culpa mía por haber hablado más de la cuenta. Yo sabía perfectamente que solo podría ser así: para salvarlo a él, la he sacrificado a ella.

—A la izquierda —me indica desde detrás.

Abro la puerta. Me tiembla la mano. Estoy en su dormitorio. La cama extragrande ocupa un tercio de la habitación y, al otro lado, oigo un gemido ahogado.

Por un momento el miedo me impide reaccionar. Ella se ha desplomado en el suelo, casi en la misma posición en que estaba Femi, con una mano presionando el costado. Veo brotar la sangre entre sus dedos, pero la navaja, su navaja, sigue clavada. Ella me mira y esboza una sonrisa.

—Qué irónico —dice.

Corro a su lado.

—Ella... ella... ha intentado matarme.

Ignoro sus palabras y, al ver que las vendas no me servirán, con las tijeras de mi botiquín corto la parte inferior de mi camisa. Hubiese llamado a una ambulancia, pero no quería arriesgarme a que Tade hablara con alguien antes de que yo llegara.

—No he sacado la navaja —me dice ella.

—Bien hecho.

Hago una almohada con mi chaqueta y la ayudo a echarse encima. Ella vuelve a quejarse y es como si alguien me retorciera el corazón. Saco unos guantes médicos de mi botiquín y me los pongo.

—Yo no quería hacerle daño.

—Ayoola, cuéntame qué ha pasado. —La verdad es que no quiero saberlo, pero necesito que siga hablando.

—Él... me... Me pegó —empieza a decir mientras le corto el vestido.

—¡Yo no le pegué! —grita Tade, el primer hombre que puede defenderse contra las acusaciones de Ayoola.

—... entonces intenté detenerle y él me apuñaló.

—¡Me atacó con un cuchillo! ¡Sin previo aviso, joder!

—¡Cállate! —le ordeno—. Tú no eres quien está en el suelo desangrándose, ¿verdad?

Le vendo la herida sin tocar la navaja. Si se la sacara, me arriesgaría a cortar una arteria o un órgano. Cojo mi móvil y llamo al mostrador de recepción del hospital. Contesta Chichi, y en silencio doy gracias a Dios por que Yinka no haga el turno de noche esta semana. Le explico que voy a ir con mi hermana, a quien han apuñalado, y le pido que avise al doctor Akigbe.

—Ya la llevo yo —dice Tade.

No quiero que la toque, pero él es más fuerte.

—De acuerdo.

La coge en brazos y la baja por las escaleras hasta la entrada. Ella apoya la cabeza contra su pecho, como si siguiesen siendo amantes. Tal vez aún no logra comprender la gravedad de lo que ha ocurrido.

Abro la puerta de atrás de mi coche y él la coloca detrás. Yo salto al volante. Él me dice que nos seguirá con su coche y, como no puedo hacer nada por impedirselo, asiento. Son las cuatro de la madrugada, apenas hay tráfico y no se ven policías. Aprovecho y conduzco por carreteras de sentido único a 130 kilómetros por hora. En veinte minutos estamos en el hospital.

Chichi y el equipo de traumatología vienen a nuestro encuentro.

—¿Qué ha pasado? —pregunta ella, mientras dos camilleros sacan a mi hermanita del coche y la colocan en una camilla. Ha perdido la conciencia—. Pero ¿qué ha pasado? —insiste.

—La han apuñalado.

—¿Quién?

A mitad del pasillo aparece el doctor Akigbe. Comprueba el pulso de Ayoola y después grita órdenes a las enfermeras. Mientras se llevan a mi hermana, me hace pasar a una habitación.

—¿No puedo entrar con ella?

—Korede, tendrás que esperar fuera.

—Pero...

—Ya conoces las reglas. Y por ahora has hecho todo lo que has podido. Tú has pedido que me avisaran, así que confía en mí.

Sale de la habitación y entra en quirófano. Llego al pasillo justo cuando aparece Tade corriendo, sin aliento.

—¿Está en quirófano?

Yo no respondo. Él me acerca la mano.

—No me toques.

Suelta la mano.

—Sabes que yo no quería hacerlo, ¿verdad? Los dos estábamos forcejeando y... —Le doy la espalda y me dirijo al dispensador de agua. Él me sigue—. Tú misma dijiste que es peligrosa. — Permanezco callada, ya no hay nada que decir—. ¿Le has contado a alguien lo que ha pasado? — pregunta en voz baja.

—No —respondo sirviéndome un vaso de agua. Me sorprende que no me tiemble la mano—. Y tú tampoco lo harás.

—¿Qué?

—Si cuentas algo de esto, yo diré que tú la atacaste. ¿Y a quién te parece que van a creer? ¿A ti o a Ayoola?

—¡Pero tú sabes que soy inocente! Sabes que me estaba defendiendo.

—Yo sé que he entrado en tu casa y mi hermana tenía una navaja clavada en el costado. Eso es todo lo que sé.

—¡Ella ha intentado matarme! No puedes... —Él me mira perplejo, como si me viera por

primera vez—. Eres peor que ella.

—¿Perdona?

—Ella no está bien... pero ¿tú? ¿Cuál es tu excusa? —Se aleja de mí, indignado.

Me siento en el pasillo que hay fuera del quirófano a esperar noticias.

HERIDA

El doctor Akigbe sale de quirófano, me sonrío y yo respiro aliviada.

—¿Puedo verla?

—Está durmiendo. Vamos a subirla a una habitación. Cuando esté instalada, podrás ir a verla.

Ponen a Ayoola en la habitación 315, a dos puertas de Muhtar, quien no ha visto nunca a mi hermana, pero que sabe más de ella de lo que yo desearía.

Ella tiene un aspecto inocente, vulnerable. Su pecho sube y baja suavemente. Alguien le ha colocado con cuidado las trenzas a un lado.

—¿Quién le ha hecho esto? —Yinka parece disgustada.

—Lo positivo es que está bien.

—¿Quien lo haya hecho merece morir! —Una mezcla de furia y desprecio le deforman la expresión—. Si no hubiera sido por ti, ¡probablemente habría muerto!

—Yo... yo...

—¡Ayoola! —Mi madre entra a toda prisa, con el corazón en un puño—. ¡Mi bebé!

Se inclina sobre la cama y acerca su mejilla a la boca de su hija inconsciente para sentir su respiración, como hacía a veces cuando aún era bebé. Después, al ponerse recta, veo que está llorando. Se acerca a mí y la abrazo. Yinka se retira.

—Korede, ¿qué ha pasado? ¿Quién ha hecho esto?

—Me llamó. Fui a buscarla donde estaba y tenía la navaja clavada.

—¿Dónde estaba?

Ayoola se queja y ambas nos volvemos a mirarla, pero está dormida y enseguida vuelve a concentrarse en respirar.

—Estoy segura de que Ayoola podrá contarnos lo que pasó cuando despierte.

—Pero ¿dónde fuiste a buscarla? ¿Por qué no me lo dices?

Me pregunto qué hace Tade, qué piensa, cuál será su siguiente paso. Deseo que Ayoola despierte para que nos pongamos de acuerdo en la versión de la historia que tenemos que contar. Lo que sea excepto la verdad.

—Estaba en casa de Tade... Creo que él la encontró allí, así.

—¿Tade? ¿Entraron a robar en su casa? ¿Tú crees que es posible...? ¿Es posible que haya sido él?

—No lo sé, mamá. —De repente estoy agotada—. Se lo preguntaremos a Ayoola cuando despierte.

Mamá arruga el entrecejo, pero no dice nada. Ahora lo único que podemos hacer es esperar.

AGUAS

La habitación del hospital está arreglada, más que nada porque llevo media hora ordenándola. Los osos de peluche que he traído de casa están colocados al pie de la cama, ordenados por color: amarillo, marrón, negro. El móvil de Ayoola está completamente cargado; el cargador, con su cable enrollado, está dentro de su bolso, que también me he tomado la libertad de reorganizar. Estaba hecho un desastre: pañuelos usados, recibos, migas de galletas, notas de Dubái y caramelos medio empezados y devueltos a su envoltorio. Cojo un bolígrafo y anoto las cosas que he tirado, por si pregunta.

—¿Korede?

Hago una pausa en lo que estoy haciendo, Ayoola me mira con sus grandes ojos claros.

—Hola... Estás despierta. ¿Cómo te encuentras?

—Fatal.

Me levanto y le alcanzo un vaso de agua. Se lo sujeto a la altura de los labios y ella bebe.

—¿Mejor?

—Un poco... ¿Dónde está mamá?

—Ha ido a casa a ducharse. Volverá pronto.

Ayoola asiente y cierra los ojos. En menos de un minuto vuelve a estar dormida.

La siguiente vez que se despierta, está más alerta. Mira alrededor, asimilando el entorno. Me parece que no había estado nunca en una habitación de hospital. Nunca ha tenido nada más grave que un simple resfriado, y todas las personas cercanas que han muerto lo han hecho antes de llegar al hospital.

—Qué aburrido es...

—¿Quiere Su Majestad que le pinten unos grafitis en la pared?

—No, grafitis no... Quiero obras de arte.

Me pongo a reír y ella también. Llaman a la puerta, pero antes de que pueda decir palabra, abren.

Es la policía. Una pareja distinta a la que nos interrogó acerca de Femi. Uno de los agentes es una mujer. Van directos hacia Ayoola y yo me interpongo.

—Perdonen, ¿puedo ayudarlos?

—Tenemos entendido que la apuñalaron.

—¿Sí?

—Solo queremos hacerle unas preguntas, averiguar quién fue —responde la mujer, mirando por encima de mi hombro mientras yo intento echarlos de la habitación.

—Fue Tade —revela Ayoola.

Así tal cual. «Fue Tade.» Sin pausa ni titubeo. Podrían haberle preguntado por el tiempo y la respuesta no habría sido más relajada. Noto el suelo inestable a mis pies, cojo una silla y me siento.

—¿Y quién es ese Tade?

—Es un doctor del hospital —añade mi madre, que aparece como de la nada.

Me mira de un modo extraño, probablemente esté intentando comprender por qué parece que esté a punto de vomitar. Debería haber hablado con Ayoola en cuanto se despertó la primera vez.

—¿Puede contarnos qué pasó?

—Me pidió que me casara con él, yo le dije que no estaba interesada y se puso como una fiera. Me atacó.

—¿Cómo llegó su hermana hasta donde estaba usted?

—Él salió de la habitación y yo la llamé por teléfono.

Ellos me miran, pero no me hacen ninguna pregunta. Lo agradezco, porque dudo que mi respuesta hubiera parecido coherente.

—Gracias, señorita. Volveremos.

Salen corriendo. Sin duda van a buscar a Tade.

—Ayoola, ¿qué has hecho?

—¿Cómo que qué ha hecho? ¡Ese hombre apuñaló a tu hermana!

Ayoola asiente con vehemencia, está tan indignada como nuestra madre.

—Ayoola, escúchame. Vas a destrozarle la vida a ese hombre.

—Es él o yo, Korede.

—Ayoola...

—No puedes pasarte la vida entre dos aguas.

PANTALLA

La siguiente vez que veo a la esposa de Muhtar, está en el pasillo, apoyada contra la pared. Le tiemblan los hombros, pero de sus labios no escapa ningún sonido. ¿Nadie le ha dicho que es doloroso llorar en silencio?

Percibe que no está sola; los hombros se inmovilizan y alza la vista. Entorna los ojos y hace una mueca, pero no se limpia los mocos que le cuelgan y van de la nariz al labio. Me veo retrocediendo. El dolor puede ser contagioso y yo ya tengo suficientes problemas.

Se sube el vestido de un tirón y pasa por mi lado como un torbellino dándome un empujón con efluvios de L'Eau de Jimmy Choo. Se esmera por darme con su hombro huesudo. Me pregunto dónde estará su cuñado, por qué no está a su lado. Intento no respirar el olor penetrante a perfume y a tristeza mientras entro en la habitación 313.

Muhtar está sentado en la cama, apuntando con el mando a distancia a la tele. Al verme, lo deja. Tiene expresión cansada, pero me recibe con una cálida sonrisa.

—He visto a su mujer ahora.

—Ah.

—Estaba llorando.

—Oh.

Me espero a que añada algo más, pero él decide coger el mando y seguir cambiando de canal. No parece sorprendido ni afectado por lo que le he dicho. Tampoco especialmente interesado. Podría haberle dicho que he visto una salamanquesa de camino al trabajo y se habría quedado igual.

—¿En algún momento la amó?

—Hace mucho tiempo...

—A lo mejor ella aún lo ama.

—No llora por mí —subraya con voz dura—. Llora por su juventud perdida, sus oportunidades perdidas y sus opciones limitadas. No llora por mí, sino por ella.

Se decide por un canal, el NTA, el estatal. Es como ver la tele en los noventa: la reportera lleva un tinte de color gris verdoso y las imágenes parpadean, saltan. Los dos nos quedamos mirando la pantalla: los autobuses pasan zumbando y los transeúntes estiran el cuello para echar un vistazo a lo que están filmando. Ha silenciado el sonido, así que no tengo ni idea de qué está pasando.

—Me he enterado de lo que le ha pasado a tu hermana.

—Veo que las noticias vuelan.

—Lo siento.

Le sonrío.

—Supongo que solo era cuestión de tiempo.

—Volvió a intentar hacerle daño a alguien.

Yo no digo nada, pero es que él tampoco ha formulado una pregunta. Ahora, en la tele, la mujer

se ha puesto a entrevistar a un peatón y los ojos de este van de ella a la cámara, como si no tuviera claro a quién tiene que dirigirse.

—Tú puedes hacerlo, ¿sabes?

—¿Hacer qué?

—Liberarte. Contar la verdad.

Ahora siento su mirada sobre mí. La tele ha empezado a volverse borrosa. Parpadeo una vez, dos, y trago saliva. No me salen las palabras. La verdad. La verdad es que han hecho daño a mi hermana por algo que yo dije, es responsabilidad mía, y me arrepiento.

Él percibe mi incomodidad y cambia de tema.

—Mañana me dan el alta.

Me vuelvo hacia él. No iba a quedarse aquí eternamente. No es una silla, una cama o un estetoscopio, sino un paciente. Y los pacientes se van: vivos o muertos. Aun así, siento algo parecido a la sorpresa, al miedo.

—Oh.

—No quiero perder el contacto —me dice.

Es curioso, las únicas veces que estuve en contacto con Muhtar fue cuando dormía o cuando estaba entre la vida y la muerte, cuando era necesario mover su cuerpo. Ahora para mirar la pantalla gira la cabeza él solo.

—Podrías darme tu número y hablamos por WhatsApp.

No sé qué decir. ¿Existe Muhtar más allá de estas paredes? ¿Quién es, además de un hombre que conoce mis secretos más profundos? Y los de Ayoola. Por extraño que parezca, tiene una nariz caucásica, este guardián de confidencias. Larga y afilada. Me pregunto cuáles son sus secretos. Por otro lado, tampoco sé cuáles son sus aficiones, sus limitaciones, dónde apoyaba la cabeza de noche antes de que lo trajeran en camilla al hospital.

—O te puedo dar yo mi número y tú me llamas cuando necesites hablar.

Asiento con la cabeza. No estoy segura de que él lo haya visto. Sigue con los ojos fijos en la pantalla. Decido irme. En la puerta, me doy la vuelta.

—A lo mejor su mujer aún lo ama.

Él suspira.

—Después de pronunciar ciertas palabras, no se puede volver atrás.

—¿Qué palabras?

—Me divorcio. Me divorcio. Me divorcio.

HERMANA

Ayoola se mueve en la cama para enseñar su herida en Snapchat. Yo espero a que acabe. Finalmente se baja la camiseta sobre los puntos, deja el móvil y me sonríe de oreja a oreja. Incluso ahora parece inocente, con sus shorts de algodón, su camisola blanca y su oso de peluche.

—¿Me contarás qué pasó?

En la mesita de noche tiene un regalo que le han traído para que se recupere pronto: una caja abierta de caramelos. Saca una piruleta, le quita el envoltorio, se la mete en la boca y empieza a chupar con aire pensativo.

—¿Entre Tade y yo?

—Sí.

Sigue pensando con la piruleta.

—Me dijo que rompiste mi anillo. Que me acusabas de todo tipo de cosas y que quizá tuviste algo que ver con que mi ex hubiera desaparecido...

—¿Qué...? ¿Y tú qué le dijiste?

—Le contesté que estaba loco, pero él decía que tú me tenías muchos celos y una especie de... ehm... rabia latente. ¿Y si habías vuelto...? —hace una pausa dramática—. ¿Y si habías vuelto después de habernos ido tú y yo, ya sabes, para hablar con Femi...?

—¿Cree que maté a Femi?!

Agarro del brazo a Ayoola, aunque esta vez ella no tiene la culpa. ¿Cómo se le ocurre que yo pueda ser capaz de algo así?

—Es raro, ¿verdad? Yo ni siquiera le había hablado de Femi. Solo de Gboye. A lo mejor lo vio en Insta. En fin, que te quería denunciar o algo así... Así que hice lo que tenía que hacer. —Se encoge de hombros—. O por lo menos lo intenté.

Coge un oso, hunde la cabeza en el peluche y se calla.

—¿Y luego?

—Luego, cuando yo ya estaba en el suelo, él se puso en plan: «Madre mía, Korede decía la verdad». ¿Se puede saber qué le contaste, Ko-re-de?

Ella hizo eso por mí y terminó con una puñalada porque yo la traicioné. Me siento mareada. No quiero reconocer que elegí el bienestar de un hombre antes que el suyo. No quiero confesar que permití que él se interpusiera entre nosotras, cuando claramente ella me eligió a mí y no a él.

—Yo... Yo le dije que eras peligrosa.

Ella suspira y pregunta:

—¿Qué crees que pasará ahora?

—Habrá algún tipo de investigación.

—¿Creerán su versión?

—No sé... Es su palabra contra la tuya.

—Contra la nuestra, Korede. Es su palabra contra la nuestra.

PADRE

Cuando los yoruba tienen gemelos, la costumbre es ponerles Taiwo y Kehinde. Taiwo es el hermano mayor, el primero en salir, y Kehinde, por lo tanto, es el segundo. Sin embargo, Kehinde es también el mayor porque le dice a Taiwo: «Sal tú primero y prueba el mundo por mí».

Sin lugar a dudas, era así como Padre veía su condición de gemelo segundo. Y la tía Taiwo estaba de acuerdo: hacía todo lo que él le pedía y tenía una confianza ciega en todo lo que él hacía. Por ese motivo —como lo obedecía incondicionalmente—, el lunes antes de que mi padre muriera, estaba en casa con nosotras, gritándome para que soltara a Ayoola.

—¡No! —protesté, llevándola más hacia mí.

Mi padre no estaba y, aunque sabía que más tarde pagaría por mi obstinación, aún quedaba rato para eso. En ese momento su ausencia me infundía valor y la promesa de su retorno me convencía más.

—Tu padre se va a enterar de esto —amenazó la tía Taiwo.

Pero a mí no podía importarme menos. Ya había empezado a pensar en planes para que Ayoola y yo huyéramos. Esta se agarró más fuerte a mí, incluso después de haberle prometido que no la soltaría.

—Por favor —rogó Madre con un gemido desde un rincón de la habitación—. Es demasiado joven.

—Pues que no hubiera tonteado con el invitado de su padre.

Yo me quedé estupefacta, no podía creérmelo. ¿Qué mentiras había contado mi padre? ¿Y por qué insistía en que Ayoola fuera sola a la casa del cacique? Debí de pronunciar en voz alta la pregunta, porque la tía Taiwo respondió:

—No estará sola, yo la acompañaré. —Como si eso fuera alguna garantía—. Ayoola, es importante que hagas esto por tu padre —dijo con voz mimosa—. Es una oportunidad de negocio de vital importancia. Cuando consiga el contrato, te comprará el móvil que quieras. ¿No te hace ilusión?!

—No me hagas ir —protestó Ayoola llorando.

—No irás a ningún sitio —le aseguré.

—Ayoola —empezó a decir la tía Taiwo para engatusarla—, ya no eres una niña. Has empezado a menstruar. A muchas chicas les haría ilusión ir. Ese hombre te dará lo que quieras. Lo que sea.

—¿Lo que sea? —preguntó mi hermana mientras se sorbía los mocos.

Yo le di un bofetón para que volviera a entrar en razón. Pero la entendí. El miedo que ella sentía era en parte porque yo estaba asustada. En realidad ella no sabía qué se le exigía. De acuerdo, tenía catorce años, pero en aquella época tener esa edad no era lo mismo que ahora.

Ese fue el último regalo de mi padre. Este trato que arregló con aquel hombre. Pero él también me había transmitido su fuerza, y decidí que esta vez no se saldría con la suya. Ayoola era responsabilidad mía y solo mía.

Cogí el bastón del pedestal y lo agité ante mí.

—Tía, si te acercas a nosotras, te pegaré con el bastón y no pararé hasta que él llegue a casa.

Ella creía que iba de farol; era más alta que yo y pesaba más, pero me miró a los ojos y dio unos pasos atrás. Envalentonada, hice como que iba a darle un puñetazo y ella reculó más. Entonces solté a mi hermana y me puse a perseguir a la tía con el bastón hasta que la eché de casa. Cuando volví, Ayoola estaba temblando.

—Nos matará —sollozaba.

—No si antes lo matamos nosotras a él.

VERDAD

—El doctor Otumu declara que actuó en legítima defensa y que usted puede corroborarlo. Ha dicho textualmente: «Ella me advirtió de que Ayoola había matado con anterioridad». Señorita Abebe, ¿había matado a alguien su hermana?

—No.

—¿A qué se refería entonces cuando dijo que su hermana había matado con anterioridad?

Los interrogadores hablan bien, tienen estudios. Aunque eso no me sorprende en absoluto. Tade es un buen médico de un hospital prestigioso y Ayoola, una mujer guapa de «buena familia». Está claro que será un caso mediático. Tengo las manos apoyadas en el regazo, una encima de la otra. Habría preferido colocarlas sobre la mesa, pero está mugrienta. Esbozo una sonrisa sutil para que sepan que me adapto a ellos, pero no es en absoluto una sonrisa tan evidente que sugiera que las circunstancias me parecen divertidas. Estoy despejada.

—Un hombre murió por intoxicación alimentaria estando de viaje con mi hermana. Yo me enfadé porque se había ido con él, y era un hombre casado. Pensé que su muerte había sido la consecuencia de su manera de actuar.

—¿Y qué nos dice de su exnovio?

—¿Tade?

—No. Femi, el que desapareció.

Me inclino hacia delante con los ojos iluminados.

—¿Ha regresado? ¿Ha dicho algo?

—No.

Frunzo el ceño, me reclino y bajo la mirada. Si pudiera, dejaría caer una lágrima, pero nunca he sido capaz de llorar en el momento justo.

—Entonces, ¿por qué creen que ella tiene algo que ver con eso?

—Sospechamos que...

—De cien sospechas no se hace nunca una prueba. Ella mide poco más de metro y medio. ¿Qué narices creen que le hizo, si piensan que le hizo daño?

No me tiemblan los labios, mis ojos expresan incredulidad. Niego ligeramente con la cabeza por si acaso.

—Entonces, ¿usted cree que ella pudo haberle hecho daño?

—No. Mi hermana es la persona más cariñosa del mundo. ¿La han conocido?

Se remueven incómodos en la silla. Sí, la han conocido. La han mirado a los ojos y han fantaseado con ella. Todos son iguales.

—¿Qué cree que pasó ese día?

—Yo lo único que sé es que él la apuñaló, y que ella estaba indefensa.

—Él dijo que la navaja la había llevado ella.

—¿Para qué iba a llevar una navaja? ¿Cómo podía saber que él iba a atacarla?

—La navaja ha desaparecido. Su compañera Chichi ha declarado que la consignó después de

que se extrajera en la operación. Usted tenía que saber dónde se había depositado.

—Todas las enfermeras lo saben... y todos los médicos.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce al doctor Otumu?

—No demasiado.

—¿Sabe si es propenso a comportamientos violentos?

Al escoger la ropa que me pondría, opté por un traje con falda de color gris claro. Es discreto, femenino y funciona como sutil recordatorio de que la policía y yo no pertenecemos a la misma clase social.

—No.

—Entonces, reconoce que este comportamiento no es propio de él.

—Creo que les acabo de decir que no hace demasiado tiempo que lo conozco.

NO ESTÁ

Muhtar se ha ido a casa para comenzar de nuevo su vida. La habitación 313 está vacía, pero de todos modos me siento en el lugar donde solía hacerlo cuando él aún estaba entre la vida y la muerte. Me lo imagino en la cama y siento una fuerte sensación de pérdida, más que cuando pienso en Tade, que tampoco está.

Lo han suspendido de su trabajo y tendrá que pasar unos cuantos meses en la cárcel por agresión. Podría haber sido mucho peor, pero muchos testificaron que era una persona amable y que nunca había mostrado un ápice de violencia. Aun así, el hecho de que hubiera apuñalado a Ayoola era innegable. Y la sociedad le exigía pagar por eso.

Yo no lo he vuelto a ver desde aquel día. Lo suspendieron del trabajo en cuanto yo lo acusé, de modo que no sé qué piensa ni qué siente. Pero no me importa demasiado. Ella tenía razón. Hay que elegir bando, y mi destino ya se había decidido hacía mucho tiempo. Ella siempre me tendrá y yo siempre la tendré a ella; no importa nadie más.

Muhtar me dio su número. Lo escribí en un trozo de papel y yo lo guardé en el bolsillo de mi uniforme.

Aún fantaseo con la idea de contarle a Ayoola que hay alguien ahí fuera, libre y sin restricciones, que conoce su secreto. Que en cualquier momento, las cosas que hemos hecho podrían pasar a ser de dominio público. Pero no creo que lo haga.

No han cambiado las sábanas de la cama de Muhtar, lo noto. Aún percibo su olor a recién duchado en la habitación, ese olor del que presumía durante sus días conscientes. Cierro un rato los ojos y dejo divagar la mente.

Después cojo el teléfono de la habitación y marco el número de la cuarta planta.

—Dile a Mohammed que baje a la habitación 313, por favor. —Mohammed no está, *ma*.

—Ah... Sí, es verdad. Pues que venga Assibi.

N.º 5

08097435555

Tres veces he tecleado su número en la pantalla y tres veces lo he borrado. El papel donde está escrito ya no está tan liso como lo estuvo.

Y ya estoy empezando a olvidarme de su voz.

Llaman a mi puerta.

—Adelante.

La criada abre un resquicio y mete la cabeza.

—*Ma*, su madre me ha pedido que le diga que hay un invitado abajo.

—¿Quién es?

—Un hombre.

Al ver que no puede darme más información, le hago un gesto para que se vaya.

Ella cierra y yo me quedo mirando la tira de papel con el nombre de Muhtar. Enciendo una vela en la mesita de noche y sujeto el papel sobre la llama hasta que la negrura se traga los números y el fuego me lame las yemas de los dedos. No volverá a haber otro Muhtar, eso lo sé. No volverá a haber otra oportunidad de confesar mis pecados, ni de absolverme por los crímenes del pasado... o los del futuro. Desaparecen con el papel abarquillado porque Ayoola me necesita. Ella me necesita más de lo que yo necesito unas manos inmaculadas.

Cuando termino, me miro en el espejo. No voy vestida para recibir invitados precisamente, pero sea quien sea tendrá que aceptarme así: con *bubu* y turbante.

Bajo por las escaleras del servicio y hago una pausa delante del cuadro. Vislumbro la sombra evanescente de la mujer y por un momento siento como si me observara desde un lugar estratégico que no logro ver. El marco está un poco inclinado hacia la izquierda; lo pongo bien y sigo bajando. La criada pasa corriendo a mi lado con un jarrón de rosas —el recurso de los que no tienen imaginación—, aunque supongo que a Ayoola le gustarán.

Mi madre, Ayoola y el hombre están en el salón, y los tres alzan la vista cuando me acerco.

—Te presento a mi hermana Korede.

El hombre me sonrío, y yo le devuelvo la sonrisa.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, doy gracias a Dios.

Gracias, Clare Alexander, porque sin ti y tu perspicacia, seguiría resoplando en un rincón de mi habitación esperando a que se me presentara «la novela». Eres mi agente madrina. Gracias a todos en Aitken Alexander por vuestro esfuerzo y atención. Os lo agradezco de corazón.

Margo Shickmanter, mi editora estadounidense, y James Roxburgh, mi editor británico, gracias por vuestra paciencia, afabilidad y comprensión. Agradezco que hayáis creído en este libro y en mí. Gracias por animarme a espabilar, creo que gracias a eso el libro ha mejorado mucho.

Cada día descubro cuánto trabajo hay detrás de la publicación de una novela, y por ello me gustaría dar las gracias al equipo de Doubleday y al de Atlantic por el tiempo y el esfuerzo dedicados.

Emeka Agbakuru, Adebola Rayo, gracias por leer, releer y volver a leer mi libro. Es una bendición poder llamaros amigas.

Obafunke Braithwaite, eres muy pesada, pero sin ti convertirme en autora publicada habría sido un poco abrumador.

Gracias a Ayobami Adebayo por tomarse el tiempo de acentuar mi yoruba. Algún día hablaré con la misma soltura que una cabra de Lagos.

Esta edición,
primera, de *Mi hermana,*
asesina en serie, se terminó de
imprimir en Salamanca
en el mes de octubre
de 2019.

V.1 abr. 2020